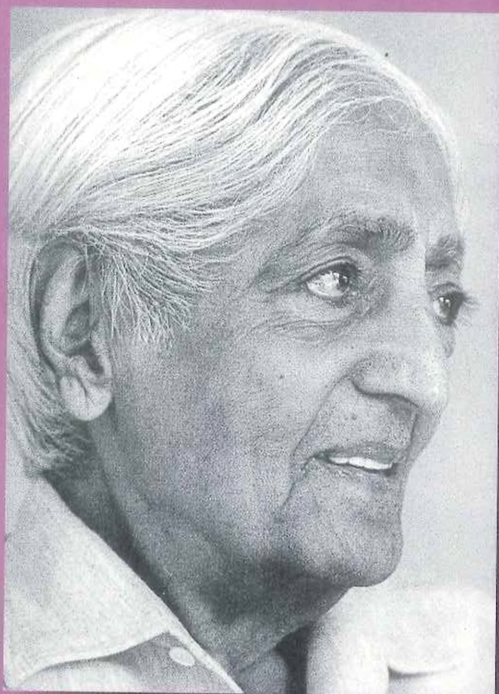
KRISHNAMURTI



EL VIVIR Y EL MORIR

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica, cuyos directores sostenían que él era el vehículo para el "instructor del mundo" cuyo advenimiento habían estado proclamando. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era "una tierra sin senderos". Por el resto de su vida rechazó la condición de gurú que otros trataron de imponerle; habló por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años, pero negándose toda autoridad de maestro y dirigiéndose a sus oyentes como un individuo se dirige a otro.

La **Biblioteca Krishnamurti** reúne por primera vez temáticamente el legado de Krishnamurti, en cuyo núcleo se encuentra la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad sólo podían ocurrir a través de la transformación de la conciencia individual.

JIDDU KRISHNAMURTI

EL VIVIR Y EL MORIR

Traducción del inglés:
ARMANDO CLAVIER

PLANETA
Biblioteca Krishnamurti

Indice

La muerte debe ser algo extraordinario, como lo es la vida. La vida es algo total. El dolor, la pena, la angustia, la alegría, las ideas absurdas, la posesión, la envidia, el amor, la dolorosa desdicha de la soledad... todo eso es la vida. Y para comprender la muerte, tenemos que comprender la totalidad de la vida, no tomar sólo un fragmento de ella y vivir con ese fragmento, como lo hace la mayoría de nosotros. En la comprensión misma de la vida está la comprensión de la muerte, porque ambas no están separadas.

Londres, 12 de junio de 1962

Prólogo

JIDDU KRISHNAMURTI nació en La India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el "instructor del mundo", cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus pláticas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occiente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era "una tierra sin senderos" a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida rechazó insistentemente la condición de gurú que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar

sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas. Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese "vasto espacio en el cerebro que contiene en sí una energía inimaginable". Esta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

Saanen,
28 de julio de 1964

ME GUSTARIA hablar acerca de algo que incluye la totalidad de la vida, algo que no es un enfoque fragmentario sino total con respecto a toda la existencia del hombre. Para investigar esto a bastante profundidad, me parece que uno debe dejar de estar atrapado en teorías, creencias y dogmas. Casi todos aramos sin cesar el suelo de la mente, pero al parecer jamás sembramos. Analizamos, discutimos, desmenuzamos las cosas, pero no comprendemos el movimiento total de la vida.

Ahora bien, pienso que hay tres cosas que debemos entender bien a fondo si hemos de comprender el movimiento total de la vida. Son el tiempo, el dolor y la muerte. Comprender el tiempo, comprender el significado pleno del dolor y permanecer con la muerte... todo esto requiere la claridad del amor. El amor no es una teoría ni un ideal. O amamos o no amamos. El amor no puede enseñarse. No podemos tomar clases de cómo amar, ni existe un método que, practicado diariamente, nos permita saber qué es el amor. Pero pienso que uno puede dar con el amor de manera natural, fácil y espontánea, cuando comprende de verdad el significado del tiempo, la profundidad extraordinaria del dolor y la pureza que llega

con la muerte. Por lo tanto, quizá podamos considerar —de hecho, no teóricamente o en abstracto— la naturaleza del tiempo, la cualidad o estructura del dolor y la cosa extraordinaria que llamamos muerte. Estas tres cosas no están separadas. Si comprendemos el tiempo, comprendemos qué es la muerte y también comprendemos qué es el dolor. Pero si consideramos al tiempo como algo aparte del dolor y la muerte, y tratamos de abordarlo separadamente, entonces nuestro enfoque será fragmentario; por lo tanto, jamás comprenderemos la extraordinaria belleza y vitalidad del amor.

Vamos a abordar el tiempo, no como una abstracción sino como un hecho —siendo el tiempo duración, continuidad de la existencia—. Está el tiempo cronológico, horas y días extendiéndose por millones de años; el tiempo cronológico, es el que ha dado origen a la mente con la que funcionamos. La mente es un resultado del tiempo como continuidad de la existencia, y el perfeccionamiento y pulimento de la mente a través de la continuidad, es llamado progreso. El tiempo es también la duración psicológica que el pensamiento ha creado como un medio para realizarse. Usamos el tiempo a fin de progresar, de lograr, de llegar a ser, de producir cierto resultado. Para la mayoría de nosotros, el tiempo es un escalón para algo mucho más grande: el desarrollo de ciertas facultades, el perfeccionamiento de una técnica determinada, el logro de un objetivo, una meta, loable o no; así es como hemos llegado a creer que el tiempo es necesario para realizar lo verdadero, Dios, lo que está más allá de todos los afanes del hombre.

Casi todos consideramos al tiempo como el período de duración entre el momento actual y algún momento en el futuro, y usamos ese tiempo para cultivar el carácter, para librarnos de cierto hábito, para desarrollar un

músculo o un punto de vista. Durante dos mil años, la mente cristiana ha sido condicionada para creer en un Salvador, en el infierno, en el paraíso; y en Oriente, la mente ha sido condicionada de manera similar por un período mucho más largo. Pensamos que el tiempo es indispensable para todo lo que tenemos que hacer o comprender. Por lo tanto, el tiempo se vuelve una carga, una barrera para la genuina percepción; nos impide ver inmediatamente la verdad de algo, porque pensamos que debemos dedicar tiempo a ello. Decimos: "Mañana, o en un par de años, comprenderé este problema con extraordinaria claridad". Tan pronto admitimos al tiempo, estamos cultivando la indolencia, esa peculiar pereza que nos impide ver instantáneamente la cosa tal como es.

Creemos que necesitamos tiempo para abrirnos paso por el condicionamiento que la sociedad —con sus religiones organizadas, sus códigos de moralidad, sus dogmas, su arrogancia y su espíritu competitivo— ha impuesto sobre la mente. Pensamos en términos de tiempo, porque el pensamiento es del tiempo. Es la respuesta de la memoria, siendo la memoria el trasfondo acumulado, heredado, adquirido por la raza, la comunidad, el grupo, la familia y el individuo. Este trasfondo es el resultado del proceso aditivo de la mente, y su acumulación ha tomado tiempo. Para la mayoría de nosotros, la mente es memoria y dondequiera que haya un reto, una exigencia, la memoria es la que responde. Es como la respuesta de un cerebro electrónico, el cual funciona por medio de la asociación. Siendo el pensamiento la respuesta de la memoria es, en su propia esencia, el producto del tiempo y el creador del tiempo.

Por favor, lo que digo no es una teoría, no es algo sobre lo cual tengan que pensar. Es, más bien, algo que tienen que ver, porque *es* así. No voy a examinar todos los

intrincados detalles, pero he señalado los hechos esenciales, y los ven o no los ven. Si están siguiendo lo que se dice, si lo siguen no sólo verbalmente, lingüísticamente o analíticamente, sino que realmente lo ven, advertirán cómo el tiempo engaña. Y entonces el problema es si el tiempo puede cesar. Si somos capaces de ver todo el proceso de nuestra propia actividad —ver su hondura, su superficialidad, su fealdad, su belleza—, no mañana, sino inmediatamente, entonces esa percepción misma es la acción que pone fin al tiempo. Sin comprender el tiempo, no podemos comprender el dolor. No son dos cosas diferentes, como tratamos de imaginarlas. Ir a la oficina, estar con nuestra familia, tener hijos... no son acontecimientos separados, aislados. Por el contrario, están profunda e íntimamente relacionados entre sí, y no podemos ver esta extraordinaria intimidad de la relación si no existe la sensibilidad que trae consigo el amor.

Para comprender el dolor, tenemos que comprender realmente la naturaleza del tiempo y la estructura del pensamiento. El tiempo debe detenerse, de otro modo estamos repitiendo meramente, igual que un cerebro electrónico, la información que hemos acumulado. A menos que haya una terminación para el tiempo —o sea, una terminación para el pensamiento—, hay mera repetición, ajuste, una continua modificación. Jamás hay nada nuevo. Somos cerebros electrónicos glorificados, —un poco más independientes, tal vez, pero igualmente mecánicos en el modo como funcionamos—.

Para comprender la naturaleza del dolor y la terminación del dolor, uno tiene que comprender el tiempo, y comprender el tiempo es comprender el pensamiento. No están separados. Al comprender el tiempo, uno da con el pensamiento; y la comprensión del pensamiento es la terminación del tiempo; por lo tanto, es la terminación del

dolor. Si eso está bien claro, entonces podemos mirar el dolor —y no adorarlo como hacen los cristianos—. Lo que no comprendemos, lo adoramos o lo destruimos. Lo ponemos en una iglesia, en un templo o en un rincón oscuro de la mente y nos sometemos a ello con temor y reverencia; o bien lo pateamos arrojándolo lejos, o escapamos de ello. Pero aquí no estamos haciendo ninguna de esas cosas. Vemos que por milenios el hombre ha luchado con este problema del dolor y que no ha sido capaz de resolverlo; por consiguiente, se ha endurecido respecto al dolor, lo ha aceptado diciendo que es una parte inevitable de la vida.

La mera aceptación del dolor no sólo es estúpida, sino que también contribuye a embotar la mente. La torna insensible, brutal, superficial; en consecuencia, la vida se vuelve muy vulgar, un proceso de puro trabajo y placer. Uno vive una existencia fragmentada: es un hombre de negocios, un científico, un artista, un sentimental, una persona así llamada religiosa, etc. Para comprender el dolor y liberarnos de él, tenemos que comprender el tiempo y, de tal modo, comprender el pensamiento. Uno no puede negar el dolor o huir, escapar de él mediante el entretenimiento, las iglesias, las creencias organizadas; ni puede aceptarlo y adorarlo. Y no hacer ninguna de estas cosas exige muchísima atención, la cual es energía.

El dolor tiene sus raíces en la autocompasión y, para comprender el dolor, primero tiene que haber una operación despiadada con respecto a la autocompasión. No sé si han observado cómo sienten piedad por sí mismos, por ejemplo, cuando dicen: "¡Qué solo estoy!". En el momento en que hay autocompasión, han provisto el suelo donde echa sus raíces el dolor. Por mucho que podamos justificar nuestra autocompasión, por mucho que podamos racionalizarla, pulirla, disimularla con ideas, sigue estan-

do ahí, supurando profundamente dentro de nosotros. Por lo tanto, un hombre que quiera comprender el dolor debe comenzar por liberarse de esta brutal, egocéntrica trivialidad que es la autocompasión. Uno puede sentir piedad por sí mismo porque está enfermo, o porque la muerte le ha arrebatado a alguien, o porque no ha podido realizarse y se siente frustrado, torpe; pero cualquiera que sea la causa, la autocompasión es la raíz del dolor. Y una vez que uno está libre de la autocompasión, puede mirar el dolor sin adorarlo, sin escapar de él, sin darle un significado sublime o espiritual —como cuando decimos que debemos sufrir para encontrar a Dios, lo cual es un completo disparate—. Sólo la mente embotada, estúpida, tolera el dolor. Por consiguiente, no debe haber en absoluto aceptación ni negación del dolor. Cuando estamos libres de la autocompasión, hemos despojado al dolor de todo el sentimentalismo y el emocionalismo que surgen de la autocompasión. Entonces somos capaces de mirar el dolor con atención completa.

Espero que estén haciendo esto conmigo a medida que avanzamos y no que sólo aceptan verbalmente lo que se dice. Dense cuenta de su propia torpe aceptación del dolor, de la manera como lo racionalizan, de sus excusas, de su autocompasión, su sentimentalismo, su actitud emocional hacia el dolor, porque todo eso es una disipación de energía. Para comprender el dolor, tienen que prestarle atención completa, y en esa atención no hay lugar para excusas, sentimentalismos, racionalizaciones; no hay lugar en absoluto para la autocompasión.

Confío en que me expreso con claridad cuando hablo de prestar atención completa al dolor. En esa atención no hay esfuerzo alguno para resolver o comprender el dolor. Uno sólo está mirando, observando. Cualquier esfuerzo para comprender el dolor, para racionalizarlo o escapar

de él, contradice ese estado negativo de atención completa en el cual esta cosa llamada dolor puede ser comprendida.

No estamos analizando, no investigamos analíticamente el dolor para liberarnos de él, porque ése es sólo otro truco de la mente. La mente analiza el dolor y entonces imagina que lo ha comprendido y se ha liberado de él, lo cual es una insensatez. Uno puede verse libre de una clase particular de dolor, pero el dolor surgirá nuevamente en otra forma. Estamos hablando del dolor como algo total, del dolor en sí, ya sea el dolor de ustedes, mío o de cualquier otro ser humano.

Para comprender el dolor tiene que haber comprensión del tiempo y del pensamiento, una percepción alerta y sin opciones, de todos los escapes, de toda la autocompasión, de todas las verbalizaciones, a fin de que la mente se aquiete por completo frente a algo que ha de ser comprendido. Entonces no hay división alguna entre el observador y la cosa observada. No es que "uno", el observador, el pensador, experimente dolor y mire ese dolor, sino que sólo existe el *estado* de dolor. Ese estado completo de dolor es necesario, porque cuando uno mira el dolor separándose como un observador, crea conflicto, el cual embota la mente y disipa energía; por lo tanto, no hay atención.

Cuando la mente comprende la naturaleza del tiempo y del pensamiento, cuando ha erradicado la autocompasión, el sentimentalismo, el emocionalismo y demás, entonces el pensamiento —que ha creado toda esta complejidad— llega a su fin, al igual que el tiempo; en consecuencia, uno está directa e íntimamente en contacto con esa cosa que llama dolor. El dolor es alimentado sólo cuando escapamos de él, cuando existe el deseo de zafarnos del dolor, de resolverlo o de adorarlo. Pero cuando no

hay nada de eso porque la mente se halla en contacto directo con el dolor y, por lo tanto, está completamente quieta en relación con él, uno descubrirá por sí mismo que la mente no experimenta dolor en absoluto. En el momento en que la mente está por completo en contacto con el hecho del dolor, ese hecho mismo resuelve todas las cualidades del tiempo y del pensamiento que producen el dolor. Por consiguiente, hay una terminación del dolor.

Ahora bien, ¿cómo vamos a comprender esta cosa que llamamos muerte y que tanto nos atemoriza? El hombre ha creado muchas maneras erradas de tratar con la muerte: adorándola, negándola, aferrándose a innumerables creencias y demás. Pero para comprender la muerte, ustedes tienen que abordarla de un modo nuevo, sin conocimiento previo alguno, porque en realidad no saben nada acerca de la muerte, ¿verdad? Pueden haber visto morir a otros, y han observado en sí mismos y en los demás la llegada de la vejez con su deterioro. Saben que la vida física se termina por edad avanzada, por accidente, por enfermedad, por asesinato o suicidio, pero no conocen la muerte como conocen el sexo, el hambre, la crueldad, la brutalidad. No conocen de hecho lo que es morir y, hasta que ello les sucede, la muerte no tiene en absoluto significado alguno. Lo que les causa temor es una abstracción, algo que no conocen. No conociendo la plenitud de la muerte o cuáles son sus implicaciones, la mente le teme; teme al pensamiento, no al hecho que ella desconoce.

Por favor, acompáñenme un poco en esta investigación. Si murieran instantáneamente, no habría tiempo para pensar en la muerte y tenerle miedo. Pero hay un intervalo entre el presente y el momento en que la muerte habrá de llegar, y durante ese intervalo tienen tiempo en abundancia para preocuparse, para racionalizar. Quieren

llevarse a la próxima vida —si es que hay una próxima vida— todas las ansiedades, los deseos, el conocimiento que han acumulado; por eso inventan teorías o creen en alguna forma de inmortalidad. Para ustedes, la muerte es algo separado de la vida. La muerte está por allá, lejos, mientras ustedes están aquí ocupados con el vivir —manejando un automóvil, ejerciendo el sexo, sintiendo hambre, atormentándose, yendo a la oficina, acumulando conocimientos, etc.—. No quieren morir, porque no han terminado de escribir su libro, o porque todavía no han aprendido cómo tocar muy bellamente el violín. Separan, pues, la muerte de la vida y dicen: "Comprenderé la vida ahora, y pronto comprenderé la muerte". Pero ambas *no* están separadas, y eso es lo primero que deben entender. La vida y la muerte son una sola cosa, están íntimamente relacionadas y no es posible aislar a una de ellas y tratar de comprenderla aparte de la otra. Pero eso es lo que casi todos hacemos. Separamos la vida en compartimientos estancos no relacionados entre sí. Si uno es un economista, entonces la economía es lo único que le interesa y no sabe nada acerca del resto. Si es un médico especialista en nariz y garganta, o en el corazón, vive durante cuarenta años en ese campo limitado del conocimiento, y ése es su cielo cuando muere.

Abordar la vida fragmentariamente es vivir en constante confusión, contradicción y desdicha. Tenemos que ver la totalidad de la vida, y eso es posible sólo cuando hay afecto, amor. El amor es la única revolución que producirá orden. De nada sirve adquirir más y más conocimientos acerca de matemáticas, medicina, historia, economía, y después juntar todos los fragmentos; eso no resolverá nada. Sin amor, la revolución conduce únicamente a la adoración del Estado o a la adoración de una imagen o a innumerables corrupciones tiránicas y a la

destrucción del hombre. De igual manera, cuando la mente, a causa de su temor, pone a la muerte lejos y la separa del diario vivir, esa separación sólo engendra más temor, más ansiedad y la multiplicación de teorías acerca de la muerte. Para comprender la muerte, tienen ustedes que comprender la vida. Pero la vida no es la continuidad del pensamiento; esta misma continuidad es la que engendra toda nuestra desdicha.

¿Puede, pues, la mente traer a la muerte desde lo distante a lo inmediato? ¿Entienden? De hecho, la muerte no está en alguna parte lejos de aquí; está aquí y ahora. Está aquí cuando hablamos, cuando nos divertimos, cuando escuchamos, cuando vamos a la oficina. Está aquí en cada instante de la vida, como lo está el amor. Una vez que perciban ese hecho, encontrarán que no temen en absoluto a la muerte. Uno tiene miedo no a lo desconocido, sino a perder lo conocido. Teme perder a su familia, teme quedarse solo sin compañía alguna; le tiene miedo al dolor de la soledad, a quedarse sin experiencias, a perder las posesiones que ha acumulado. Lo que tememos es abandonar lo conocido. Lo conocido es la memoria, y a esa memoria se aferra la mente. Pero la memoria es sólo una cosa mecánica, como lo están demostrando magníficamente las computadoras.

Para comprender la belleza de la muerte y su naturaleza extraordinaria, tiene que haber libertad con respecto a lo conocido. En el morir para lo conocido está el principio de la comprensión de la muerte, porque entonces la mente se purifica, se renueva y no hay temor. Por lo tanto, uno puede penetrar en ese estado llamado muerte. Así que, de principio a fin, la vida y la muerte son una sola cosa. El hombre sabio comprende el tiempo, el pensamiento y el dolor, y sólo él puede comprender la muerte. La mente que muere a cada instante, que

jamás acumula, que nunca acopia experiencias, es inocente; por lo tanto, se encuentra en estado constante de amor.

Ojai,
7 de junio de 1932

INTERLOCUTOR: *Usted ha dicho que la muerte, el amor, el nacimiento, son esencialmente una sola cosa. ¿Cómo puede sostener que no hay diferencia entre la conmoción y el dolor que implica la muerte, y la felicidad del amor?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por muerte? La pérdida del cuerpo, la pérdida de la memoria; y espera y piensa y cree que después hay una continuación. Algo que se ha ido de aquí, eso es lo que llama muerte. Ahora bien, para mí la muerte es producida por la continuación de la memoria, y la memoria no es sino el resultado del anhelo, del apego, del deseo. De modo que, para una persona que está libre del anhelo, no existe la muerte, no hay comienzo ni final, ni el sendero del amor ni el sendero de la mente, el dolor. Por favor, estoy tratando de explicar que, en la persecución de un opuesto, creamos una resistencia. Si siento miedo, busco valor; no obstante, el miedo me persigue porque sólo estoy escapando de lo uno hacia lo otro. Mientras que si me libero del miedo, no conozco ni el valor ni el miedo; y yo digo que la manera de hacer eso es volverse alerta, vigilante, no tratar de reunir valor, sino librarse del motivo contenido en la acción. O sea, si usted tiene miedo, no busque un motivo para la acción

del valor, sino libérese del miedo. Esa es la acción sin motivo. Si de verdad ha comprendido esto, verá que el tiempo, la muerte como futuro, ha cesado. La muerte no es sino la percepción de una intensa soledad, y así, estando atrapados en la soledad, nos precipitamos hacia lo otro, deseamos la unidad, o queremos descubrir qué existe del otro lado; para mí, ésas son maneras de perseguir los opuestos y, por lo tanto, maneras de sostener permanentemente la soledad. Mientras que, al afrontar la soledad, al regocijarnos plenamente en esa acción tornándonos lúcidamente conscientes de la soledad, la destruimos en el presente. Por lo tanto, no hay muerte.

Todas las cosas tienen que gastarse. Las cosas son los cuerpos, las cualidades, las resistencias, los obstáculos; todas ellas se gastarán, tienen que gastarse, pero el hombre que en sus pensamientos y emociones está libre de resistencias y obstáculos, conocerá la inmortalidad, no la continuación de sus propias limitaciones, de su propia personalidad o individualidad, la cual no es sino una serie de capas de anhelos, apegos y deseos. Usted podrá disentir, pero si está libre del pensamiento, si se ha abierto paso por medio de esa conciencia de sí mismo, de esa percepción alerta, de esa llama de intensidad, entonces hay inmortalidad, la cual es armonía perfecta, la cual no es "el sendero del amor" o "el sendero del dolor", sino aquello en que ha cesado toda su distinción.

Bombay,
14 de marzo de 1948

INTERLOCUTOR: *El hecho de la muerte nos salta a todos a la cara; sin embargo, su misterio jamás se ha resuelto. ¿Tiene que ser siempre así?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué existe el miedo a la muerte? El miedo existe cuando nos aferramos a la continuidad. La acción incompleta engendra el miedo a la muerte. Este existirá mientras exista el deseo de continuidad en el carácter, en la acción, en la capacidad, en el nombre y demás. En tanto haya acción en busca de un resultado, tiene que existir el pensador que busca la continuidad. El miedo surge cuando esta continuidad se ve amenazada por la muerte. Hay, pues, miedo a la muerte mientras existe el deseo de continuidad.

Lo que continúa se desintegra. Cualquier forma de continuidad, por noble que sea, es un proceso de desintegración. En la continuidad jamás hay renovación, y sólo en la renovación hay libertad respecto del miedo a la muerte. Si viéramos la verdad de esto, veríamos la verdad en lo falso. Entonces habría liberación respecto de lo falso. Entonces no habría miedo a la muerte. De este modo, el vivir, el experimentar, está en el presente y no es un medio de continuidad.

¿Es posible vivir renovándose de instante en instante? La renovación existe sólo en la terminación y no en la continuidad. En el intervalo entre la terminación de un problema y el comienzo de otro, hay renovación.

La muerte, el estado de no continuidad, el estado de renacimiento, es lo desconocido. La mente, que es el resultado de la continuidad, no puede conocer lo desconocido. Sólo puede conocer lo conocido. Sólo puede actuar y tener su existencia en lo conocido, que es continuo. Por eso lo conocido teme a lo desconocido. Lo conocido jamás puede conocer lo desconocido, y así la muerte permanece siendo el misterio. Si hay una terminación de instante en instante, de día en día, en esta terminación se manifiesta lo desconocido.

La inmortalidad no es la continuación del "yo". El "yo" y "lo mío" pertenecen al tiempo, son el resultado de la acción dirigida a un fin. No hay, pues, relación entre el "yo", "lo mío" y aquello que es inmortal, intemporal. Nos gustaría pensar que hay una relación, pero esto es ilusorio. Aquello que es inmortal no puede ser encerrado en lo que es mortal. Lo inmensurable no puede ser atrapado en la red del tiempo.

Hay miedo a la muerte donde hay búsqueda de realización personal. La búsqueda de realización no termina nunca. El deseo está buscando y cambiando constantemente el objeto de realización, y así está atrapado en la red del tiempo. Así, la búsqueda de realización propia es otra forma de continuidad, y la frustración busca en la muerte un modo de continuar. La verdad no es continua. La verdad es un estado del ser, y el ser es acción sin tiempo. Este ser puede experimentarse sólo cuando el deseo, que da origen a la continuidad, es comprendido de manera completa y total. El pensamiento se basa en el pasado; por lo tanto, el pensamien-

to no puede conocer lo desconocido, lo inmensurable. El proceso del pensamiento debe llegar a su fin. Sólo entonces se manifiesta lo incognoscible.

Varanasi,
17 de enero de 1954

INTERLOCUTOR: *Temo a la muerte. ¿Qué es la muerte y cómo puedo dejar de temerla?*

KRISHNAMURTI: Es muy fácil formular una pregunta. No se puede responder a la vida con un "sí" o un "no". Pero nuestras mentes exigen los "sí" y los "no" porque han sido adiestradas en lo que deben pensar y no en cómo comprender, cómo ver las cosas. Cuando preguntamos: "¿Qué es la muerte y cómo puedo no temerla?", deseamos fórmulas, definiciones, pero jamás sabemos cómo pensar acerca del problema.

Veamos si podemos resolver el problema juntos. ¿Qué es la muerte? Dejar de ser, llegar al fin, ¿no es así? Sabemos que hay una terminación, lo vemos todos los días en todo lo que nos rodea. Pero "yo" no quiero morir, siendo ese "yo" el proceso que dice: "Yo pienso, yo experimento, mi conocimiento"; el "yo" son las cosas que he cultivado, las cosas contra las cuales he resistido, el carácter, la experiencia, el conocimiento, la precisión, la capacidad, la belleza. No quiero que termine todo eso. Quiero continuar, todavía no he terminado, no deseo que llegue el fin. Sin embargo, hay una terminación. Ovbiamente, todo organismo que esté funcionando debe llegar a su fin.

Pero mi mente no aceptará eso. Por lo tanto, comienzo a inventar un credo, una continuidad; deseo aceptar esto porque tengo teorías completas, un condicionamiento completo de que continúo, de que hay reencarnación.

No estamos debatiendo si hay o no hay continuidad, si hay o no hay renacimiento. Ese no es el problema. El problema es que, aun cuando tengan ustedes tales creencias, igual siguen teniendo miedo. Porque, después de todo, no hay certeza, siempre existe la incertidumbre. Siempre está este anhelo de seguridad. Por eso la mente, sabiendo que hay un final, comienza a tener miedo, ansía vivir tanto como sea posible, busca más y más paliativos. Y también cree en la continuidad después de la muerte.

¿Qué es la continuidad? ¿Acaso no implica tiempo, no el mero tiempo cronológico del reloj, sino el tiempo como proceso psicológico? Deseo vivir. A causa de que pienso que ese vivir es un proceso continuado sin ningún final, mi mente está siempre añadiendo, acopiando a sí misma con la esperanza de una continuidad. De ese modo, piensa en términos de tiempo; y si puede tener una continuidad en el tiempo, no teme.

¿Qué es la inmortalidad? Lo que llamamos inmortalidad es la continuidad del "yo", el "yo" en un nivel más elevado. Usted espera que el "yo" continúe. El "yo" sigue estando dentro del campo del pensamiento, ¿no es así? Usted ha pensado acerca de él. Para mí, por superior que uno pueda imaginarlo, el "yo" es el producto del pensamiento, y éste se halla condicionado, ha nacido del tiempo. Por favor, no siga meramente la lógica de lo que digo; vea más bien el pleno significado de ello. Realmente, la inmortalidad no es del tiempo y, por lo tanto, no es de la mente, no es una cosa nacida de mis anhelos, mis exigencias, mis temores, mis impulsos.

Uno ve que la vida tiene una terminación, una termi-

nación súbita. Lo que ayer vivía puede no vivir hoy, y lo que hoy vive puede no vivir mañana. La vida tiene, por cierto, una terminación. Eso es un hecho, pero no queremos admitirlo. Uno es diferente de lo que era ayer. Diversas cosas, diversos contactos, distintas compulsiones, reacciones, resistencias, influencias, cambian "lo que era" o le pone fin. Un hombre realmente creativo sabe que debe tener una terminación y lo acepta. Pero nosotros no lo aceptaremos porque nuestras mentes están muy acostumbradas al proceso de la acumulación. Decimos: "Hoy he aprendido esto", "ayer he aprendido aquello". Pensamos tan sólo en términos de tiempo, de continuidad. Si no pensáramos en términos de continuidad, habría una terminación, habría un morir y veríamos las cosas de manera clara, directa; las veríamos tan simples como son.

No admitimos el hecho de la terminación porque nuestras mentes buscan, mediante la continuidad, seguridad en la familia, en la propiedad, en nuestra profesión, en cualquier trabajo que hacemos. Por lo tanto, tenemos miedo. Sólo una mente que está libre de la persecución adquisitiva de la seguridad, libre del deseo de continuar, libre del proceso de la continuidad, sólo una mente así sabrá qué es la inmortalidad. Pero la mente que busca inmortalidad personal —el "yo" que desea continuar—, jamás sabrá qué es la inmortalidad; una mente así nunca conocerá el significado del temor y de la muerte, y jamás podrá ir más allá.

Con estudiantes en Rajghat,
22 de enero de 1954

INTERLOCUTOR: *¿Por qué le tenemos miedo a la muerte?*

KRISHNAMURTI: Tú has formulado esa pregunta: "¿Por qué le tenemos miedo a la muerte?". ¿Sabes qué es la muerte? Ves la hoja verde: ha vivido todo el verano, ha danzado en el viento, ha absorbido la luz del sol, las lluvias la han lavado dejándola limpia; y cuando llega el invierno, la hoja se marchita y muere. El pájaro en vuelo es una cosa bella, y también él se marchita y muere. Ves los cuerpos humanos que llevan al río para ser cremados. Por lo tanto, sabes lo que es la muerte. ¿Por qué le tienes miedo? Porque estás vivo como la hoja, como el pájaro, y una enfermedad o alguna otra cosa podría sucederte y te has terminado. Así que dices: "Quiero vivir, quiero disfrutar, quiero tener esta cosa llamada vida continuando en mí". De modo que el temor a la muerte es el temor de que nos llegue el fin, ¿no es así? Jugar cricket, disfrutar la luz del sol, ver nuevamente el río, ponerte las viejas ropas, leer libros, encontrar constantemente a tus amigos... todo eso llega a su fin. Así que le tienes miedo a la muerte.

Estando temerosos de la muerte, sabiendo que la muerte es inevitable, pensamos cómo ir más allá de la muerte; tenemos diversas teorías. Pero si sabemos cómo

terminar, cómo morir cada día, entonces no hay temor. ¿Comprendes esto? Se sale un poco de lo común. No sabemos cómo morir porque estamos siempre acumulando, acumulando, acumulando. Pensamos siempre en términos del mañana: "Soy esto y seré aquello". Jamás somos completos en un día; no vivimos como si fuera el único día para ser vivido. ¿Entiendes de qué estoy hablando? Estamos viviendo siempre en el mañana o en el ayer. Si alguien te dijera que vas a morir al terminar el día, ¿qué harías? ¿No vivirías ricamente durante ese día? Nosotros no vivimos la rica plenitud de un día. No rendimos culto al día; estamos pensando siempre en lo que haremos mañana, en el juego de cricket que vamos a completar mañana, en el examen que vamos a rendir dentro de seis meses, en cómo vamos a disfrutar nuestra comida, en qué clase de ropas vamos a comprar, etc., siempre mañana o ayer. Y así jamás estamos viviendo; siempre estamos muriendo en el mal sentido.

Si vivimos un día por completo y terminamos con él para volver a empezar otro día como si fuera algo nuevo, fresco, entonces no existe el miedo a la muerte. Morir cada día a todas las cosas que hemos adquirido —a todo el conocimiento, a todos los recuerdos, a todas las luchas—, no traspasarlas al día siguiente... en eso hay belleza; aun cuando haya un final, existe una renovación.

De Comentarios sobre el Vivir,

Segunda Serie, El miedo a la muerte

EN LA ROJA tierra frente a la casa había cantidades de flores en forma de trompeta con corazones dorados. Tenían grandes pétalos color de malva y un delicado aroma. Serían arrasadas durante el día, pero en la oscuridad de la noche cubrían la tierra roja. La enredadera era fuerte, con hojas aserradas que resplandecían bajo el sol matinal. Algunos niños pisaban descuidadamente las flores, y un hombre que corría precipitadamente hacia su automóvil ni siquiera las miró. Un transeúnte arrancó una, la olió, la llevó consigo y pronto la tiró. Una mujer que debía ser una sirvienta, salió de la casa, tomó una flor y se la puso en el cabello. ¡Qué hermosas eran esas flores, y cuán rápidamente se estaban marchitando al sol!

"Siempre me ha perseguido cierta clase de temor. Cuando niño yo era muy tímido, vergonzoso y sensible, y ahora me atemorizan la vejez y la muerte. Sé que todos tenemos que morir, pero ninguna cantidad de racionalizaciones parece calmar este miedo. He ingresado en la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y he asistido a unas cuantas sesiones, he leído lo que los grandes instructores religiosos han dicho acerca de la muerte; pero el miedo a la muerte sigue ahí. He probado incluso el psi-

coanálisis, pero tampoco eso ha servido de nada. Este miedo se ha vuelto un gran problema para mí. Me despierto en medio de la noche con sueños terribles, y todos ellos, de un modo u otro, se relacionan con la muerte. La violencia y la muerte me atemorizan de una manera extraña. La guerra fue para mí una continua pesadilla, y ahora estoy de veras muy perturbado. No es una neurosis, pero advierto que podría llegar a serlo. He hecho todo lo posible por controlar este miedo; he tratado de escapar de él, pero al final de mi huida no he podido sacármelo de encima. He escuchado unas cuántas conferencias más bien tontas sobre la reencarnación, y he estudiado algo de la literatura hindú y budista concerniente al tema. Pero todo esto ha sido muy insatisfactorio, al menos para mí. Mi miedo a la muerte no es sólo superficial, sino muy profundo."

¿Cómo aborda usted el futuro, el mañana, la muerte? ¿Trata de hallar la verdad al respecto, o busca seguridad, una confirmación gratificadora, ya sea de la continuidad o de la aniquilación? ¿Desea la verdad o una respuesta consoladora?

"Cuando usted lo expone de ese modo, realmente no sé de qué tengo miedo; pero el miedo sigue estando ahí y es apremiante."

¿Cuál es su problema? ¿Quiere verse libre del miedo, o está buscando la verdad en relación con la muerte?

"¿Qué entiende usted por la verdad en relación con la muerte?"

La muerte es un hecho inevitable; haga usted lo que hiciere, es irrevocable, final y verdadera. ¿Pero desea usted saber la verdad acerca de lo que hay más allá de la muerte?

"Por todo lo que he estudiado y por las pocas materializaciones que he presenciado en las sesiones, es obvio

que hay alguna clase de continuidad después de la muerte. El pensamiento continúa en cierta forma, cosa que usted mismo ha afirmado. Tal como la transmisión radial de canciones requiere un receptor en el otro extremo, así el pensamiento que continúa después de la muerte necesita un instrumento por medio del cual pueda expresarse. El instrumento puede ser un médium, o el pensamiento puede encarnarse de otra manera. Todo esto es bastante claro y puede ser experimentado y comprendido; pero aun cuando he examinado muy profundamente esta cuestión, sigue habiendo un miedo insondable que creo está definidamente relacionado con la muerte."

La muerte es inevitable. La continuidad puede llegar a su fin o puede ser alimentada y sostenida. Lo que tiene continuidad jamás puede renovarse. Jamás puede ser lo nuevo, jamás puede comprender lo desconocido. La continuidad es duración, y aquello que dura no es lo intemporal. Lo intemporal no existe a través de la duración, del tiempo. Para que lo nuevo sea, tiene que haber terminación. Lo nuevo no se encuentra dentro de la continuación del pensamiento. El pensamiento es un movimiento continuo en el tiempo; este movimiento no puede contener dentro de sí un estado que no sea del tiempo. El pensamiento se basa en el pasado; su existencia misma es del tiempo. El tiempo no es sólo cronológico, sino que también es el pensar como movimiento del pasado a través del presente hacia el futuro; es el movimiento de la memoria, de la palabra, la imagen, el símbolo, el registro, la repetición. El pensamiento, la memoria, son continuos a causa de la palabra y la repetición. La terminación del pensamiento es el comienzo de lo nuevo; la muerte del pensamiento es vida eterna. Para que lo nuevo sea, tiene que haber una constante terminación. Lo que es nuevo no es continuo; lo nuevo jamás puede estar dentro del cam-

po del tiempo. Lo nuevo está tan sólo en la muerte de instante en instante. Tiene que haber muerte todos los días para que lo desconocido sea. El final es el comienzo, pero el miedo impide el final.

"Sé que tengo miedo, y no sé qué hay más allá de él."

¿Qué queremos decir con la palabra miedo? ¿Qué es el miedo? El miedo no es una abstracción, no existe independientemente, en el aislamiento. Surge sólo en relación con algo. El miedo se manifiesta en el proceso de la relación; no hay miedo separado de la relación. Ahora bien, ¿de qué tiene miedo usted? Dice que le teme a la muerte. ¿Qué entendemos por muerte? Aun cuando tengamos teorías, especulaciones, y haya ciertos hechos observables, la muerte sigue siendo lo desconocido. Cualquier cosa que podamos saber respecto a ella, la muerte en sí no puede ser introducida dentro del campo de lo conocido; extendemos una mano para asirla, pero no está ahí. La asociación es lo conocido, y lo desconocido no puede volverse familiar; el hábito no puede capturarlo, por eso hay miedo.

¿Puede lo conocido, la mente, comprender o contener jamás lo desconocido? La mano que se extiende puede recibir únicamente lo conocible, no puede retener lo incognoscible. Desear experiencias es dar continuidad al pensamiento, es fortalecer el pasado, es fomentar lo conocido. Usted quiere experimentar la muerte, ¿no es así? Aunque esté viviendo, quiere saber qué es la muerte. ¿Pero acaso sabe lo que es el vivir? Conoce la vida tan sólo como conflicto, confusión, antagonismo, alegrías y penas pasajeras. Pero, ¿es eso la vida? La lucha y el dolor, ¿son la vida? En este estado que llamamos vida queremos experimentar algo que no se encuentra en nuestro propio campo de conciencia. Esta pena, esta lucha, el odio en-

vuelto en el regocijo, es lo que llamamos el vivir; y queremos experimentar algo que es lo opuesto de lo que llamamos el vivir. Lo opuesto es la continuación, quizá modificada, de lo que es. Pero la muerte no es lo opuesto, es lo desconocido. Lo conocible ansía experimentar la muerte, lo desconocido; pero, haga lo que hiciere, no puede experimentar la muerte. Por lo tanto, tiene miedo. ¿Es eso?

"Usted lo ha expuesto con claridad. Si yo pudiera conocer o experimentar qué es la muerte mientras vivo, entonces seguramente cesaría el miedo."

Teme a la muerte debido a que no puede experimentarla. ¿Puede lo consciente experimentar ese estado que no se manifiesta a través de lo consciente? Lo que puede experimentarse es la proyección de lo consciente, de lo conocido. Lo conocido sólo puede experimentar lo conocido; la experiencia está siempre dentro del campo de lo conocido. Lo conocido no puede experimentar lo que se encuentra más allá de su campo. La vivencia es por completo diferente de la experiencia. La vivencia no está dentro del campo del experimentador. Pero cuando la vivencia se apaga, aparecen la experiencia y el experimentador, y entonces la vivencia es traída al campo de lo conocido. El conocedor, el experimentador, anhela el estado de vivencia respecto de lo desconocido; y como el experimentador, el conocedor, no puede entrar en el estado de vivencia, tiene miedo. El *es* el miedo, no está separado del miedo. El experimentador del miedo no es un observador del miedo; *es* el miedo mismo, el propio instrumento del miedo.

"¿Qué entiende usted por miedo? Sé que le tengo miedo a la muerte. No siento que yo *sea* el miedo, sino que estoy temeroso *de* algo. Temo y estoy separado del temor. El temor es una sensación distinta del 'yo' que lo mira, que lo analiza. Soy el observador y el temor es lo ob-

servado. ¿Cómo pueden el observador y lo observado ser una sola cosa?"

Usted dice que es el observador y que el miedo es lo observado. ¿Pero es así? ¿Es usted una entidad separada de sus cualidades? ¿No es usted idéntico a sus cualidades? ¿No es usted sus pensamientos, sus emociones y demás? Usted no está separado de sus cualidades y pensamientos. Usted *es* sus pensamientos. El pensamiento crea el "usted", la entidad supuestamente separada; sin pensamiento no hay pensador. Viendo su propia impermanencia, el pensamiento crea al pensador como lo permanente, lo perdurable; y el pensador se convierte, entonces, en el experimentador, al analizador, el observador separado de lo transitorio. Todos anhelamos alguna clase de permanencia, y viendo la impermanencia que nos rodea, el pensamiento crea al pensador, el cual se supone que es permanente. El pensador procede, entonces, a elaborar otros y más elevados estados de permanencia: el alma, el atman, el yo superior, etc. La base de toda esta estructura es el pensamiento. Pero ésa es otra cuestión. Lo que nos interesa ahora es el miedo. ¿Qué es el miedo? Veamos lo que es.

Usted dice que le tiene miedo a la muerte. Dado que no puede experimentarla, le teme. La muerte es lo desconocido y usted teme a lo desconocido. ¿Es eso? Ahora bien, ¿puede sentir miedo de aquello que no conoce? Si algo es desconocido para usted, ¿cómo puede atemorizarlo? En realidad no lo atemoriza lo desconocido, la muerte, sino la pérdida de lo conocido, porque eso podría causarle dolor o quitarle su placer, su gratificación. Lo que causa temor es lo conocido, no lo desconocido. ¿Cómo puede lo desconocido causar temor? No es medible en términos de placer y dolor; es lo desconocido.

El miedo no puede existir por sí mismo, aparece en

relación con algo. De hecho, a usted lo atemoriza lo conocido en su relación con la muerte, ¿no es así? A causa de que se aferra a lo conocido, a una experiencia, lo atemoriza lo que podría ser el futuro. Pero "lo que podría" ser el futuro, es meramente una reacción, una especulación, lo opuesto a lo que *es*. ¿Es así, verdad?

"Sí, parece correcto."

¿Y conoce usted lo que *es*? ¿Lo comprende? ¿Ha abierto el armario de lo conocido y ha mirado en su interior? ¿No tiene miedo también de lo que podría descubrir allí? ¿Alguna vez ha investigado lo conocido, lo que usted posee?

"No, no lo he hecho. Siempre he dado por sentado lo conocido. He aceptado el pasado como uno acepta la luz del sol o la lluvia. Jamás lo he considerado; uno es casi inconsciente de ello, como lo es su propia sombra. Ahora que lo menciona, supongo que también temo descubrir lo que podría haber allí."

¿No tenemos miedo, casi todos, de mirarnos a nosotros mismos? Podríamos descubrir cosas desagradables, así que preferimos no mirar, preferimos ignorar lo que es. Tenemos miedo no sólo de lo que pueda haber en el futuro, sino también de lo que podría haber en el presente. Tenemos miedo de conocernos tal como somos, y esta evitación de lo que *es* nos hace temer lo que *podría ser*. Abordamos con temor lo así llamado conocido, y también lo hacemos con lo desconocido, la muerte. Esta evitación de "lo que es", es el deseo de gratificación. Estamos buscando seguridad, exigiendo constantemente que no haya perturbación, y este deseo de no ser perturbados es el que nos hace eludir lo que es, y temer lo que podría ser. El temor es la ignorancia con respecto a lo que es, y nuestra vida se gasta en un constante estado de temor.

"¿Pero cómo puede uno librarse de este temor?"

Para librarse de algo, usted tiene que comprenderlo. ¿Hay temor, o sólo deseo de no ver? Es el deseo de no ver el que causa temor; y cuando uno quiere comprender el pleno significado de lo que es, el temor actúa como un preventivo. Usted puede llevar una vida muy satisfactoria evitando deliberadamente toda investigación en lo que es, y muchos lo hacen; pero no son felices, ni lo son aquéllos que se entretienen con un estudio superficial de lo que es. Sólo los que son serios en su investigación pueden percibir la felicidad; sólo para ellos hay libertad respecto del temor.

"Entonces, ¿cómo puede uno comprender lo que es?"

Lo que es ha de ser visto en el espejo de la relación, relación con todas las cosas. Lo que es no puede comprenderse en el retiro, en el aislamiento; no puede comprenderse si existe el intérprete, el que traduce lo que es aceptándolo o negándolo. Ello puede comprenderse sólo cuando la mente se halla por completo pasiva, cuando no está operando sobre lo que es.

"¿No es extremadamente difícil estar pasivamente alerta?"

Lo es, mientras haya pensamiento.

Seattle,
3 de agosto de 1950

INTERLOCUTOR: *¿Qué hay en la muerte para que uno deba temerla?*

KRISHNAMURTI: ¿Usted sabe qué es la muerte? ¿No le causa temor?

I: *Sí.*

I: *No.*

K: ¿No teme que le llegue el fin? ¡Entonces debe estar muy harto de la vida! ¿Qué es la muerte si no es llegar uno a su fin? ¿No tiene miedo de dejar todos sus recuerdos, sus experiencias, sus seres amados, todo lo que usted es?

I: *No conocemos la muerte; sólo conocemos lo que es la muerte de algún otro.*

K: La muerte es, obviamente, algo que no conocemos; sólo podemos experimentarla indirectamente. Morir es terminarse, tanto física como psicológicamente.

I: *Nos interesamos no en el problema de la muerte, sino en el problema del miedo a la muerte.*

K: Investiguemos, pues, el problema juntos; experimentémoslo, explorémoslo juntos.

Nos atemoriza la muerte. No nos atemoriza algo que conocemos definida y positivamente. El miedo existe sólo en relación con lo que es incierto, con lo que podría dañarnos, con lo que nos genera inseguridad. La muerte es incertidumbre; por eso nos causa temor. Si pudiéramos conocer todo el contenido, todo el valor de la muerte, conocer todo el significado de lo que está más allá, no sentiríamos miedo, ¿verdad? Por consiguiente, ¿cómo podemos saber qué es morir? ¿Cómo podemos, mientras estamos vivos, conocer la muerte?

I: *¿Cómo podemos conocerla sin experimentarla?*

K: Vamos a verlo en un momento. ¡Qué difícil es para nosotros comprender los modos de obrar de la mente! La mente desea convertir lo desconocido en lo conocido; y ésa es una de nuestras dificultades. La mente dice: "Si no sé qué hay más allá de la muerte, tengo miedo; pero si usted puede asegurarme que hay una continuidad, entonces dejo de temer". La mente busca certidumbre; pero mientras estemos buscando certidumbre, tiene que haber temor. No tememos a la muerte, sino a estar inseguros. Podemos funcionar sólo cuando tenemos un sentimiento de seguridad, y si nos quitan ese sentimiento sentimos temor. Si podemos descubrir, pues, qué es la muerte, estaremos libres del temor.

I: *Si yo pienso que la muerte es un final, ¿cómo puedo sentirme seguro en tanto desee continuar? Por otra parte, ¿cómo puedo librarme de mi deseo de certidumbre?*

K: Uno puede librarse de ese deseo sólo cuando se da cuenta de que no existe la certidumbre.

I: *Pero queremos tener seguridad respecto del futuro.*

K: ¿Podemos tenerla? Queremos estar seguros de que hemos vivido en el pasado y de que tendremos una continuidad en el futuro. Podemos leer todo lo que dicen los

libros religiosos, podemos escuchar acerca de las experiencias de otras personas y buscar la garantía de los médium. Pero, ¿nos liberará eso del temor? Mientras estemos buscando certidumbre, es inevitable que temamos a la incertidumbre. Por favor, esto no es un acertijo. La búsqueda de lo opuesto, de la antítesis de lo que somos, el deseo de eludir lo que somos, de escapar de ello, engendra temor, ¿no es así? Por lo tanto, es obvio que debemos comprender qué es el temor. ¿Qué es el temor?

Está el hecho de la muerte, y decimos que ese hecho nos atemoriza. ¿Surge el temor a causa del hecho? ¿Surge a causa de la palabra *muerte*? ¿O la sensación es independiente de la palabra? Nosotros respondemos internamente a las palabras. Palabras como *Dios, amor, comunismo* y *democracia,* crean en nosotros definidas respuestas nerviosas y psicológicas, ¿no es así? Cuando creemos en "Dios" y hablamos de "El", nos sentimos mejor. Palabras como *muerte, odio, alemanes, rusos, hindúes, negros,* tienen para nosotros una profunda significación. Por lo tanto, debemos descubrir si esa sensación que llamamos *temor* es una realidad o si es meramente el resultado de las palabras que usamos.

I: *La realidad es el significado que damos a las palabras.*

K: Examinémoslo. Si seriamente queremos liberarnos del temor, debemos descubrir cuál es el modo correcto de abordarlo. Podemos ver diversos factores que nos hacen temer a esta cosa llamada "muerte", pero me pregunto si no existe aún otra causa, si la palabra misma *muerte* no es la responsable de nuestro temor debido a su significado, a la asociación que evoca en nuestras mentes. Por favor, sigan esto y veremos qué surge de ello. La palabra *muerte* no es la muerte misma; no obstante, tiene una gran significación para nosotros, ¿verdad?

I: *La palabra lleva una connotación de algo final.*

K: Sí, y también todos los temores de la raza, de la clase, del individuo. Nuestras mentes han sido condicionadas, no sólo por esa palabra, sino por palabras tales como *capitalismo, fascismo, paz, guerra* y muchas otras. ¿No es así? Palabras, símbolos, imágenes, tienen muchísima importancia para nosotros, mucha más que los hechos, porque no podemos pensar sin palabras. La palabra es la imagen, el símbolo, y nuestro pensar es un verbalizar, simbolizar, imaginar, rotular. Si no tuviéramos imágenes, símbolos o palabras, no tendríamos memoria, ¿verdad? Por lo tanto, no es el *hecho* de la muerte sino la palabra *muerte* lo que nos infunde la sensación de temor. ¿No? También vemos que el temor surge cuando la mente, acostumbrada a la certidumbre, debe enfrentarse con la incertidumbre, cuando la mente, que es el resultado de lo conocido, el pasado, se enfrenta con lo desconocido, el futuro.

Ahora bien, la pregunta siguiente es: ¿Existiría la sensación que llamamos temor si no le diéramos el nombre de "temor"? ¿Existiría la sensación sin la palabra?

I: *La palabra es sólo un rótulo para la sensación. Tenemos que dar un nombre a la sensación, es nuestra única manera de reconocerla.*

K: Cuando consideramos el miedo a la muerte, ¿viene primero la sensación o la palabra? ¿La sensación es causada por la palabra, o la sensación es independiente de la palabra? Esta es realmente una pregunta muy importante, porque si podemos investigarla, pienso que veremos algo bastante significativo.

Cuando nos enfrentamos con el hecho de la muerte, lo nombramos, y el nombre nos comunica una sensación de incertidumbre que nos disgusta y nos infunde temor. Ahora bien, la muerte es algo nuevo, el hecho de la muer-

te es un reto nuevo, ¿verdad? Sin embargo, tan pronto lo nombramos, lo hemos convertido en lo viejo. Toda vez que la mente se enfrenta a un hecho nuevo, a un suceso nuevo, a una nueva sensación, inmediatamente rotula eso, lo identifica, lo reconoce, porque pensamos que es el único modo que tenemos de entender algo: introduciendo lo nuevo dentro de lo viejo. Esa es la manera como funciona la mente, ¿no es cierto? Eso es lo que hacemos instantáneamente. Se trata, quizá, de un acto inconsciente, pero ésa es nuestra respuesta inmediata. La mente no puede pensar acerca de lo nuevo, de modo que siempre lo traduce en términos de lo viejo. El pensar es un proceso de verbalización, ¿no es así? Cuando somos retados por el hecho que llamamos muerte, respondemos pensando en ello, y esa verbalización crea temor. Ahora bien, ¿es posible no responder verbalmente cuando somos retados por lo que hemos calificado de *muerte*?

I: *Yo diría que no.*

K: Si no lo ha intentado, ¿cómo puede decir "si" o "no"? Cuando le formulo esta pregunta, usted está siendo retado por algo y su reacción inmediata es tratar de encontrar una respuesta; su mente entra a operar y, al mismo tiempo, surgen las palabras. Por favor, observe su propia mente; verá que cuando le preguntan algo que usted no sabe, la mente no permanece en silencio tratando de comprender lo nuevo, sino que inmediatamente comienza a inspeccionar los viejos registros de la memoria en procura de una respuesta apropiada.

I: *La conclusión lógica de su razonamiento sería detener el proceso del pensar.*

K: Por favor, esto no es un razonamiento lógico, es una observación basada en hechos. Usted verá qué ocurre si lo experimenta. Cuando la mente se encuentra con algo

nuevo para lo cual no tiene respuesta, para lo cual no hay palabras, se queda quieta. Cuando vemos algo nuevo que no reconocemos y no podemos identificar con nada ya conocido por nosotros, no lo nombramos. Observamos para descubrir qué es y, en ese estado de atención alerta, no hay verbalización alguna. En el momento en que empezamos a verbalizar, cualquier experiencia deja de ser nueva y se convierte en lo viejo, ¿no es así?

I: *Si es enteramente nuevo, no hay nada que verbalizar al respecto.*

K: Así es. Por lo tanto, la muerte es algo nuevo si no verbalizamos respecto a ella. Si bien es una palabra, esa palabra se ha despojado de su contenido, de su cualidad condicionadora. Entonces podemos mirar la muerte. Ahora bien, ¿cuál es el estado de la mente que es retada por lo nuevo y no verbaliza al respecto, no reacciona de inmediato inspeccionando los viejos recuerdos, los viejos registros, a fin de encontrar la respuesta apropiada? ¿No es también nueva esa mente? Han desaparecido los viejos condicionamientos, la agitación ha cesado, la búsqueda ha llegado a su fin. Y cuando el reto es nuevo y la mente es nueva, ¿dónde está el temor?

I: *La mente es nueva, pero el reto sigue siendo viejo aunque no tenga nombre.*

K: La muerte es lo viejo sólo cuando lo reconocemos, y podemos reconocerlo únicamente por medio de las palabras, de la memoria, lo cual constituye nuestro condicionamiento. La muerte es lo viejo porque tiene todas las connotaciones del temor, de la creencia, del consuelo, del escape. Siempre la hemos abordado con lo conocido; el nuestro es el viejo modo de abordarla y, por lo tanto, reconocemos eso como la muerte. Pero si nuestra manera de abordarlo es nueva, si nos aproximamos a ello con una

mente nueva, completamente despojada de lo viejo, puede que ya no exista más lo que llamamos "muerte"; puede tratarse de algo por completo diferente.

I: *Debemos saber qué estamos mirando, aunque no le demos un nombre.*

K: Eso es lo que estoy proponiendo que hagamos. Tratemos de descubrir si es posible para la mente detener el proceso de verbalización y sólo mirar. Si la mente puede hacer eso, entonces esta cosa que la mente está mirando y que es lo nuevo, ¿se halla separada de la mente misma, que también es lo nuevo? ¿Existe, acaso, una división entre el reto y el observador que mira el reto?

I: *El observador crea el reto.*

K: Usted es demasiado rápido para responder. Por favor, no traduzca en sus propios términos lo que digo, porque entonces se le escapará todo su significado.

I: *Si ambas cosas —la mente y el reto— son nuevas, ¿cómo podemos decir, entonces, que son iguales o que son diferentes?*

K: Cuando la mente es nueva, el reto, que también es nuevo, ¿está fuera de ella?

La dificultad con todo esto es que, a menos que lo experimentemos realmente, tendrá para nosotros muy poco sentido. Lo que es nuevo no conoce la muerte, está deviniendo continuamente, jamás es lo viejo. Sólo lo viejo tiene miedo de terminarse; y si investigamos toda esta cuestión muy, muy profundamente, veremos que es posible para la mente liberarse, no sólo del miedo a la muerte sino también del miedo en todas sus formas.

De Pláticas en Europa 1968

París, 28 de abril de 1968

AL CONSIDERAR el miedo y el dolor, uno tiene que investigar este problema de la muerte y la vejez. La muerte puede sobrevenir por una enfermedad, un accidente, o a causa de la edad avanzada y el deterioro. Está el hecho de que el organismo físico se termina. Y uno observa, a medida que envejece, el problema que eso constituye, la fealdad, cómo al envejecer uno se embota, se vuelve más insensible. La vejez llega a ser un problema cuando uno no sabe cómo vivir. Es posible que jamás hayamos vivido realmente; hemos vivido luchando, con dolor, en conflicto, lo cual se expresa en nuestros rostros y cuerpos, en nuestras actitudes.

Como el organismo físico se termina, la muerte es, por cierto, inevitable. Tal vez los científicos puedan descubrir alguna píldora que nos dará continuidad por otros cincuenta o cien años, pero siempre al final está la muerte. Siempre está el problema de la vejez, de perder la memoria, de volverse senil, más y más inútil para la sociedad, etc. Y está la muerte, la muerte como algo inevitable, desconocido, sumamente desagradable y temible. Como nos atemoriza, jamás hablamos siquiera de ella, o si hablamos tenemos teorías, fórmulas consoladoras, ya sea la

"reencarnación" de Oriente o la "resurrección" de Occidente. O quizás aceptemos la muerte desde el punto de vista intelectual diciendo que es inevitable y que "como todo muere, yo también moriré". La racionalización, una creencia consoladora y un escape, son exactamente la misma cosa.

Pero, ¿qué es la muerte? Aparte de la entidad física que se termina, ¿qué es la muerte? Al formular ese interrogante, uno debe preguntar también: ¿Qué es el vivir? Son dos cosas inseparables. Si uno dice: "Deseo de verdad saber qué es la muerte", jamás conocerá la respuesta a menos que sepa lo que es el vivir. ¿Qué es nuestro vivir? Desde el momento en que nacemos hasta que morimos, consiste en una lucha interminable; es un campo de batalla, no sólo dentro de nosotros mismos sino también con nuestros semejantes, con nuestras esposas, nuestros maridos, nuestros hijos, con todo; es una batalla de dolor, miedo, ansiedad, culpa, soledad y desesperación. A causa de esta desesperación, surgen en la mente invenciones tales como los dioses, los salvadores, los santos, el culto de los héroes, los rituales y la guerra, la guerra de hecho, el matarnos unos a otros. Esa es nuestra vida. Eso es lo que llamamos el vivir, en el cual puede haber un momento de felicidad, una ocasional luz en los ojos... pero ésa es nuestra vida. Y a esa vida nos aferramos, porque decimos: "Al menos conozco eso, y es mejor tener eso que nada".

Uno teme, pues, al vivir y teme a la muerte, a la terminación. Y cuando la muerte llega inevitablemente, uno la rechaza. Nuestra vida es una larga y dilatada agonía de luchar con nosotros mismos y con todo lo que nos rodea. Y esta batalla es lo que llamamos amor; es un placer creciente, un creciente deseo con su satisfacción, sexual o de otra clase; eso es nuestra vida, de la mañana a la noche.

A menos que comprendamos el vivir, carece por

completo de sentido encontrarle meramente una salida al problema de la muerte. Cuando uno comprenda qué *es* vivir, lo cual implica terminar con el dolor, con la lucha, no convertir la vida en un campo de batalla, entonces verá que, psicológicamente, internamente, vivir es morir: morir para todas las cosas cada día, para todas las acumulaciones, de modo que la mente sea una mente nueva, fresca e inocente de día en día. Y eso requiere una atención enorme. Pero ésta no puede existir a menos que haya una terminación para el dolor, o sea, para el miedo y, por ende, para el pensamiento. Entonces la mente está por completo quieta —no embotada, no atontada, insensibilizada por la disciplina y todos los otros trucos que uno juega mediante el estudio del yoga y el resto de ese negocio—. Entonces vivir es morir, lo cual implica que no hay muerte sin amor. El amor no es un recuerdo. La vida, el amor y la muerte van juntos, no son cosas separadas. Y así la vida consiste en vivir cada día en un estado de frescura; y para tener esa claridad, esa inocencia, tiene que haber muerte para ese estado de la mente en el cual siempre existe el centro, el"yo".

Sin amor no hay virtud. Sin amor no hay paz, no hay relación. Esas son las bases para que la mente penetre sin límites en esa dimensión donde sólo la verdad existe.

De Pláticas en Europa 1968,

Amsterdam, 19 de mayo de 1968

TENEMOS QUE COMPRENDER otro fenómeno de la vida, que es la muerte: muerte por vejez, por un accidente, por una enfermedad, o muerte natural. Envejecemos inevitablemente, y esa vejez se revela según el modo como hemos vivido nuestra vida, se revela en nuestro rostro si hemos satisfecho nuestros apetitos de manera cruda, brutal. Perdemos sensibilidad, la sensibilidad que teníamos cuando éramos jóvenes, frescos, inocentes. Y, a medida que pasan los años, nos volvemos insensibles, torpes, inconscientes y, poco a poco, vamos entrando en la tumba.

Está, pues, la vejez. Y existe esta cosa extraordinaria llamada muerte, de la cual casi todos estamos terriblemente atemorizados. Si no lo estamos, hemos racionalizado intelectualmente este fenómeno y hemos aceptado los mandatos del intelecto. Pero la muerte sigue estando ahí. Obviamente, hay una terminación para el organismo, para el cuerpo. Y eso lo aceptamos con naturalidad porque vemos cómo todo muere. Pero lo que no aceptamos es la terminación psicológica, la terminación del "yo", con la familia, la casa, el éxito, las cosas que he hecho y las que todavía tengo que hacer, las realizaciones y las frustraciones... ¡y siempre hay algo más que hacer antes de que me

llegue el fin! Y tenemos miedo de que se termine la entidad psicológica: el "yo", el ego, el "alma", en las distintas formas y palabras que asignamos al centro de nuestro ser.

¿Se termina eso? ¿Tiene una continuidad? El Oriente ha dicho que tiene una continuidad: está la reencarnación, el nacer mejor en la próxima vida si uno ha vivido correctamente. Si ustedes creen en la reencarnación, como lo hace toda el Asia (no sé por qué creen, pero eso les brinda un gran consuelo), entonces esa idea implica, si la observan con mucha atención, que lo que hacen ahora, cada día, importa tremendamente. Porque en la próxima vida van a pagar por ello o serán recompensados, dependiendo de cómo han vivido. Lo que importa, pues, no es lo que creen que sucederá en la próxima vida, sino lo que ustedes son ahora y el modo como viven. Y eso también está implicado cuando hablan de la resurrección. *Aquí* (en Occidente) lo han simbolizado en una persona y adoran a esa persona, porque ustedes mismos no saben cómo renacer en la vida *ahora* (no "en el cielo y a la diestra de Dios", no importa lo que eso pueda significar).

Lo que importa, pues, es cómo viven ahora —no cuáles son sus creencias—, lo que ustedes son, lo que hacen. Pero estamos atemorizados de que el centro, llamado el "yo", pueda terminarse. Preguntamos: ¿Se termina? ¡Por favor, presten atención!

Han vivido a base del pensamiento; es decir, han dado una importancia tremenda al pensar. Pero el pensar es viejo, jamás es nuevo; el pensar es la continuación de la memoria. Si han vivido ahí, obviamente hay alguna clase de continuidad. Es una continuidad muerta, pasada, terminada. Es algo viejo; sólo lo que termina puede tener algo nuevo. Por lo tanto, es muy importante comprender el morir. Morir, morir para todo lo que conocemos. No sé si alguna vez lo han intentado. Estar libres de lo conocido,

libres de nuestra memoria, aunque sea por unos cuantos días; estar libres de nuestro placer, sin ningún argumento, sin temor alguno, morir para nuestra familia, para nuestra casa, para nuestro nombre, volvernos totalmente anónimos. Sólo una persona completamente anónima se encuentra en un estado de no violencia, carece de violencia. Se trata, pues, de morir cada día, no como una idea sino de hecho... ¡*háganlo*, háganlo alguna vez!

Ustedes saben, hemos coleccionado tanto, no sólo libros, casas, la cuenta en el banco, sino internamente, los recuerdos de los insultos, de los halagos, los recuerdos de logros neuróticos, el recuerdo de aferrarnos a nuestra propia experiencia particular, la cual nos permite tener una posición. ¡Morir para todo eso sin ningún argumento, sin discusión, sin temor, sólo abandonarlo! Háganlo alguna vez y verán. Acostumbraba ser una tradición en Oriente que un hombre rico, cada cinco años más o menos, renunciaba a todo, incluyendo su dinero, y empezaba de nuevo. Hoy en día no podemos hacer eso; hay demasiada gente, todos deseando nuestro empleo, hay explosión demográfica y todas esas cosas. Pero hacer eso psicológicamente —no abandonar a nuestra esposa, a nuestro marido, nuestras ropas o nuestra casa—, internamente, es no estar apegados a nada. En eso hay una gran belleza. Después de todo, eso es amor, ¿verdad? El amor no es apego. Cuando hay apego, hay temor. Y el temor, inevitablemente, se vuelve autoritario, posesivo, opresivo, dominador.

La meditación es, pues, la comprensión de la vida, y consiste en generar orden. El orden es virtud, la cual es luz. Esta luz no es para ser encendida por otro, no importa cuán experimentado sea, cuán ingenioso, erudito o espiritual. Nadie en la tierra o en el cielo puede encender esa luz, excepto uno mismo con su propia comprensión y meditación.

¡Morir para todo dentro de nosotros mismos! Porque el amor es inocente y fresco, joven y puro. Entonces, si han establecido este orden, esta virtud, esta belleza, esta luz en sí mismos, pueden ir más allá. Esto significa que la mente, habiendo establecido el orden —que no es del pensamiento—, se aquieta por completo, se vuelve naturalmente silenciosa, sin esfuerzo alguno, sin ningún tipo de disciplina. Y todas las acciones pueden tener lugar a la luz de ese silencio; el vivir cotidiano procede, entonces, de ese silencio. Y si uno es lo bastante afortunado como para haber llegado hasta aquí, entonces en ese silencio hay un movimiento por completo diferente que no es del tiempo, que no es de las palabras, que no es medible por el pensamiento, porque es siempre nuevo. Es ese "algo" inconmensurable que el hombre ha buscado perpetuamente. Pero tenemos que dar con ello, nadie puede dárnoslo. No es la palabra o el símbolo, que son cosas destructivas. Para que ello advenga, hemos de tener orden completo, belleza, amor. Por lo tanto, uno debe morir para todo lo que conoce, de modo que su mente sea clara, que no esté torturada, que vea las cosas como *son*, tanto externa como internamente.

De El vuelo del Aguila,

La Fragmentación, Londres, 20 de marzo de 1969

¿QUE ES LA MUERTE? ¿Cuál es la relación entre el amor y la muerte? Creo que encontraremos esa relación cuando comprendamos el significado de la muerte. Para comprenderlo, es obvio que debemos comprender qué es el vivir. ¿Qué es, en realidad nuestro vivir —el vivir cotidiano, no la cosa ideológica, intelectual que consideramos que "debería ser" pero que es realmente falsa—? ¿Qué es, en realidad, nuestro vivir de todos los días en medio del conflicto, la desesperación, la soledad, el aislamiento? Nuestra vida es, tanto dormidos como despiertos, un campo de batalla del cual tratamos de escapar de diversas maneras: mediante la música, el arte, los museos, los entretenimientos religiosos o filosóficos, hilando un montón de teorías, enredándonos en el conocimiento... cualquier cosa menos poner fin a este conflicto, a esta batalla que llamamos vivir, con su dolor constante.

¿Puede terminar el dolor en la vida cotidiana? A menos que haya un cambio radical de la mente, nuestro vivir tiene muy poco sentido: ir a la oficina todos los días, ganarnos la subsistencia, leer unos cuantos libros, poder citar hábilmente a otros, estar muy bien informados... una vida vacía, una verdadera vida burguesa. Y entonces,

cuando nos vamos dando cuenta de este estado de cosas, comenzamos a inventarle un sentido a la vida, a tratar de encontrarle algún significado. Para ello vamos en busca de personas ingeniosas que puedan darnos el significado, el propósito de la vida —lo cual constituye otro modo de escapar del vivir—. Esta clase de vida tiene que experimentar una transformación radical.

¿Por qué nos atemoriza la muerte, como le ocurre a la mayoría de la gente? ¿De qué tenemos miedo? Observen, por favor, sus propios temores en relación con lo que llamamos "muerte", cómo tienen miedo de que se termine esta batalla que llamamos el vivir. Tememos a lo desconocido, a lo que podría ocurrir; tenemos miedo de abandonar las cosas que conocemos: la familia, los libros, el apego a nuestra casa y a nuestros muebles, a las personas cercanas. Tenemos miedo de desprendernos de las cosas conocidas; y lo conocido es este vivir en el dolor, en la pena y la desesperación, con destellos ocasionales de felicidad. No hay fin para esta lucha constante; y eso es lo que llamamos vivir, eso es lo que tememos abandonar. Es el "yo", resultado de toda esta acumulación, el que tiene miedo de terminarse; por lo tanto, reclama una esperanza futura y, en consecuencia, tiene que existir la reencarnación. La idea de la reencarnación, en la que cree todo el Oriente, es que en la próxima vida naceremos un poco más alto en los peldaños de la escalera. En esta vida uno fue un lavaplatos; en la próxima será un príncipe o lo que fuere —algún otro vendrá a lavar los platos por uno—. Para aquéllos que creen en la reencarnación, importa muchísimo lo que uno es en esta vida, porque la próxima depende de lo que hagamos, del modo como nos comportamos, de cuáles sean nuestras actividades, etc.; obtendremos una recompensa o seremos castigados. Pero a ellos no les importa un bledo el modo como se comportan, ésa es sólo

otra forma de creencia, igual que la creencia de que existe un cielo, Dios o lo que fuere. Lo que verdaderamente importa es lo que somos ahora, hoy, cómo nos comportamos de hecho, no sólo en lo externo sino también internamente. El Occidente tiene su propia forma de consuelo respecto de la muerte: la racionaliza, tiene su propio condicionamiento religioso.

¿Qué es, en realidad, la muerte, el final? El organismo va a terminar, ya sea por vejez, por enfermedad o por un accidente. Muy pocos de nosotros envejecemos bellamente, porque somos entidades torturadas; nuestros rostros lo demuestran a medida que envejecemos. Y hay tristeza en la ancianidad al recordar las cosas del pasado.

¿Puede uno morir psicológicamente, de día en día, a todo lo que ha conocido? A menos que nos liberemos de lo conocido, jamás podremos captar lo posible. Tal como están las cosas, nuestra posibilidad se encuentra siempre dentro del campo de lo conocido; pero cuando hay libertad, entonces esa posibilidad es inmensa. ¿Puede uno morir, psicológicamente, para todo su pasado, para los apegos, los temores, la ansiedad, la vanidad y el orgullo, morir tan completamente que mañana despierte siendo un ser humano nuevo? Ustedes preguntarán: "¿Cómo puede hacerse esto, cuál es el método?". No hay método, porque un método implica un mañana. Quiere decir que uno habrá de practicar y, a la larga, mañana o después de muchos mañanas, logrará alguna cosa. Pero, ¿pueden ustedes ver inmediatamente —de hecho, no en teoría— la verdad de que la mente no puede ser joven, vital, pura, inocente, apasionada, a menos que, psicológicamente, haya una terminación para todo lo que pertenece al pasado? Pero nosotros no queremos desprendernos del pasado porque *somos* el pasado: todos nuestros pensamientos se basan en el pasado, todo el conocimiento es el pasado.

Por eso la mente no puede desprenderse de ello; cualquier esfuerzo que hace en ese sentido sigue formando parte del pasado —el pasado que espera lograr un estado diferente—.

La mente tiene que volverse extraordinariamente quieta, silenciosa. Y eso ocurre sin ninguna resistencia, sin sistema alguno, cuando la mente ve la totalidad del problema. El hombre ha buscado siempre la inmortalidad. Pinta un cuadro y pone su nombre en él. Esa es una forma de inmortalidad, dejar un nombre detrás; el hombre siempre quiere dejar detrás algo de sí mismo. ¿Qué tiene el hombre que dar de sí mismo, aparte del conocimiento tecnológico? ¿Qué es él? Ustedes y yo, ¿qué somos psicológicamente? Ustedes pueden tener una mayor cuenta bancaria, ser más ingeniosos que yo, esto y aquello, pero psicológicamente, ¿qué somos? Un montón de palabras, de recuerdos, de experiencias, y todo esto queremos pasarlo a un hijo, asentarlo en un libro o pintarlo en un cuadro. "Yo". El "yo" se vuelve extraordinariamente importante: el "yo" opuesto a la comunidad, el "yo" que desea identificarse, realizarse, convertirse en algo grande... ya saben todo eso. Cuando uno observa ese "yo", ve que es un manojo de recuerdos, de palabras vacías. A eso nos aferramos, ésa es la esencia misma de la separación entre "usted" y "yo", "ellos" y "nosotros".

Cuando comprendan todo esto, cuando lo observen no a través de otro sino por sí mismos, con una observación muy atenta y sin juicio alguno, sin evaluación, sin represión, cuando simplemente observen, verán que el amor es posible sólo cuando hay muerte. El amor no es memoria, el amor no es placer. Se dice que el amor está relacionado con el sexo, lo cual nos vuelve nuevamente a la división entre amor profano y amor sagrado, a la aprobación de uno y la condena del otro. El amor no es, por

cierto, ninguna de estas cosas. Uno no puede dar con él total, completamente, a menos que haya un morir para el pasado, un morir respecto de todo el afán, el conflicto y el dolor. Entonces hay amor. Entonces uno puede hacer lo que quiera.

Saanen,
27 de julio de 1972

¿TIENEN INCONVENIENTE en que investiguemos toda esta cuestión de lo que es la muerte? Muchas de las personas que están aquí son jóvenes y quizá vivan un largo tiempo, y también hay aquí muchas personas viejas, incluida la que les habla; nosotros somos los que se van y ustedes son los que llegan. Pero ustedes, los que llegan, se están yendo y también tienen que enfrentarse a la muerte. Así que vamos a investigarla, o sea, vamos a tener un discernimiento en ella. Ese discernimiento no es posible si hay cualquier clase de temor, y el temor aparece sólo cuando estamos apegados a las cosas conocidas. Las cosas conocidas son nuestras imágenes, nuestros apegos, nuestros muebles, las opiniones, los juicios, la cultura, nuestra timidez, nuestra cortesía... ¿entienden?, todo eso es el campo de lo conocido. Si están atemorizados, jamás tendrán un discernimiento en todo este problema de la muerte.

Quiero descubrir, tal como ustedes deben hacerlo, qué es la muerte. ¿Por qué me atemoriza la muerte? ¿Por qué me espanta tanto la vejez y que todo se termine súbitamente? Comprender qué es la muerte, es en verdad un asunto muy, muy complejo. Su misma complejidad nos atemoriza, porque es como una muy compleja maquina-

ria: uno no se atreve a tocarla porque no conoce nada al respecto. Pero si la aborda muy sencillamente, lo cual implica que de veras trata de aprender sobre ella, entonces lo disfruta —disfruta no la idea de la muerte, sino la investigación, el acto mismo de abordar el problema, de averiguar al respecto—. Entonces está aprendiendo, y no es posible aprender si no se es feliz; por lo tanto, uno no debe tener miedo. Eso es lo fundamental.

Así que, si de verdad quieren investigar esto, deben ver con mucha claridad que la mente, o sea, el pensamiento, no genere temor, temor a lo que él considera que es morir, a lo que él considera que es penetrar en algo que desconoce.

Ahora bien, ante todo tengo que descubrir —a causa de que no estoy atemorizado, ¿comprenden?, de que no me intereso para nada en el temor— si hay algo permanente como el "yo". "Permanente" es aquello que tiene continuidad. Puedo dejar mis muebles a mi hermano, a mi hijo o a quien fuere; por lo tanto, pueden quedar en la familia. O pueden ser vendidos en una tienda de antigüedades y algún otro puede comprarlos. Quiero descubrir si el "yo", que teme a la muerte, es algo sustancial, continuo, permanente.

¿*Hay* algo permanente en mí, en ustedes?, permanente en el sentido de que algo como el "yo" continúa en el tiempo, perdura en el espacio. El "yo" es el nombre, ¿correcto? ¿Tiene el nombre alguna permanencia? ¿O es el pensamiento el que da permanencia al nombre? En sí mismo, éste no tiene permanencia, pero el pensamiento, identificándose con el cuerpo, con la imagen, con el conocimiento, con todas las experiencias, los dolores, los placeres, las angustias, identificándose con eso, le da una cualidad de permanencia. De otro modo, ¿existe algo permanente, algo que tenga una continuidad a pesar de la no existencia del cuerpo?

¿Les interesa todo esto? Les guste o no, van a tener que afrontarlo. Ya sea que se enfrenten a la muerte por un accidente, por una enfermedad o por el deterioro natural del organismo, ella es inevitable. Pueden eludirla viviendo más tiempo, estando más sanos, tomando más píldoras, etc. Pero al final está este hecho, a menos que uno descubra por sí mismo si hay algo permanente más allá de la muerte —o sea, algo intemporal— que no puede ser corrompido por la civilización, por la cultura, algo que, a pesar de todas las experiencias, los conocimientos, los estímulos, las reacciones, tiene su existencia propia y continúa como el "yo". Por lo tanto, el hombre ha dicho: "No hay "yo", pero existe Dios". En Asia lo exponen de un modo diferente, pero sigue siendo un acto del pensamiento que dice: "Existe el alma". Es un acto del pensamiento el que dice: "Existe Brahma", como ocurre en la India. Todo eso es aún el pensamiento, el pensamiento que siente temor ante lo desconocido. El pensamiento es lo conocido, el pensamiento es tiempo, el pensamiento es viejo, jamás es libre. Porque es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento; por consiguiente, es siempre viejo, nunca es libre y, siendo del tiempo, está inseguro de lo intemporal, o sea, de lo que se encuentra más allá del tiempo. De modo que dice: "Yo no soy importante, el "yo" es transitorio, está formado por la cultura, por el tiempo, por la familia, por la tradición; ha desarrollado ciertas tendencias e idiosincrasias, tiene su condicionamiento. Pero, más allá de esto, existe el alma, hay algo en mí permanente e inmenso". Todo eso es el proceso del pensamiento. Y el pensamiento, enfrentado con lo inevitable que es la muerte, el final, dice: "No puedo tolerar esto"; por consiguiente, agrega: "Tiene que haber una vida futura", o "existe el cielo y me sentaré junto a

Dios"; enfrentado con algo completamente desconocido, anhela consuelo. Y hay miles de personas que le darán consuelo. Todas las iglesias organizadas lo ofrecen; consuelo es lo que ustedes desean y, por eso, ellas existen.

Ahora bien, si ustedes ven cómo eso sigue siendo la acción del pensamiento y, por lo tanto, se basa en el temor, en la imaginación, en el pasado, ven entonces que ése es el campo de lo conocido. O sea, estoy *apegado* al campo de lo conocido con todas sus variantes, sus cambios, sus actividades, y lo que pido es consuelo. Debido a que he encontrado consuelo en el pasado, he estado viviendo dentro del campo de lo conocido; ése es mi territorio, conozco sus límites, sus fronteras. Las fronteras son mi conciencia, la cual está compuesta por su contenido. Estoy completamente familiarizado con todo eso, y la muerte es algo que no conozco, algo que no deseo.

Me digo, pues: Mi vida ha sido el pasado, vivo en el pasado, actúo en el pasado; ésa es mi vida. ¡Escuchen esto! Mi vida, el vivir en el pasado, es una vida muerta. ¿Comprenden? Mi mente, que vive en el pasado, es una mente muerta. Y el pensamiento dice: "Eso no es la muerte, el futuro es la muerte". Veo, pues, esto como un hecho. ¿Me siguen? Veo esto como algo enormemente real. De modo que la mente, al darse cuenta de eso, muere de veras para el pasado; usará el pasado, pero éste ha perdido su asidero; ha perdido sus valores, su dominio, su vitalidad. De este modo, la mente tiene su propia energía que no se deriva del pasado. En consecuencia, el vivir es el morir. Porque si no hay apego, entonces hay amor. Si no hay apego al pasado —el pasado tiene su valor, el cual puede y debe usarse como conocimiento—, entonces mi vivir es una renovación constante, un movimiento constante en el campo de lo descono-

cido, un constante aprender. Por lo tanto, la muerte es la última y fundamental soledad del ser. En consecuencia, hay una clase de vida por completo diferente.

Saanen,
21 de Julio de 1963

ME GUSTARIA HABLAR acerca de una cuestión importante como lo es la de la muerte, no sólo la muerte del individuo, sino la muerte como una idea que existe en todo el mundo y que ha sido sostenida durante siglos como un problema sin resolverse jamás. Está el miedo a la muerte, no sólo el miedo particular del individuo, sino también una enorme actitud colectiva hacia la muerte, tanto en el Asia como en los países occidentales, la cual tiene que ser comprendida. Vamos, pues, a considerar juntos toda esta cuestión.

Al considerar un problema tan vasto y significativo, las palabras tienen el único propósito de facilitar nuestra comunicación, de hacer posible un estado de comunión entre nosotros. Pero la palabra misma puede convertirse fácilmente en un obstáculo cuando tratamos de comprender esta cuestión profunda de la muerte, a menos que le prestemos nuestra atención *completa*, no sólo verbalmente, no con ligereza o tratando de encontrar intelectualmente una razón para su existencia.

Antes, o quizás en el propio proceso de comprender esta cosa extraordinaria llamada muerte, tendremos que comprender también el significado del tiempo, el cual es

otro gran factor en nuestras vidas. El pensamiento crea el tiempo, y el tiempo controla y moldea nuestro pensamiento. Estoy usando la palabra *tiempo* no sólo en el sentido cronológico de ayer, hoy y mañana, sino también en el sentido psicológico: el tiempo que el pensamiento ha inventado como medio de llegar, de lograr, de postergar. Ambos son factores en nuestras vidas, ¿no es así? Tenemos que estar conscientes del tiempo cronológico; de lo contrario, ustedes y yo no podríamos encontrarnos en alguna parte. El tiempo cronológico es, obviamente, necesario en los acontecimientos de nuestra vida; ésa es una cuestión simple y clara que no requiere un examen muy profundo. Por lo tanto, lo que tenemos que explorar, discutir y comprender, es todo el proceso *psicológico* que llamamos tiempo.

Por favor, si meramente oyen las palabras y no ven las implicaciones que hay detrás de las palabras, me temo que no podremos llegar muy lejos. Casi todos somos esclavos de las palabras y del concepto o la fórmula que las palabras han generado. No dejen meramente de lado esto, porque cada uno de nosotros tiene una fórmula, un concepto, una idea, un ideal —racional, irracional o neurótico— conforme al cual está viviendo. La mente se guía por alguna norma, por una serie particular de palabras que han sido convertidas en un concepto, una fórmula. Esto es un hecho para cada uno de nosotros y, por favor, no se equivoquen al respecto: hay una idea, una norma conforme a la cual moldeamos nuestras vidas. Pero si hemos de comprender esta cuestión de la muerte y la vida, todas las fórmulas, normas e ideaciones que existen porque no comprendemos el vivir deben desaparecer por completo. Un hombre que vive de manera plena, total, sin temor, no tiene una *idea* acerca del vivir. Su acción es pensamiento y su pensamiento es acción; no son dos co-

sas separadas. Pero debido a que tenemos miedo de esa cosa llamada muerte, la hemos dividido de la vida; hemos puesto la vida y la muerte en dos compartimientos estancos separados por un gran espacio, y vivimos de acuerdo con la palabra, con la fórmula del pasado, con la tradición de lo que ha sido. Una mente presa en este proceso jamás puede ver todas las implicaciones de la muerte y la vida o comprender qué es la verdad.

Por lo tanto, cuando ustedes investigan conmigo toda esta cuestión, si lo hacen como cristianos, budistas, hindúes o lo que fuere, estarán completamente perdidos. Y si traen a esta investigación el residuo de sus diversas experiencias, el conocimiento que han adquirido de sus libros o de otras personas, no sólo quedarán decepcionadas sino también confundidos. El hombre que de veras quiera investigar, primero debe estar libre de todas estas cosas que componen su trasfondo, y ésa es nuestra mayor dificultad. Uno debe liberarse del pasado —pero no como una reacción—, porque sin esta libertad no puede descubrir nada nuevo. La comprensión es libertad, pero muy pocos queremos ser libres. Preferimos más bien vivir en un sistema seguro, de nuestra propia hechura, o en un sistema establecido por la sociedad. Cualquier alteración dentro de ese patrón o sistema es muy inquietante, y antes que sentirnos inquietos, vivimos una vida de negligencia, muerte y deterioro.

Para investigar este inmenso problema de la muerte, debemos estar alertas, sin opción alguna, no sólo a nuestra esclavitud con respecto a las fórmulas y los conceptos, sino también a nuestros temores, a nuestro deseo de continuidad y demás. Para investigar, debemos abordar el problema con frescura. Por favor, esto es realmente muy importante. La mente debe estar clara y no presa en un concepto o una idea, si hemos de investigar algo que es

absolutamente extraordinario, no esta cosa que tememos y a la que tratamos de engañar.

Psicológicamente, somos esclavos del tiempo, siendo el tiempo la memoria del ayer, del pasado con todas sus experiencias acumuladas; no es sólo nuestra memoria personal, particular, sino también la memoria de lo colectivo, de la raza, del hombre a través de los tiempos. El pasado está compuesto de los dolores individuales y colectivos del ser humano, de sus desdichas y alegrías, de su extraordinaria lucha con la vida, con la muerte, con la verdad, con la sociedad. Todo esó es el pasado, al ayer multiplicado por miles de ayeres; y para la mayoría de nosotros, el presente es el movimiento del pasado hacia el futuro. No hay divisiones exactas tales como pasado, presente y futuro. Lo que ha sido, modificado por el presente, es lo que será. Eso es todo lo que conocemos. El futuro es el pasado modificado por los accidentes del presente; el mañana es el ayer reformado por las experiencias, reacciones y conocimientos del hoy. Esto es lo que llamamos tiempo.

El tiempo es una cosa que ha sido creada por el cerebro, y el cerebro, a su vez, es el resultado del tiempo, de millares de ayeres. Cada pensamiento es el resultado del tiempo; es la respuesta de la memoria, la reacción de los anhelos, las frustraciones, los fracasos, los dolores, los peligros amenazantes de ayer. Y con ese trasfondo miramos la vida, lo consideramos todo: si hay o no hay Dios, cuál es la función del Estado, la naturaleza de la relación, cómo superar los celos o adaptarnos a ellos, la ansiedad, la culpa, la desesperación, el dolor... consideramos todas estas cuestiones con el trasfondo del tiempo.

Ahora bien, cualquier cosa que consideramos con ese trasfondo se distorsiona, y cuando la crisis que requiere atención es muy grande, si la miramos con los ojos del

pasado, o bien actuamos neuróticamente, que es lo que hace la mayoría, o erigimos nosotros mismos un muro de resistencia contra la crisis. Ese es todo el proceso de nuestra vida.

Por favor, estoy exponiendo estas cosas verbalmente, pero si ustedes consideran meramente las palabras y no observan su propio proceso del pensar, observación que consiste en verse uno mismo tal como es, entonces no tendrán una comprensión completa de la muerte; y tiene que existir esa comprensión, si hemos de liberarnos del temor y penetrar en algo por completo diferente.

Estamos siempre traduciendo el presente en términos del pasado y, con eso, damos una continuidad a lo que ha sido. Para la mayoría de nosotros, el presente es una continuación del pasado. Encaramos los sucesos cotidianos de nuestra vida —que siempre tienen su propia novedad, su propio significado— con el peso muerto del pasado, creando de tal modo lo que llamamos el futuro. Si han observado su propia mente, no sólo la consciente sino también la inconsciente, sabrán que ella es el pasado, que no hay nada en ella que sea nuevo, nada que no está corrompido por el pasado, por el tiempo. Y está lo que llamamos el presente. ¿Existe un presente no contaminado por el pasado? ¿Hay un presente que no condicione al futuro?

Es probable que no hayan pensado antes acerca de esto, y tendremos que investigarlo un poco. La mayoría de nosotros sólo desea vivir en el presente porque al pasado es tan opresivo, tan gravoso, tan inagotable, y el futuro es muy incierto. La mente moderna dice: "Vivamos por completo en el presente. No nos preocupemos por lo que sucederá mañana, vivamos para el hoy. Como quiera que sea, la vida es muy desdichada, y el mal de un día es suficiente; vivamos, pues, por completo cada día y olvi-

demos todo lo demás". Esa es, obviamente, una filosofía de la desesperación.

¿Es posible vivir en el presente sin introducir en él al tiempo, que es el pasado? Por cierto, uno puede vivir en esa totalidad del presente sólo cuando comprende todo el pasado. Morir para el tiempo es vivir en el presente, y podemos morir para el tiempo sólo si hemos comprendido el pasado, lo cual implica comprender nuestra propia mente, no sólo la mente consciente que va a la oficina todos los días, que acumula conocimientos y experiencias, que tiene reacciones superficiales y demás, sino también la mente inconsciente, en la que yacen sepultadas las tradiciones acumuladas de la familia, del grupo, de la raza. Sumergidos también en el inconsciente, están el inmenso dolor del hombre y el miedo a la muerte. Todo eso es el pasado, que es uno mismo, y tenemos que comprenderlo. Si no comprendemos *eso,* si no hemos investigado los comportamientos de nuestra propia mente, de nuestro corazón, nuestra codicia, nuestro dolor, si no nos conocemos *por completo,* no podemos vivir en el presente. Vivir en el presente es morir para el pasado. En el proceso de comprendernos a nosotros mismos nos liberamos del pasado, que es nuestro condicionamiento —nuestro condicionamiento como comunistas, católicos, protestantes, hindúes, budistas, el condicionamiento que nos han impuesto la sociedad y nuestras propias avideces, envidias, ansiedades, desesperaciones, frustraciones, nuestros propios dolores—. Es nuestro condicionamiento el que da continuidad al "yo", al sí mismo.

Si no nos conocemos, si no conocemos tanto nuestro inconsciente como nuestro estado inconsciente, toda nuestra investigación estará deformada, sometida a prejuicios. No tendremos base para un pensar racional, claro, lógico, cuerdo. Nuestro pensar será conforme a cierto pa-

trón, a cierta fórmula, o a un conjunto de ideas, pero eso no es realmente pensar. Para pensar con claridad, con lógica, sin volvernos neuróticos, sin quedar atrapados en ningún tipo de ilusión, tenemos que conocer todo este proceso de nuestra propia conciencia, la cual es producto del tiempo, del pasado. Y, ¿es posible vivir sin el pasado? Eso es, por cierto, muerte ¿Comprenden? Volveremos a la cuestión del presente, cuando hayamos visto por nosotros mismos qué es la muerte.

¿Qué es la muerte? Esta es una pregunta para los jóvenes y los viejos, así que, por favor, formúlensela a sí mismos. ¿Es la muerte meramente la terminación del organismo físico? ¿Es eso lo que nos atemoriza? ¿Es el cuerpo lo que queremos que continúe? ¿O lo que anhelamos es alguna otra forma de continuación? Todos nos damos cuenta de que el cuerpo, la entidad física, se gasta a causa del uso, de las diversas presiones e influencias, de los conflictos, los instintos, las exigencias, los sufrimientos. A algunos de nosotros probablemente nos gustaría que el cuerpo continuara por 150 años o más, y tal vez los médicos y los científicos se unan para encontrar finalmente algún modo de prolongar la agonía en que vive la mayoría de nosotros. Pero tarde o temprano el cuerpo muere, el organismo físico se termina. Como cualquier máquina, finalmente se desgasta.

Para la mayoría de nosotros, la muerte es algo mucho más profundo que el final del cuerpo, y todas las religiones prometen alguna clase de vida más allá de la muerte. Deseamos vehementemente una continuidad; queremos que se nos asegure que algo continúa cuando el cuerpo muere. Tenemos la esperanza de que la psique, el "yo" —ese "yo" que ha experimentado, luchado, adquirido, aprendido, sufrido, disfrutado, ese "yo" que en Occidente es llamado el alma y por otro nombre en Oriente—,

tenemos la esperanza de que el "yo" continúe. Lo que nos interesa, pues, es la continuidad, no la muerte. No queremos saber qué es la muerte; no queremos conocer el milagro extraordinario, la belleza, la profundidad, la inmensidad de la muerte. No queremos investigar esa cosa que no conocemos. Todo lo que deseamos es continuar. Decimos: "Yo que he vivido por cuarenta, sesenta, ochenta años, yo que tengo una casa, una familia, hijos y nietos, yo que he ido a la oficina día tras día durante muchos años, yo que he tenido riñas, apetitos sexuales... yo quiero continuar viviendo". Eso es todo cuanto nos interesa. Sabemos que existe la muerte, que la terminación del cuerpo físico es inevitable, así que decimos: "Tengo que sentirme seguro de que continuaré después de la muerte". Por lo tanto, tenemos creencias, dogmas, resurrección, reencarnación... mil maneras de eludir la realidad de la muerte. Y cuando tenemos una guerra, ponemos cruces para los pobres muchachos que han sido exterminados. Esta clase de cosas ha estado ocurriendo por milenios.

Jamás hemos dedicado de veras todo nuestro ser al descubrimiento de lo que es la muerte. Siempre abordamos la muerte con la condición de que nos asegure una continuidad en el más allá. Decimos: "Quiero que continúe lo conocido", siendo lo conocido nuestras cualidades, nuestras capacidades, el recuerdo de nuestras experiencias, luchas, realizaciones, frustraciones, ambiciones; y también es nuestro nombre y nuestra propiedad. Todo eso es lo conocido y eso es lo que queremos que continúe. Una vez que hemos dado por sentada la certidumbre de esa continuación, entonces quizá nos dediquemos a investigar qué es la muerte y si hay tal cosa como lo desconocido —cuyo descubrimiento debe ser algo extraordinario—.

Vean, pues, la dificultad. Lo que deseamos es la con-

tinuación, y jamás nos hemos preguntado qué es lo que contribuye a la continuación, qué es lo que da origen a esta cadena, a este movimiento de la continuidad. Si lo observan, verán que es sólo el pensamiento el que genera un sentido de continuidad —nada más que el pensamiento—. Mediante el pensamiento nos identificamos con nuestra familia, nuestra casa, nuestros cuadros o poemas, nuestro carácter, nuestras alegrías y frustraciones. Cuanto más pensamos acerca de un problema, más raíces y más continuación damos a ese problema. Si una persona nos agrada, pensamos en esa persona, y este pensamiento mismo da una sensación de continuidad en el tiempo. Obviamente, ustedes tienen que pensar, pero ¿pueden pensar por el momento, *en* ese momento, y después dejar de pensar? Si no dijeran: "Esto me gusta, es mío —es mi pintura, mi expresión personal, mi Dios, mi mujer, mi virtud— y voy a conservarlo", no tendrían un sentido de continuidad en el tiempo. Pero ustedes no piensan con claridad del principio al fin de cada problema. Siempre está el placer que quieren conservar y el dolor del que desean librarse, lo cual implica que piensan en ambos, y el pensamiento da continuidad a ambos. Lo que llamamos pensamiento es la respuesta de la memoria, de la asociación, respuesta que, en esencia, es igual a la de una computadora. Tienen que llegar al punto en que vean por sí mismos la verdad de esto.

Muy pocos queremos descubrir realmente por nosotros mismos qué es la muerte; por el contrario, deseamos continuar en lo conocido. Si muere mi hermano, mi hijo, mi esposa, me siento desdichado, solo, siento compasión de mí mismo —a lo cual llamo dolor—, y sigo viviendo en ese estado de desorden, confusión y desdicha. Separo la muerte de la vida, la vida de disputas, amargura, desesperación, decepciones, frustraciones, humillaciones,

insultos, porque ésta es la vida que conozco, y a la muerte no la conozco. La creencia y el dogma me satisfacen hasta que muero. Eso es lo que ocurre con la mayoría de nosotros.

Este sentido de continuidad que el pensamiento transmite a la conciencia, es muy superficial, como pueden ver. No hay nada misterioso o ennoblecedor al respecto, y cuando ustedes comprendan todo el significado de ello, pensarán —donde el pensamiento sea necesario— con claridad, lógica y cordura, sin sentimentalismos, sin este impulso constante de realizarse, de ser o de convertirse en "alguien". Sabrán, entonces, cómo vivir en el presente, y sabrán que vivir en el presente es morir de instante en instante. Entonces serán capaces de investigar, porque la mente, al no sentir temor, estará libre de cualquier ilusión. Es absolutamente indispensable estar libre de cualquier ilusión, y la ilusión existe mientras hay temor. Cuando no hay temor, no hay ilusión. La ilusión surge cuando el temor echa raíces en la seguridad, ya sea en la forma de una relación, una casa, una creencia, o en la forma de posición y prestigio. El temor engendra ilusión. Mientras continúe el temor, la mente seguirá presa en diversas formas de ilusión, y una mente semejante no puede comprender qué es la muerte.

Vamos, entonces, a investigar qué es la muerte —al menos yo lo investigaré, lo expondré—. Pero ustedes podrán comprender la muerte, vivir con ella completamente, conocer su significado profundo y pleno, sólo cuando no haya temor y, por ende, cuando no haya ilusión. Estar libre de temor es vivir por completo en el presente, lo cual implica que uno no está funcionando mecánicamente en el hábito de la memoria. Casi todos nosotros nos interesamos en la reencarnación o queremos saber si continuaremos viviendo después de la

muerte del cuerpo, lo cual es todo muy trivial. ¿Hemos comprendido lo trivial que es este deseo de continuidad? ¿Vemos que es meramente el proceso del pensar, la máquina del pensamiento lo que necesita continuar? Una vez que vemos ese hecho, comprendemos la total estupidez y superficialidad de un requerimiento semejante. ¿Continúa el "yo" después de la muerte? ¿A *quién* le importa eso? ¿Y qué es ese "yo" que deseamos que continúe? Ese "yo" son nuestros placeres y sueños, nuestras esperanzas y desesperanzas, nuestras alegrías, nuestra propiedad y el nombre que llevamos, nuestro pequeño carácter insignificante, el conocimiento que hemos adquirido en nuestra estrecha y limitada vida, el cual ha sido incrementado por los profesores, los literatos y los artistas. *Eso* es lo que deseamos que continúe, es todo.

Ahora bien, ya sean ustedes viejos o jóvenes, tienen que terminar con todo eso. Tienen que terminar con ello completamente, quirúrgicamente, como un cirujano opera con un bisturí. Entonces la mente está libre de toda ilusión, de todo temor; por lo tanto, puede observar y comprender qué es la muerte. El temor existe a causa de nuestro deseo de aferrarnos a lo conocido. Lo conocido es el pasado viviendo en el presente y modificando el futuro. Esa es nuestra vida día tras día, año tras año, hasta que morimos. ¿Cómo puede una mente así comprender algo que no contiene tiempo ni motivo alguno, algo totalmente desconocido?

¿Comprenden? La muerte es lo desconocido, y ustedes tienen ideas acerca de ella. Evitan mirar la muerte, o la racionalizan diciendo que es inevitable, o tienen una creencia que les brinda consuelo, esperanza. Pero sólo una mente madura, una mente sin temor, sin ilusión, sin esta estúpida búsqueda de expresión y continuidad per-

sonal, puede observar y descubrir qué es la muerte, porque sabe cómo vivir en el presente.

Por favor, sigan esto. Vivir en el presente significa vivir sin desesperación, porque uno no anhela el pasado ni espera nada del futuro. Por lo tanto, la mente dice: "El hoy es suficiente para mí". No evita el pasado ni rehúsa mirar el futuro, sino que ha comprendido la totalidad de la conciencia, la cual no es sólo lo individual sino también lo colectivo; por consiguiente, no hay un "yo" separado de los demás. Al comprender su propia totalidad, la mente ha comprendido tanto lo particular como lo universal. En consecuencia, ha desechado la ambición, el esnobismo, el prestigio social; todo eso ha desaparecido en su totalidad de una mente que vive por completo en el presente y, por ende, vive muriendo en cada minuto del día para todo lo que ha conocido. Entonces, si han llegado hasta aquí, descubrirán que la muerte y la vida son una sola cosa. Uno está viviendo por completo en el presente, totalmente atento, sin preferencias, sin esfuerzo; la mente está siempre vacía, y desde ese vacío uno mira, observa, comprende y, en consecuencia, vive y muere. Lo que tiene continuidad jamás puede ser creativo. Sólo lo que se termina puede conocer lo que es crear. Cuando la vida es también muerte, hay amor, hay verdad, hay creación; porque la muerte es lo desconocido, tal como lo son la verdad y la creación.

¿Desean formular algunas preguntas y discutirlas?

INTERLOCUTOR: *¿Es el morir un acto de la voluntad, o es lo desconocido mismo?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿ha muerto alguna vez para su placer, simplemente, sin argüir, sin reaccionar, sin tratar de crear condiciones, sin preguntarse cómo va a renunciar a él o por qué debería renunciar? ¿Ha hecho alguna vez eso? Tendrá que hacerlo cuando muera físicamente,

¿no es así? Uno no puede argumentar con la muerte, no puede decirle: "Dame unos cuantos días más para vivir". No hay esfuerzo de la voluntad en el morir; uno simplemente muere. ¿O ha muerto usted alguna vez para sus desesperanzas, sus ambiciones, las ha abandonado, exactamente como una hoja muere en el otoño, sin lucha alguna de la voluntad, sin la ansiedad de pensar lo que va a sucederle si lo hace? ¿Lo ha hecho? Me temo que no. Cuando hoy se vaya de aquí, muera para algo a lo que está apegado: su hábito de fumar, su exigencia sexual, su apremio por ser famoso como artista, como poeta, como esto o aquello. Sólo abandónelo, déjelo de lado como lo haría con algo estúpido: sin esfuerzo, sin opción ni decisión alguna. Si su morir con respecto a ello es total —y no un mero desistir de los cigarrillos o de la bebida, cosa que ustedes convierten en un problema tremendo—, sabrá qué significa vivir en el instante, supremamente, sin esfuerzo, con la totalidad del ser. Entonces, quizá, pueda abrirse una puerta hacia lo desconocido.

Brockwood Park,
7 de septiembre de 1974

USTEDES SABEN, la muerte ha sido uno de los problemas más grandes, probablemente el más grande, en la vida humana. Desde tiempos remotos, la preocupación no ha sido el amor ni el miedo ni la relación, sino esta cuestión, este misterio, este sentido de lo final. Aquí vamos a tratar de investigar qué es esa cosa. ¿Acaso podemos investigar qué es la muerte cuando la hemos separado del vivir? ¿Entienden mi pregunta? He separado a la muerte como algo que está al final de mi vida, ¿correcto? Es algo que he pospuesto, apartado, creando un largo intervalo entre el vivir y el morir. El morir es algo que se encuentra en el futuro, algo que me atemoriza, que no deseo, que debe ser totalmente evitado. Pero siempre está ahí. Ya sea a causa de un accidente, de una enfermedad o de la vejez, está siempre ahí. Sea uno joven o viejo, endeble o lleno de alegría de vivir, está siempre ahí. Hay quienes han dicho: "El vivir es sólo un modo de morir; la muerte es mucho más importante que el vivir; presten atención a la muerte antes que a la vida". Sabiendo que existe la muerte, el hombre ha inventado todas las formas posibles de consuelo: consuelo en la creencia, en los ideales, en la esperanza de que uno "se sentará a la diestra de Dios" cuando

se comporte de manera apropiada, y así sucesivamente. Toda el Asia cree en la reencarnación. Aquí, ustedes no tienen una creencia racionalizada como ésa, sino una sentimental.

Cuando observamos todo esto, las creencias, los consuelos, el deseo de ser confortados, el saber que hay un final, la esperanza de que continuaremos y toda la racionalización en torno a la muerte, vemos que hemos separado el morir del vivir. Vivimos cada día con todos los conflictos, las desdichas, los apegos, las desesperanzas, las ansiedades, la violencia, el sufrimiento, las lágrimas y las risas. ¿Por qué la mente ha separado la vida del morir? La vida que llevamos, la vida de todos los días con su vulgaridad, su amargura, su vacuidad, el tormento, la rutina, la oficina año tras año durante cincuenta años o más, la fabrica... todo eso es lo que llamamos el vivir. El esfuerzo, la lucha, la ambición, la corrupción, los afectos y las alegrías y los placeres fugaces, eso es lo que llamamos el vivir. Y decimos que la muerte no debe penetrar en ese campo porque eso es todo cuanto conocemos, y a la muerte no la conocemos: por eso la mantenemos lejos. Nos aferramos, pues, a lo conocido —por favor, obsérvenlo en sí mismos—, al recuerdo de las cosas pasadas, a los dolores, las ansiedades, los recuerdos, las experiencias, todo lo cual es lo conocido y, por lo tanto, el pasado. Nos aferramos al pasado, y eso es lo que llamamos lo conocido. Y lo desconocido es la muerte, la cual nos atemoriza. Hay, pues, un ancho abismo entre lo conocido y lo desconocido. Preferimos aferrarnos a lo conocido antes que penetrar en el campo de lo desconocido, porque nuestras mentes operan siempre dentro de lo conocido debido a que allí hay seguridad. Pensamos que hay seguridad, pensamos que hay certidumbre, pensamos que hay permanencia; y cuando observamos, vemos que lo cono-

cido es impermanente, que es totalmente inseguro. Sin embargo, nos aferramos a ello porque es todo cuanto conocemos. O sea, sólo conocemos el pasado.

Y la muerte es algo que no conocemos. Ahora bien, existe esta división, y existe porque el pensamiento ha dividido la vida como el vivir, el morir, el amar y todo lo demás. El pensamiento ha establecido las divisiones de artista, hombre de negocios, socialista, político, etc. El pensamiento ha creado la división entre la vida como lo conocido y la muerte como algo desconocido. Estos son todos hechos.

Ahora bien, ¿puede la mente, que se aferra a lo conocido, inquirir en lo que es permanente? Porque a eso creemos que nos aferramos: a la relación permanente entre uno mismo y otro, a la posesión permanente de las tierras, de la propiedad, del dinero, del nombre, de la forma, de la idea. Y bien, ¿existe algo permanente, no como una idea sino como una realidad? ¡Por favor, trabajen en ello! ¿Existe algo que sea permanente: "mi nombre, mi reputación, mi casa, mi mujer, mis hijos, mis ideales, mi experiencia"? No obstante, la mente desea permanencia porque en eso hay seguridad. Por lo tanto, al darse cuenta de que aquí no hay nada permanente, *nada*, crea una permanencia en Dios, en una idea; y uno descubre cuán extraordinariamente difícil es para los seres humanos cambiar sus ideas. Esa es nuestra batalla ahora entre ustedes y quién les habla, porque ustedes tienen ideales o ideas o representaciones mentales, imágenes que creen que son permanentes. Han aceptado la permanencia como algo real. Entonces viene alguien que dice: "Miren, no hay nada permanente. Sus ideas, sus dioses, sus salvadores, ustedes mismos, todo es impermanente", y ustedes se niegan a ver eso. Darse cuenta de que hay impermanencia, incertidumbre, causa estragos en sus vidas. Cuanto más

inseguros están, más neuróticos se vuelven, más desequilibrados; cuanto más insano está el mundo, más insanas se vuelven las actividades de ustedes. Por lo tanto, deben tener algo permanente, y así establecen una creencia, un dios, un ideal, una conclusión, una imagen. Son todas ilusiones, porque no hay nada permanente; sin embargo, a menos que la mente tenga algo básicamente permanente, todas sus actividades estarán distorsionadas, serán neuróticas, incompletas. ¿Existe algo por completo permanente? ¿Están siguiendo todo esto? ¡Por Dios, síganlo, es la vida de ustedes!

Si no hay nada permanente, entonces la vida llega a carecer totalmente de sentido. ¿Hay, pues, algo permanente, no una casa o una idea, sino algo mucho más allá de esta impermanencia? Eso es lo que estamos investigando. Tienen que seguir esto con cierto cuidado; de lo contrario, no lo entenderán.

Vivimos en el pasado, y el pasado se ha vuelto nuestra permanencia, nuestro estado de permanencia. Cuando uno observa y ve la ilusión del pasado, ¿qué surge de esa percepción? Veo que el vivir en el pasado tiene ciertos méritos: no puedo montar una bicicleta, no puedo hablar en inglés o manejar un automóvil o hacer ciertas cosas tecnológicas o reconocer mi amigo, a mi esposa, a mis hijos, sin el conocimiento del pasado. Pero, ¿hay una cualidad de la mente que no sea producida por el pensamiento que en sí mismo es impermanente? ¿Hay una cualidad surgida de esta percepción? Esa cualidad es la inteligencia. Esa inteligencia no es de ustedes ni mía. Es inteligencia, inteligencia capaz de ver lo impermanente y no deslizarse en hábitos o actividades neuróticas. A causa de que es inteligencia, siempre está actuando correctamente. ¿Lo han captado?

Con esa inteligencia vamos ahora a considerar la

muerte. Decimos que la muerte es algo desconocido. Estando apegados a todas las cosas que conocemos, lo que nos atemoriza es la completa terminación de ese apego: apego a mi nombre, a mi familia, a mi empleo, al libro que he escrito, al libro que espero escribir, o a la imagen de Dios sabe qué otra cosa... múltiples formas de apego. La muerte es la terminación de ese apego. ¿Correcto? Ahora bien, en su vida de todos los días, ¿pueden ustedes estar libres del apego invitando, por lo tanto, a la muerte? ¿Entienden de qué estoy hablando? ¿Han comprendido? ¿Me expreso con claridad? O sea, estoy apegado a mi libro, a mi reputación, a mi familia, a mi empleo, a mi orgullo, a mi vanidad, a mi sentido de honestidad, a mi sentido de gloria, o a lo que fuere que esté apegado. La muerte significa el final de ese apego. Ahora bien, ¿puedo terminar con ese apego inmediatamente, lo cual es muerte? De este modo, he introducido a la muerte en el movimiento mismo del vivir. Por lo tanto, no hay temor. Cuando la mente ve la verdad de esto, que la muerte es el final para las cosas a las que estamos apegados, ya sean los muebles, nuestro rostro, los ideales y demás, al poner fin a nuestros apegos hemos traído esta cosa distante llamada muerte, a la acción inmediata de la vida. De esa manera, la muerte significa una total renovación, ¿comprenden?, la total renovación de una mente que ha estado presa en el pasado. Así la mente se vuelve asombrosamente activa y vital; no está viviendo en el pasado.

Si la mente es capaz de esta acción —es una acción tremenda— y termina cada día con todas las cosas a las que uno está apegado, entonces cada día y cada instante está uno viviendo simultáneamente con la vida y con la muerte.

De aquí surge el problema: Si uno no puede hacerlo, ¿qué ocurrirá? ¿Comprenden? Mi hijo no puede hacerlo,

o mi amigo, mi hermano, no pueden hacer esto; usted lo ha hecho y yo no puedo hacerlo. Usted lo ha puesto en práctica, usted es diligente, atento, ha comprendido esta cosa de manera básica, radical, de modo que ya no depende más de nada. Terminar con toda esta dependencia, con ese apego, *inmediatamente*: eso es muerte. Entonces, ¿qué les sucede a aquéllos que no forman parte de esa inteligencia, de esa suprema excelencia de la acción?

Usted sabe, la mayoría de la gente vive en el pasado, vive irreflexivamente, sin sensatez. ¿Qué les ocurre a todas esas personas? Usted se ha salido de esa corriente de la vida, lo cual implica que es compasivo, que sabe lo que está haciendo, que percibe todo lo que significan el pasado, el presente y el futuro, todo eso. Y yo no lo he hecho. Ni siquiera le escucho, ni siquiera me importa, sólo deseo pasarla bien, divertirme... es todo lo que me interesa. Puede ser que le tema a la muerte, y tengo una consoladora creencia de que renaceré otra vez en la próxima vida o que terminaré en el cielo. ¿Qué me sucede, pues? ¿Cuál es la relación que usted tiene conmigo? Usted ha comprendido todo esto y, por lo tanto, es compasivo y sus acciones son supremamente inteligentes y, en consecuencia, excelentes. Y yo no me intereso en lo que usted dice, hace, escribe, piensa; yo estoy atrapado en esta corriente, como la mayoría de los seres humanos. Muy pocos se salen de esa corriente. ¿Cuál es la relación que usted tiene con el hombre que está en la corriente? ¿Tiene alguna relación, o ninguna en absoluto? ¿Cómo puede tener relación alguna con el loco cuando usted está cuerdo? Puede ser compasivo, puede ser bondadoso, generoso y todo eso, pero no tiene ninguna relación. Por lo tanto, ¿qué puede usted hacer?

Su responsabilidad, entonces, si está fuera de la corriente, es vivir esa vida. ¡No ser un *ejemplo*! Si usted es

un ejemplo, se convierte en una persona muerta. Entonces tiene seguidores, se vuelve la autoridad y, por lo tanto, es la esencia misma de la destrucción, es la causa misma de esa corriente. Entonces, ¿qué hará usted? Tiene una responsabilidad que es actuar inteligentemente. Gracias a que ha visto toda la cuestión, la percepción del mapa que abarca la cosa completa de que hemos estado hablando trae consigo esa inteligencia, y usted actuará de acuerdo con esa inteligencia, no a base de "me gusta" o "no me gusta". Esa es la responsabilidad.

Saanen,
30 de julio de 1976

KRISHNAMURTI: Si así lo desean, discutamos la muerte. Como ustedes saben, es un problema inmenso. ¿De verdad quieren examinarlo?

Vamos a sostener un diálogo acerca de la muerte; el diálogo es una conversación, una investigación entre dos amigos, entre dos personas —o unas cuantas personas— que realmente se interesan en ello, no de manera teórica, sino que de veras quieren descubrir. Estamos, pues, investigando, no afirmamos nada dogmáticamente. Cuando investigamos correctamente algo, descubrimos la verdad al respecto. Para que eso ocurra, tiene que haber libertad. Si temo a la muerte, no puedo investigarla, porque ese temor va a falsear mi investigación. ¿Está claro? O si tengo una creencia con respecto a la muerte y a la vida después de la muerte, eso también deforma la investigación.

A fin de investigar un problema humano como el de la muerte, que es muy complejo, tiene que haber libertad para mirar. Uno no puede observar o investigar cuando existe cualquier clase de prejuicio, creencia, esperanza, miedo. Para inquirir muy seriamente, no debe haber prejuicio alguno que distorsione, ni temor ni deseo de con-

suelo ni esperanza, nada de eso. La mente tiene que estar por completo vacía para que pueda mirar. Eso es lo primero que hay que tener para para descubrir algo.

Todos los seres humanos desean la continuidad. Los antiguos egipcios lo hacían a su modo, y la gente de hoy lo hace de otra manera: entierra o incinera a los muertos, pero tiene la esperanza de que algo habrá de continuar. Existe, por parte de todos los seres humanos, esta firme exigencia acerca de alguna clase de continuidad. ¿Correcto? Está ahí, dentro de ustedes, ¿no es así? Mírenla. ¿Qué es, entonces, lo que continúa? ¿Hay algo que continúa? ¿Hay algo permanente? ¿O todo es impermanente? ¿Comprenden mi pregunta? Tengo que averiguarlo. Antes de que pueda investigar la cuestión de la muerte, yo, o usted, seres humanos, debemos averiguar en primer lugar si existe algo permanente que continúa. La continuidad implica permanencia. Y bien, ¿hay algo en usted, como ser humano, que tenga una continuidad?

INTERLOCUTOR: *Hay un deseo de continuar.*

K: No ,señor cuidado. Aparte del deseo, ¿hay alguna cosa permanente siendo lo permanente continuo, un movimiento que jamás se termina?

I: *Tal vez.*

K: No, no tal vez. Primero obsérvelo. Existe el deseo de continuidad —está la sensación, después el pensamiento como deseo, y el deseo crea la imagen—. Vea la secuencia de ello: sensación, pensamiento, deseo, creación de la imagen. Aparte del deseo, ¿existe algo que sea permanente, lo cual implica que el tiempo no lo afecta? Eso es lo que entendemos por permanente: el tiempo no lo modificará y, por lo tanto, es continuamente un movimiento. ¿Hay en un ser humano algo que sea permanente?

I: *La continuidad implica tiempo.*

K: Eso es cierto, señor. La continuidad significa tiempo; y también significa que no hay tiempo. Si algo es continuo desde el principio y no termina jamás, está más allá del tiempo. Espere sólo un momento. No quiero investigar esto todavía. ¿Existe en un ser humano, en usted, en mí, algo que sea permanente?

I: *Hay una sensación de existencia, un sentimiento de identidad propia.*

K: Está la sensación de que existo, el sentimiento de la identidad propia —la identidad propia y el sentido de estar vivos, desde la infancia hasta que morimos—. El dijo que el "yo" es permanente, alguien dijo eso. ¿Qué es, entonces, el "yo"? La psique, la personalidad, ¿qué es eso? (¡Por favor, sean serios! No jueguen con esto, es una cuestión demasiado seria si realmente quieren investigarla).

I: *Es el pensamiento como memoria.*

K: Usted dice que es el pensamiento como memoria. ¿Está repitiendo esto porque se lo ha escuchado decir a alguien, o es una verdad para usted? Por favor, señor, escuche cuidadosamente. Estamos sosteniendo una conversación, investigando qué es el "yo" —siendo el "yo" el sentimiento de que uno está vivo, de que existe—. Ahora bien, ¿qué *es* ese "yo"? ¿Es algo permanente? Los antiguos hindúes establecieron que el "yo" evoluciona vida tras vida, hasta que alcanza la perfección, la cual es el principio supremo, Brahman. Por consiguiente, ese "yo" tiene una continuidad hasta que se torna perfecto y es absorbido en el principio supremo. Esa es la idea de la reencarnación. Reencarnar... por favor, preste atención a esa palabra *reencarnar*, o sea, volver a nacer. Ahora estamos preguntando: ¿Qué es ese "yo"? ¿Es permanente? No repita algo que no ha descubierto por sí mismo, porque entonces está repitiendo meramente algo que alguna otra

persona ha dicho. Eso no tiene ningún valor. ¿Es permanente ese "yo"? O sea, ¿qué *es* ese "yo"? ¿Cómo ha surgido a la existencia? ¿Es una entidad espiritual y, por lo tanto, continua, o es una cosa transitoria, que fluye, que cambia constantemente? ¿Se trata, en esencia, de algo espiritual, algo que es un proceso no material? ¿O es un proceso material? O sea, que el pensamiento, como la materia, está formado a base de diversos acontecimientos, accidentes, impresiones, impactos del medio, de la familia. Todo eso es un proceso material. El pensamiento dice: "Yo soy diferente del pensamiento". El "yo" y el pensamiento se han separado y dijeron: "El pensamiento continuará; mi pensamiento continuará". ¿De acuerdo?

En esta investigación acerca de la muerte, ustedes tienen que descubrir por sí mismos, si existe algo permanente o si todo se halla en movimiento. Todo, tanto el proceso material como la idea de que uno es un espíritu, está en movimiento constante —siendo el movimiento tiempo, tiempo de aquí hasta allá cronológicamente, siendo también tiempo el cultivo de la psique—. Movimiento. Por lo tanto, ¿hay alguna cosa permanente, o todo cuanto contiene un ser humano está experimentando cambios?

I: *Algo es permanente.*

K: El dice que somos algo permanente, que en ciertos momentos de nuestra vida existe una realización o un hecho que está más allá del tiempo, y que ese hecho es permanente. Eso es lo que dice el caballero. Cuando eso ocurre, si se ha vuelto un recuerdo...

I: *No es un recuerdo, señor.*

K: Espere, escuche. Dije que *si* se ha vuelto un recuerdo, entonces es un proceso material, y puede que uno lo llame permanente. Si ese estado extraordinario de intemporalidad ocurre y si no es un recuerdo, la pregunta es, en-

tonces: ¿Continuará? Es decir, usted tiene una experiencia de algo —no usaré siquiera la palabra *experiencia*—, algo acontece que está más allá del tiempo; cuando no se registra como recuerdo, sigue permaneciendo más allá del tiempo. En el momento en que se registra, está hecho de tiempo. Eso es simple. Entonces, ¿es una cosa continua ese acontecimiento? ¿O se termina? Si es continua, pertenece al tiempo. Por favor, he examinado esto muy cuidadosamente porque vamos a investigar algo que requiere gran atención, verdadera sensibilidad para descubrir. Preguntamos: ¿Existe algo permanente? Le corresponde a usted contestar.

I: *Deseamos que algo sea permanente.*

K: Está el deseo de tener permanencia: mi casa permanente, mi nombre permanente, mi forma permanente; los recuerdos, el apego, lo queremos todo permanente. Toda seguridad se basa en la permanencia. Tenemos que descubrir por nosotros mismos si existe algo permanente.

Mire, por favor. Para mí, no hay nada permanente —no le estoy imponiendo esto—, nada es permanente. Entonces, ¿qué es la muerte si hay una continuidad del "yo", del "yo" con su estructura producida por el pensamiento, siendo el pensamiento la palabra, siendo la palabra el nombre y estando el nombre atado a la forma? Toda la estructura de la psique, con el nombre, la forma de este cuerpo, el organismo, es producida por el pensamiento, obviamente. ¿Usted ve eso? ¿O dice: "No, no, hay algo mucho más espiritual detrás de eso"? Si detrás hay algo mucho más espiritual y si usted dice que eso no existe, entonces sigue formando parte del pensamiento. ¿Comprende? Si usted dice que tras el velo del tiempo —lo cual es una buena expresión— hay algo totalmente espiritual, entonces lo ha reconocido, ¿verdad? Si lo ha reconocido, forma parte de su memoria. Si

es memoria, es un proceso material del pensamiento. Si esa cosa detrás del velo es real, verdadera y, por lo tanto, impensable, usted no la *conoce*. Cuando afirma que hay algo espiritual, una esencia espiritual, ya lo ha contaminado; por consiguiente, ello ha dejado de ser espiritual. Capte esto una vez y lo verá. Mire, es un viejo truco de muchísimos hindúes esto de que dentro de uno está Dios, Brahman, y que todo cuanto uno tiene que hacer es pelar las cáscaras, como se hace con la cebolla. ¿Entiende? Es decir: mediante el pensamiento uno ha establecido a Dios dentro de sí, y entonces el pensamiento dice: "Debo alcanzarlo, así que déjenme operar".

De modo que, si todo pensamiento es un proceso material y todo cuanto ha producido sigue siendo un proceso material, aun cuando él diga: "Hay un yo permanente", eso es todavía parte de la estructura del pensamiento. Entonces, ¿qué es un final como la muerte? Me pregunto si está siguiendo todo esto. Sólo escúchelo, mírelo, no me conteste, mire bien antes de contestar. Como la mayoría de nosotros desea continuidad y, por lo tanto, teme a la muerte, ¿qué ocurre, entonces, cuando hay un final llamado muerte?

Déjeme exponerlo muy sencillamente. Un ser humano común dice: "Tengo que continuar, la muerte me atemoriza". Pero *hay* un final. Yo muero. Puedo no querer morir, puedo gritar ante la muerte, puedo pelear contra ella, pero la muerte es inevitable. Pregunto, pues: Cuando existe el deseo de continuidad y hay un final, ¿qué sucede, entonces?

Está la muerte del organismo, y está la muerte de la psique. Se hallan relacionadas entre sí —lo psicosomático y todo eso—. Un hombre dice: "Debo continuar, quiero continuar, es mi vida. Por el amor de Dios, ayúdeme porque mi único deseo es continuar". Y yo digo: "Muy bien,

amigo mío, ¿qué sucede cuando llega ese final, el cual es inevitable? Puede llegar a causa de un accidente, de una enfermedad, hay toda clase de finales... ¿qué sucede? Para averiguar qué sucede, usted debe investigar si la psique, el "yo", es algo permanente o si es impermanente. Si ese impermanente, entonces, ¿qué ocurre en el final?". Por favor, ¡no conteste! ¡Mírelo, descubra por sí mismo! Esto es tremendamente importante, porque el hombre dice: "Debo encontrar la inmortalidad". Los antiguos egipcios encontraban la inmortalidad en las tumbas mediante una continuidad eterna de sus vidas cotidianas. Si han observado las tumbas egipcias y han leído al respecto, saben que ése era el deseo de ellos, que debían continuar por el próximo millar o millón de años. El Valle del Nilo estaba protegido —desierto en ambos lados— y daba a los egipcios un sentido de permanencia, y esa permanencia la traducían como vida continuada. Pueden leer sobre eso o, si les interesa, pueden verlo. Y los antiguos hindúes decían que el "yo", si bien es impermanente, debe continuar hasta que alcanza el principio perfecto, que es Brahman. O decían que Dios está dentro de uno y que, a través de múltiples encarnaciones, el ego llegará a ser perfecto hasta alcanzar el principio supremo. Y los cristianos tienen su propio modo de encarar esto, con la resurrección y todo lo demás.

Ahora yo, como ser humano, quiero descubrir; aunque deseo la continuidad, sé que la muerte es inevitable. Inevitablemente, nos guste o no, está ahí. Y me pregunto: ¿Qué ocurre cuando llega el final?

I: *Es una gran conmoción.*

K: Esa no es mi pregunta, por favor. Discutiremos eso de un modo diferente. Usted no responde a mi pregunta porque no se enfrenta a ella; no la mira, no hinca en ella sus dientes para descubrir.

La mente dice: "Yo quiero continuar, es mi esperanza, mi deseo, mi anhelo. He continuado por ochenta años con mi familia, mis muebles, mis libros, con todas las cosas que he acumulado por ochenta años; por favor, dénme otros mil años con las mismas cosas". Pero viene la muerte y dice: "No, mi amigo, tú vas a morir". ¿Qué sucede después de eso? Los seres humanos desean una continuidad, y hay un final. La continuidad es todo cuanto el ser humano ha acumulado: conocimientos, cosas, ideas, apegos, propiedades, creencias, dioses. Quiero que todo eso continúe por el resto de la eternidad. Pero viene la muerte y dice: "¡Termina con ello!". Así que pregunto: ¿Qué es lo que termina?

I: *La psique.*

K: ¿Está seguro? Señor, tenga cuidado, no se limite a especular. De hecho, hay muchas personas con las que no me gusta discutir esto o investigarlo, porque no son serias. Y esto exige gran seriedad, no estar meramente verbalizando todo el tiempo. Dije que el deseo surge a causa de la sensación y el pensamiento; entonces el pensamiento, que es deseo, tiene un nombre, como K, la forma de K, y está todo el contenido de mi conciencia que ha sido creado por el pensamiento y el cual deseo que continúe. El pensamiento con todo su contenido, con todos los apegos, con todo el pesar, con todo el sufrimiento, con toda la desdicha y la confusión... ¡*eso* es lo que deseo que continúe!

Cuando el cuerpo físico muere, el proceso material, que es la estructura cerebral, que es el proceso del pensamiento, muere. ¿Comprende? No sé si ve esto.

I: *(Inaudible)*

K: Señor, yo soy el mundo, y el mundo es lo que yo soy. Eso es un hecho. ¿Correcto? El mundo soy yo, no como

una idea, no como una teoría, sino como una realidad. Que yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy, es un hecho real, como el hecho de que si me clavo un alfiler hay dolor. Es un proceso material. El pensamiento es materia, un proceso de la materia, porque es la respuesta de la memoria, que está almacenada en el cerebro como conocimiento; así, cuando el cerebro muere, el proceso material muere. ¿Qué ocurre, entonces? ¿Comprende mi pregunta?

I: *Muere el proceso material.*

K: Señora, si puedo señalarlo sin ser rudo, cuando usted dice que muere el proceso material, ¿ha muerto eso *ahora*? No cuando llegue la muerte. ¿Comprende? Se lo mostraré.

Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy. Mi conciencia es la conciencia del mundo. El contenido de mi conciencia es el contenido de la conciencia del mundo. Ese contenido es producto del pensamiento: mis muebles, mi nombre, mi familia, mi cuenta bancaria, mi creencia, mis dogmas, todo eso es mi conciencia, que es la conciencia del mundo. A menos que usted vea eso, no puede avanzar más en lo que estamos investigando. Entonces esa conciencia, que es un proceso material, se termina, porque el organismo se derrumba a causa de una enfermedad, de un accidente, etc.; por lo tanto, el cerebro se deteriora y el proceso del pensamiento llega a su fin. El proceso del pensamiento que ha creado al ego, al "yo", se termina. (¡Ah!, usted no acepta eso). Así que pregunto: ¿Es posible morir ahora a todo lo que el pensamiento ha producido, o sea, a la conciencia, que es el "yo" y el mundo? No sé si comprende mi pregunta.

I: *No podemos aceptar lo que usted dice. Eso es la aniquilación.*

K: El afirma: "No podemos aceptar lo que usted dice por-

que eso significa la aniquilación total. Eso no podemos aceptarlo". ¿Por qué no, si ésa es la verdad? Por eso desea usted algo permanente. Desea algo que sea eterno, algo que es usted mismo con todas sus desdichas y demás. Así que me digo: "Como yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy, mi conciencia es la conciencia del mundo, y todo el contenido de esa conciencia —que compone la conciencia— es producto del pensamiento: creencias, dogmas, rituales, todo eso es producido por el pensamiento". Y me pregunto: "¿Puede todo eso morir ahora, no dentro de cincuenta años, sino *ahora*?". Lo cual implica: ¿Puede ese contenido vaciarse ahora? ¿Comprende? O sea, la muerte existe *ahora*, no dentro de cincuenta años.

Cuando morimos, nuestro cuerpo se deteriora y se acaba el cerebro. Y todo el contenido de nuestra conciencia no puede continuar de la misma manera, porque es el proceso del pensamiento. Así que me pregunto y le pregunto —se lo pregunto a *usted*, no a mí mismo sino a usted como ser humano—: Viendo la razón de todo esto, su lógica, y yendo, por lo tanto, más allá de la lógica, viendo la verdad de ello, que uno es el mundo y el mundo es uno mismo y que la conciencia de uno es la conciencia del mundo, al ver eso y tener en ello un discernimiento directo, ¿pueden, entonces, llegar a su fin todas las cosas que han sido producidas por el pensamiento, pueden llegar a su fin no dentro de cincuenta años sino *ahora*? ¿Ha comprendido mi pregunta? Por favor, esto es terriblemente serio.

Mire, señor, una parte de mi conciencia es : "Yo creo". El creer forma parte de mi conciencia. En todo el mundo la gente cree en algo: en Dios, en el Estado perfecto, en la propia experiencia, en Jesús, en Buda. Creer es un factor común del hombre. Esa creencia se origina en el pensamiento, el cual es un proceso material. ¿Puede us-

ted poner fin a esa creencia *ahora,* tal como va a hacerlo cuando muera? ¿Entiende? Terminar inmediatamente con su creencia en algo y ver que sucede, no decir: "Tengo miedo de desprenderme de mis creencias, porque las creencias me dan una seguridad tremenda". Usted busca la seguridad en una ilusión; por lo tanto, eso no es seguridad en absoluto. ¿Puede morir para eso *ahora*? Sólo entonces podrá contestar qué viene después. Pero antes de contestar qué viene después, usted tiene que actuar. Las palabras no son la acción, las teorías no son la acción. Cuando existe esta percepción de que la creencia es uno de los factores más comunes del deseo humano —y *es* una ilusión porque es producida por el pensamiento—, ¿puedo morir con respecto a eso?

¿Puede uno morir para la creencia, no con respecto a una *creencia* en particular, sino para la creencia? La mayoría de la gente tiene ideales, y es un fenómeno sumamente extraordinario que, dondequiera que uno vaya por el mundo, todos los seres humanos tengan ideales; no importa cómo sea el ideal, noble, innoble, verdadero y demás. Ahora bien, los ideales son, obviamente, producto del pensamiento, son procesos materiales en oposición a lo que yo *soy*. ¿Puede, entonces, morir con respecto a eso?

A menos que muera con respecto a eso, no podrá usted hallar la respuesta a lo que sigue, respuesta que queremos encontrar antes de que llegue la muerte. Es a eso que nos aferramos, ¿entiende? Si ello pudiera expresarse, verbalizarse y, por lo tanto, hacerse familiar, sería algo en lo que todos ustedes creerían. Se volvería vulgar —uso la palabra *vulgar* en el sentido de corriente, común, no con carácter denigratorio, insultante—. Entonces se convertiría en una creencia y todos estaríamos felices. ¡Pero morir sin saber nada!, ¿comprende? No, no comprende. Estamos tratando sólo con hechos, no con teorías, no con

ideas proyectadas, consoladoras o ennoblecedoras; tratamos con hechos reales de la vida cotidiana. Nuestra vida está compuesta de cosas creadas por el pensamiento. El pensamiento es un proceso material.

Pongámoslo de otro modo. Un ser humano no ha puesto fin a sus dolores, sus desdichas, su confusión. Entonces es como el resto del mundo. Muere, pero el dolor, la confusión, la desdicha, como un campo vasto, continúan. Esto es un hecho. Como un inmenso caudal de agua en un gran río, existe este inmenso dolor del hombre. ¡Por Dios!, vean todo esto. Existen tanta violencia, tanto odio, celos... ésa es la vasta corriente. Nosotros, los seres humanos, formamos parte de esa corriente. A menos que yo muera para esa corriente, ésta continuará; la corriente que es el mundo, continuará. Por lo tanto, el hombre que se sale de la corriente, el ser humano que se sale de la corriente sabrá qué hay más allá. Pero mientras uno permanezca en esa corriente, un pie adentro y un pie afuera, jugando —cosa que hace la mayoría de nosotros—, jamás descubrirá qué hay más allá de la muerte. Lo cual implica que uno debe morir para todas las cosas sin ningún tipo de esperanzas. ¿Entiende todo esto? Esa es una de las cosas más difíciles que hay. Un hombre que muera para todo, conocerá lo eterno. ¿Comprende?

I: *(Inaudible)*

K: Señor, usted vuelve a las teorías. Tenga la bondad de mirar. Vea, una de las cosas más difíciles que hay es hablar o discutir o investigar acerca de algo con atención tremenda del principio al fin. Sólo muy pocas personas pueden hacerlo. Este es un tema que exige toda su atención, no verbalizaciones, teorías y todo eso, sino atención constante. Pocos pueden hacerlo, pocos desean hacerlo. Podrían hacerlo, pero son demasiado perezosos, demasiado indiferentes. Si usted está realmente cautivado, atrapa-

do por esto, deseoso de descubrir, le concederá atención completa, no palabras, sino un constante empujar, empujar, empujar, sin conocer hacia dónde va. Y eso es la muerte. Cuando morimos hay un final para todo lo que conocemos. ¿No puede, pues, morir *ahora* para todo lo que conoce? Entonces descubrirá por sí mismo qué es la verdad en la que no hay ilusión alguna, nada que sea personal. No es mi verdad o su verdad. Es la verdad.

Madrás,
9 de diciembre de 1959

¿Es posible vivir con un sentido de armonía, belleza, con un sentido de incesante realización? No, prefiero no decir "realización" porque la realización trae frustración; más bien, ¿existe un estado incesante de acción en el cual no hay dolor ni arrepentimiento ni causa alguna para lamentaciones? Si un estado así existe, entonces ¿cómo da uno con él? Obviamente, no podemos cultivarlo. No podemos decir: "Seré armonioso"; eso nada significa. Suponer que uno debe ejercer control sobre sí mismo a fin de ser armonioso, es una manera inmadura de pensar. El estado de total integración, de acción unitaria, sólo puede llegar cuando uno no lo busca, cuando la mente no se fuerza dentro de un estilo de vida basado en patrones de conducta.

La mayoría de nosotros ha concedido muy poca atención a todo esto. En nuestras actividades diarias sólo estamos interesados en el tiempo, porque el tiempo nos ayuda a olvidar; el tiempo disimula nuestra desesperación, nuestras frustraciones. Estando preso en el proceso del tiempo, ¿cómo va uno a dar con ese estado extraordinario en el que no hay contradicción, en el que el movimiento mismo del vivir es acción integrada y la vida coti-

diana es la realidad? Si cada uno de nosotros se formula seriamente esta pregunta, creo que seríamos capaces de comunicarnos unos con otros en el esclarecimiento del problema; pero si ustedes meramente escuchan las palabras, entonces ustedes y yo no estamos en comunión. Estamos en comunión el uno con el otro sólo si éste es un problema para ambos. Entonces no es sólo un problema mío que yo les impongo o que ustedes tratan de interpretar conforme a sus creencias e idiosincrasias. Este es un problema humano, un problema mundial, y si eso está claro para cada uno de nosotros, entonces lo que estoy diciendo, lo que pienso y siento, generará un estado de comunión entre nosotros y juntos podremos llegar a grandes profundidades.

Por lo tanto, ¿cuál es el problema? El problema es que, obviamente, tiene que haber un cambio tremendo, no sólo en el nivel superficial, en nuestras actividades externas, sino internamente, profundamente; tiene que haber una revolución interna que transforme nuestra manera de pensar y genere un estilo de vida que en sí mismo sea acción total. ¿Y por qué no ocurre una revolución así? Tal como uno ve las cosas, ése es el problema. Penetremos, pues, profundamente dentro de nosotros mismos y descubramos la raíz de este problema.

La raíz del problema es el temor, ¿no es así? Por favor, examínenlo por sí mismos y no se limiten a verme como un orador que se dirige a su auditorio. Quiero investigar este problema con ustedes porque, si ustedes y yo exploramos este problema juntos y ambos comprendemos algo que es verdadero, entonces de esa comprensión surgirá una acción que no es de ustedes ni mía, y las opiniones, sobre las cuales disputamos perpetuamente, habrán dejado de existir.

Siento que hay un miedo básico que debe ser descu-

bierto, un miedo mucho más profundo que el miedo de perder nuestro empleo, o el miedo de equivocarnos, o el miedo a la inseguridad externa o interna. Pero para investigarlo muy profundamente, debemos comenzar con los temores que conocemos, temores de los que todos estamos conscientes. No tengo que decirles cuáles son, porque pueden observarlos en sí mismos: el temor a la opinión pública, el temor de perder a nuestro hijo, a nuestra esposa o a nuestro marido a causa de la triste experiencia llamada muerte, el temor a la enfermedad, a la soledad, el temor de no tener éxito, de no realizarnos, de no alcanzar un conocimiento de la verdad, de Dios, del cielo o de lo que fuere. El salvaje tiene unos cuantos temores simples, pero nosotros tenemos innumerables temores cuya complejidad aumenta a medida que nos volvemos más y más "civilizados".

Ahora bien, ¿qué es el temor? ¿Alguna vez han experimentado realmente el temor? Puedo perder el empleo, puedo no tener éxito, mi vecino puede decir esto o aquello de mí, y la muerte está siempre esperando a la vuelta de la esquina. Todo esto engendra temor, y uno escapa del temor mediante el yoga, la lectura de libros, la creencia en Dios, las distintas formas de entretenimiento y demás. Por lo tanto, pregunto: ¿Alguna vez han experimentado realmente el temor, o la mente escapa siempre de él?

Tomemos el miedo a la muerte. Estando atemorizados de la muerte, buscamos explicaciones racionales diciendo que la muerte es inevitable, que todo muere. El proceso de racionalización es meramente un modo de escapar del hecho. O bien creemos en la reencarnación, creencia que nos satisface, nos consuela, pero el miedo sigue ahí. O tratamos de vivir por completo en el presente, de olvidarlo todo respecto del pasado y del futuro e interesarnos sólo en el hoy, pero el miedo continúa.

Les pregunto si alguna vez han conocido el miedo real —no el miedo teórico que la mente sólo concibe—. Tal vez no lo expreso con mucha claridad. Ustedes conocen el sabor de la sal. Han experimentado el dolor, la lujuria, la envidia, y conocen por sí mismos qué significan esas palabras. Del mismo modo, ¿conocen el miedo? ¿O sólo tienen una *idea* de lo que es el miedo sin haberlo experimentado efectivamente? ¿Me explico?

Ustedes temen a la muerte; ¿qué es ese temor? Ven la inevitabilidad de la muerte y, debido a que no desean morir, le tienen miedo. Pero jamás han conocido qué es la muerte; sólo han proyectado una opinión, una idea acerca de ella. De manera que los atemoriza una idea de la muerte. Esto es bastante simple y no entiendo muy bien nuestra dificultad.

Para experimentar realmente el miedo, ustedes deben permanecer totalmente *con* él, deben estar enteramente *en* él y no eludirlo; no pueden tener creencias, opiniones acerca del miedo. Pero yo no creo que muchos de ustedes hayan experimentado el miedo de esta manera, porque siempre lo están eludiendo, escapan del miedo. Jamás permanecen con él, jamás lo miran a fondo y descubren todo lo que hay en relación con el miedo.

¿Es la mente capaz de vivir con el miedo, de ser parte de él? ¿Puede la mente investigar ese sentimiento en vez de eludirlo o de intentar escapar de él? Pienso que la razón principal de que vivamos vidas tan contradictorias, es que siempre estamos escapando del miedo.

Señores, uno se da cuenta, especialmente a medida que envejece, de que la muerte está aguardando siempre. Y ustedes temen a la muerte, ¿no es así? Ahora bien, ¿cómo van a comprender ese temor? ¿Cómo se liberarán del miedo a la muerte? ¿Qué es la muerte? Es realmente el final de todo lo que han conocido. Ese es el hecho real. La

cuestión no es si sobreviven o no; la supervivencia después de la muerte es meramente una idea. Ustedes no saben, pero *creen*, porque la creencia les brinda consuelo. Jamás investigan la cuestión de la muerte en sí, porque la idea misma de llegar al final, de penetrar en lo totalmente desconocido, es para ustedes un horror que despierta al miedo. Al estar amedrentados, recurren a diversos tipos de creencia como medios de escape.

Por cierto, para liberar del miedo a la mente, tenemos que saber qué es morir mientras estamos física y mentalmente vigorosos, yendo a la oficina, atendiéndolo todo. Tenemos que conocer la naturaleza de la muerte mientras vivimos. La creencia no va a eliminar el miedo. Ustedes pueden leer cualquier cantidad de libros acerca del más allá, pero eso no va a liberar del miedo a la mente, porque la mente está acostumbrada a una sola cosa, que es la continuidad a través de la memoria; por eso, la idea misma de llegar al fin nos causa horror. La constante acumulación de cosas que hemos experimentado y disfrutado, todo lo que hemos poseído, el carácter que hemos formado, nuestros ideales, nuestras visiones, nuestro conocimiento... todo eso se termina. ¿Y cómo va la mente a liberarse del miedo? *Ese* es el problema, no si hay continuidad después de la muerte.

Si he de estar libre del miedo a que todo se termine, tengo que investigar, por cierto, la naturaleza de la muerte. Tengo que experimentarla, tengo que saber qué es, conocer su belleza, su tremenda cualidad. Debe ser una cosa extraordinaria morir, penetrar en algo jamás imaginado, totalmente desconocido.

Entonces, ¿cómo va e experimentar la mente, mientras vivimos, ese final llamado muerte? La muerte es terminación. Es el final del cuerpo y, tal vez, también de la mente. No estoy discutiendo si hay o no hay superviven-

cia. Estoy interesado en la terminación. ¿No puedo morir mientras estoy vivo? ¿No puede mi mente, con todos sus pensamientos, sus actividades, sus recuerdos, llegar a su término mientras estoy viviendo, mientras el cuerpo no se ha quebrantado a causa de la vejez y la enfermedad o ha sido arrebatado por un accidente? ¿No puede la mente, que ha elaborado una continuidad, terminarse no en el último momento sino *ahora*? O sea, ¿no puede la mente estar libre de toda la acumulación de la memoria?

Uno es un cristiano, un hindú o lo que fuere. Está moldeado por el pasado, las costumbres, la tradición. Uno es codicia, envidia, alegría, placer, es la apreciación de algo bello, el tormento de no ser amado, de no poder realizarse... uno es todo eso que constituye el proceso de la continuidad. Tomemos sólo una forma de ese proceso: uno está apegado a su propiedad, a su esposa. Eso es un hecho. No hablo del desapego. Uno está apegado a sus opiniones, a sus maneras de pensar.

Ahora bien, ¿no puede uno terminar con ese apego? ¿Por qué está apegado? Esa es la pregunta, no cómo estar desapegado. Si uno trata de desapegarse, cultiva meramente lo opuesto y, por ende, la contradicción continúa. Pero en el momento en que su mente está libre del apego, también está libre del sentido de continuidad a través del apego, ¿no es así? ¿Por qué, pues, está uno apegado? Porque teme que sin ese apego nada será; por lo tanto, uno *es* su casa, *es* su esposa, *es* su cuenta bancaria, *es* su empleo. Uno *es* todas estas cosas. Y si hay una terminación para este sentido de continuidad a través del apego, una terminación total, entonces sabrá uno qué es la muerte.

¿Comprenden, señores? Digamos que odio y que he llevado este odio durante años en mi memoria, luchando constantemente contra él. ¿Puedo dejar, instantáneamen-

te, de odiar? ¿Puedo desprenderme de ese odio, desprenderme de él con la irrevocabilidad de la muerte?

Cuando la muerte llega, no pide nuestro permiso; viene y nos toma, nos destruye en el acto. De igual manera, ¿pueden ustedes abandonar el odio, la envidia, el orgullo de la posesión, el apego a las creencias, a las opiniones, a las ideas, a una particular manera de pensar? ¿Pueden desprenderse de todo eso en un instante? No hay un "cómo desprendernos", porque ésa es sólo otra forma de continuidad. Abandonar la opinión, la creencia, el apego, la codicia o la envidia, es morir —morir cada día, a cada instante—. Si hay un final de instante en instante para toda ambición, conocerán ustedes el estado extraordinario de ser nada, de llegar hasta el abismo de un movimiento eterno, por decirlo así, y dejarse caer por el borde; eso es la muerte.

Quiero saberlo todo acerca de la muerte, porque la muerte puede ser la realidad, puede ser lo que llamamos "Dios", esa cosa de lo más extraordinaria que vive y se mueve y, sin embargo, no tiene principio ni fin. Por lo tanto, quiero saberlo todo acerca de la muerte. Para ello, tengo que morir con respecto a todo lo que ya conozco. La mente puede percibir lo desconocido sólo cuando muere para lo conocido, cuando muere sin ningún motivo, sin la esperanza de una recompensa, sin el temor al castigo. Entonces puedo descubrir qué es la muerte mientras estoy viviendo, y en ese descubrimiento mismo me he liberado del temor.

No viene al caso si hay o no hay continuidad después de la muerte del cuerpo. Que uno nazca nuevamente o no, es un asunto trivial.

Para mí, el vivir no está separado del morir, porque en el vivir hay muerte. No existe separación entre la muerte y la vida. Uno conoce la muerte porque la mente

muere a cada minuto, y en ese final mismo —no en la continuidad— hay renovación, novedad, frescura, inocencia. Pero para la mayoría de nosotros, la muerte es algo que la mente jamás ha experimentado. Para experimentar la muerte mientras vivimos, deben cesar todas las artimañas de la mente que impiden esa experiencia directa.

Me pregunto si alguna vez han conocido lo que es el amor. Porque pienso que la muerte y el amor marchan juntos. La muerte, el amor y la vida son una misma cosa. Pero nosotros hemos dividido la vida, tal como hemos dividido la tierra. Hablamos del amor calificándolo de carnal o espiritual y así hemos puesto en marcha una batalla entre lo sagrado y lo profano. Hemos dividido lo que el amor *es* de lo que el amor *debería ser*, y de este modo jamás sabemos qué es el amor. El amor es, por cierto, un sentir total que no es sentimental y en el que no hay sentido alguno de separación. Es pureza completa del sentir, sin la cualidad separativa y fragmentadora del intelecto. El amor no tiene sentido alguno de continuidad. Donde hay sentido de continuidad, el amor ya está muerto y huele al ayer con todos sus feos recuerdos, sus riñas, sus brutalidades. Para amar, uno debe morir.

La muerte es amor, no están separados. Pero no se dejen hipnotizar por mis palabras; tienen que experimentar esto, tienen que conocerlo, saborearlo, descubrirlo por sí mismos.

El miedo a la completa soledad, al aislamiento, a no ser nada, es la base, la raíz misma de nuestra contradicción inherente. A causa de nuestro miedo a no ser nada, estamos fragmentados por múltiples deseos, cada uno empujando en una dirección diferente. Por eso, si la mente ha de conocer la acción total, no contradictoria —una acción en la que ir a la oficina es lo mismo que no ir a la

oficina, o lo mismo que convertirse en un sanyasi, o lo mismo que la meditación, o lo mismo que contemplar el cielo de un atardecer—, tiene que estar libre de temor. Pero esa libertad con respecto al temor no puede existir a menos que uno experimente el temor, y no puede experimentarlo mientras encuentra medios y arbitrios para escapar de él. El Dios de ustedes es un modo maravilloso de escapar del temor. Todos sus rituales, sus libros, sus teorías y creencias, les impiden experimentar de veras el temor. Encontrarán que sólo en la terminación hay una cesación total del temor —en la terminación del ayer, de lo que ha sido, que es el suelo donde el temor hunde sus raíces—. Entonces descubrirán que el amor, la muerte y el vivir son una sola cosa. La mente está libre sólo cuando se han desprendido las acumulaciones de la memoria. La creación está en el final, no en la continuidad. Sólo entonces hay una acción total que es un constante vivir, amar y morir.

De Comentarios sobre el Vivir,

Tercera Serie,
Vida, muerte y supervivencia

ERA UN magnífico tamarindo viejo, lleno de frutos y con tiernas hojas nuevas. Creciendo junto a un río profundo, estaba bien regado y daba sombra suficiente para animales y hombres. Siempre había cierto bullicio y alboroto desarrollándose bajo él, alguna charla ruidosa, un ternero llamando a su madre. El árbol tenía bellas proporciones y era espléndida su forma recortada contra el cielo azul. Tenía una vitalidad siempre joven. Debe haber presenciado muchas cosas durante los incontables veranos en que observaba el río y los sucesos que transcurrían a lo largo de sus márgenes. Era un río interesante, ancho y santo, y los peregrinos acudían desde todas partes del país para bañarse en sus aguas sagradas. Se veían botes moviéndose silenciosamente, con sus velas cuadradas y oscuras. Cuando se alzara la luna llena y casi roja trazando un sendero de plata sobre las danzantes aguas, habría regocijo en la aldea vecina y en la que estaba al otro lado del río. En los feriados religiosos, los aldeanos bajaban hasta las orillas cantando alegres y melodiosas canciones. Habiendo traído su comida, solían bañarse en el río charlando y riendo muchísimo; después acostumbraban poner una guirnalda al pie del gran árbol y cenizas rojas y ama-

rillas alrededor del tronco, porque él también era sagrado, como lo son todos los árboles. Cuando por fin habían cesado las charlas y los gritos y todos habían vuelto a sus casas, una o dos lámparas dejadas por algún aldeano piadoso quedaban encendidas; estas lámparas consistían en una mecha casera colocada en un platillo de terracota que contenía aceite, lujo que a duras penas podía permitirse el aldeano. Entonces el árbol era algo supremo; todas las cosas le pertenecían, la tierra, el río, la gente y las estrellas. Pronto se recogería en sí mismo para dormitar hasta que lo tocaran los primeros rayos del sol matinal.

A menudo solían traer un cuerpo muerto hasta la orilla del río. Después de barrer el suelo junto al agua, colocaban primero pesados troncos como base de la pira y luego la levantaban con leña más liviana; en la parte superior ponían el cuerpo cubierto con un lienzo nuevo y blanco. El pariente más próximo acercaba una antorcha encendida a la pira y llamas enormes se alzaban en la oscuridad iluminando el agua y los rostros silenciosos de los deudos y amigos que se sentaban alrededor de la hoguera. El árbol recogía algo de la luz y comunicaba su paz a las danzantes llamas. El cuerpo tardaba varias horas en consumirse, pero todos ellos permanecían sentados alrededor hasta que no quedaba nada excepto brasas brillantes y pequeñas lenguas de fuego. En medio de este enorme silencio, un bebé rompería de pronto a llorar y un nuevo día habría comenzado.

El había sido un hombre muy conocido. Yacía moribundo en la casita que había detrás del muro, y el pequeño jardín, antes bien cuidado, ahora estaba desatendido. El hombre se hallaba rodeado por su esposa, sus hijos y otros parientes cercanos. Podrían pasar algunos meses o aún más antes de que muriera, pero todos ellos estaban alrededor de él y la habitación se sentía cargada de pena.

Cuando entré, pidió a todos que salieran, cosa que hicieron de mala gana, excepto un niñito que se entretenía con algunos juguetes en el piso. Una vez que se fueron, el hombre me señaló una silla y permanecimos por algún tiempo sentados sin decir una palabra, mientras los ruidos de la casa y de la calle atestada penetraban en la habitación.

Habló con dificultad: "Usted sabe, durante cierto número de años he pensado muchísimo acerca del vivir y aun más acerca del morir, porque he padecido una prolongada enfermedad. ¡La muerte parece una cosa tan extraña! He leído diversos libros que tratan este problema, pero todos ellos eran más bien superficiales."

¿Acaso no son superficiales todas las conclusiones?

"No estoy tan seguro. Si uno pudiera llegar a ciertas conclusiones que fueran profundamente satisfactorias, éstas tendrían alguna importancia. ¿Qué hay de malo en llegar a conclusiones en tanto sean satisfactorias?"

No hay nada de malo, pero ¿no dibuja eso un horizonte engañoso? La mente tiene el poder de crear toda clase de ilusiones, y parece muy innecesario e inmaduro quedar atrapado en ellas.

"He vivido una vida bastante rica y he seguido lo que pensaba era mi deber, pero por supuesto, soy humano. De cualquier modo, esa vida ya ha pasado, y aquí estoy, hecho una cosa inútil; pero por fortuna mi mente todavía no ha sido afectada. He leído mucho y aún estoy ansioso como siempre por saber qué ocurre después de la muerte. ¿Continúo, o no queda nada cuando el cuerpo muere?"

Señor, si puedo preguntarlo, ¿por qué le interesa saber qué ocurre después de la muerte?

"¿No quieren saberlo todos?"

Probablemente sí, pero si no sabemos qué es el vivir,

¿cómo podemos saber qué es la muerte? El vivir y el morir quizá sean la misma cosa, y el hecho de que los hayamos separado puede ser la fuente de un gran dolor.

"Estoy consciente de lo que usted ha dicho acerca de todo esto en sus pláticas, pero todavía quiero saber. ¿No tendría usted la bondad de decirme qué sucede después de la muerte? No lo repetiré a nadie."

¿Por qué se esfuerza tanto en saber? ¿Por qué no permite que exista todo el océano de la vida y la muerte, sin hurgar con un dedo en él?

"No quiero morir", dijo él tomándome la muñeca. "Siempre le he tenido miedo a la muerte; y aunque he tratado de consolarme con explicaciones racionales y creencias, éstas sólo han actuado como un delgado barniz sobre esta profunda agonía del miedo. Todas mis lecturas acerca de la muerte han sido un esfuerzo para escapar de este miedo, para encontrar un modo de salirme de él, y es por la misma razón que ahora pido saberlo."

¿Podrá, algún escape, liberar del miedo a la mente? ¿Acaso no engendra miedo el acto mismo de escapar?

"Pero usted puede decírmelo, y lo que me diga será verdadero. Esta verdad me liberará..."

Permanecimos en silencio por un rato. Enseguida volvió a hablar.

"Ese silencio fue más curativo que todas mis ansiosas preguntas. Quisiera poder permanecer en él y morir tranquilamente, pero mi mente no me lo permitirá. Mi mente se ha vuelto tanto el cazador como lo cazado. Estoy torturado. Sufro un agudo dolor físico, pero no es nada comparado con lo que ocurre en mi mente. ¿Existe una continuidad identificada después de la muerte? Este "yo" que ha disfrutado, sufrido, conocido, ¿continuará?"

¿Qué es este "yo" al que se aferra su mente y que usted quiere que continúe? Por favor, no conteste; sólo escu-

che tranquilamente, ¿lo hará? El "yo" existe sólo a causa de la identificación con la propiedad, con un nombre, con la familia, con los éxitos y fracasos, con todas las cosas que usted ha sido y desea ser. Usted es aquello con lo que se ha identificado, está compuesto de todo eso, y sin eso usted no existe. Es esta identificación con las personas, la propiedad y las ideas, lo que usted quiere que continúe, aún más allá de la muerte. ¿Es algo viviente eso? ¿O es sólo una masa de deseos contradictorios, búsquedas, realizaciones y frustraciones, con el dolor excediendo siempre a la felicidad?

"Puede ser lo que usted sugiere, pero es mejor que no saber nada en absoluto."

Mejor lo conocido que lo desconocido, ¿no es así? Pero lo conocido es tan pequeño, tan insignificante, tan restrictivo. Lo conocido es dolor y, sin embargo, usted ansía que continúe.

"Piense en mí, tenga compasión, no sea tan inflexible. Si yo sólo supiera, podría morir dichosamente."

Señor, no se esfuerce tanto en saber. Cuando todo esfuerzo por saber llega a su fin, entonces existe algo que no ha sido creado por la mente. Lo desconocido es más inmenso que lo conocido; lo conocido no es sino como una barca en el océano de lo desconocido. Deje que todas las cosas sigan su curso y sean.

Su esposa entró en ese instante para darle algo de beber y el niño se levantó y salió corriendo de la habitación, sin mirarnos. El le dijo a su esposa que cerrara la puerta al salir y que no dejara que el niño entrase otra vez.

"No me preocupa mi familia; he cuidado de su futuro. Es mi propio futuro el que me interesa. Sé en mi corazón que lo que usted dice es verdadero, pero mi mente es como un caballo que galopa sin jinete. ¿Me ayudará usted, o estoy fuera de toda ayuda posible?"

La verdad es una cosa extraña; cuanto más la perseguimos, más nos elude. Usted no puede capturarla por ningún medio, no importa cuán sutil e ingenioso sea; no puede retenerla en la red de su pensamiento. Dése cuenta de esto y deje que todo transcurra. En el viaje de la vida y la muerte uno debe marchar sólo; en este viaje no puede uno encontrar ayuda en el conocimiento, en la experiencia, en los recuerdos. La mente debe depurarse de todas estas cosas que ha acumulado en su vivo deseo de seguridad; sus dioses y sus virtudes deben ser devueltos a la sociedad que los engendró. Tiene que haber soledad completa, incontaminada.

"Mis días están contados, me falta el aliento, y usted me está pidiendo algo muy difícil: que muera sin saber qué es la muerte. Pero he sido bien instruido. Debo dejar que mi vida sea, y puede que sobre ella caiga una bendición."

Bombay,
10 de enero de 1960

LA MAYORIA DE NOSOTROS vive en un mundo de mitos, símbolos, engaños, el cual nos resulta mucho más importante que el mundo de la realidad. A causa de que no comprendemos el mundo del vivir cotidiano con toda su desdicha y su lucha, tratamos de escapar de él creando un mundo de artificio, un mundo de dioses, símbolos, ideas e imágenes; y donde existe este escapar de lo real hacia lo ilusorio, siempre hay contradicción, dolor. Si queremos estar libres del dolor, debemos comprender, por cierto, el mundo de artificio hacia el cual estamos escapando constantemente. El hindú, el musulmán, el budista, el cristiano, todos tienen sus mundos de artificio hechos de símbolos e imágenes, y en esos mundos se hallan atrapados. Para ellos, el símbolo tiene mayor significación y es mucho más importante que el vivir; está incrustado en el inconsciente y juega un papel inmenso en la vida de todos aquellos que pertenecen a una u otra de las diversas culturas, civilizaciones o religiones organizadas. Por lo tanto, si queremos estar libres del dolor, pienso que es importante, antes que nada, comprender el mundo de artificio en que vivimos.

Si ustedes bajan por el camino, verán el esplendor de

la naturaleza, la belleza extraordinaria de los campos verdes y los cielos abiertos, y escucharán las risas de los niños. Pero a pesar de todo eso, hay un sentimiento de dolor. Está la angustia de una mujer dando a luz a un hijo; está el dolor de la muerte; hay dolor cuando esperamos con interés algo y eso no ocurre; hay dolor cuando una nación se debilita, se deteriora; y está el dolor de la corrupción, no sólo en lo colectivo sino también en lo individual. Si miramos profundamente, vemos que hay dolor en nuestra propia casa, el dolor de no poder realizarnos, el dolor de nuestra pequeñez o incapacidad, y distintos dolores inconscientes.

También hay risas en la vida. La risa es algo hermoso: reír sin una razón especial, sentir alegría en nuestro corazón sin que haya una causa, amar sin buscar nada a cambio. Pero raramente reímos de esta manera. Estamos abrumados por el dolor, nuestra vida, es un proceso de desdicha y lucha, una continua desintegración, y casi nunca sabemos qué es amar con todo nuestro ser.

Uno puede ver este proceso doloroso en cada calle, en cada casa, en cada ser humano. Hay desdicha, alegrías fugaces, un deterioro gradual de la mente; y siempre estamos buscando una salida. Queremos encontrar una solución, un medio o un método mediante el cual resolver esta carga de la vida, y así jamás miramos el dolor. Tratamos de evadirlo por medio de mitos, imágenes, especulaciones; esperamos encontrar alguna manera de evitar eso, de adelantarnos a la ola del dolor.

Creo que estamos familiarizados con todo esto. No los estoy instruyendo con respecto al dolor. Sería absurdo si ustedes súbitamente trataran de experimentar dolor mientras escuchan, o si trataran de estar alegres; no tendría sentido. Pero si uno advierte siquiera la estrechez, superficialidad y mezquindad de su propia vida, si obser-

va sus incesantes disputas, sus fracasos, los innumerables esfuerzos que no han producido otra cosa que un sentimiento de frustración, entonces debe experimentar esta cosa llamada dolor. En cualquier nivel, por superficial o profundo que sea, uno debe conocer lo que es el dolor. El dolor nos sigue como una sombra y no parecemos capaces de resolverlo. Me gustaría, pues, si se me permite, conversar con ustedes sobre la terminación del dolor.

El dolor tiene un final, pero éste no llega mediante sistema o método alguno. No hay dolor cuando existe la percepción de "lo que es". Cuando vemos muy claramente "lo que es", ya sea el hecho de que no podemos realizarnos en la vida, o el hecho de que ha muerto nuestro hijo, nuestro hermano o nuestro esposo; cuando conocemos el hecho como es realmente, sin ningún tipo de ideaciones, ideales o juicios, entonces creo que el dolor llega a su fin. Pero para la mayoría de nosotros impera la voluntad del miedo, la voluntad del descontento, la voluntad de la satisfacción.

Por favor, no se limiten a escuchar lo que se está diciendo, sino véanse a sí mismos; observen su propia vida como si fuera el rostro reflejado en un espejo. En un espejo vemos lo que *es* —nuestro propio rostro— sin ninguna distorsión. De igual manera, tengan la bondad de mirarse ahora, sin agrado ni desagrado alguno, sin aceptar ni rechazar lo que ven. Sólo mírense, y verán que la voluntad del miedo reina en sus vidas. Donde está la voluntad —la voluntad de la acción, del descontento, de la realización, de la satisfacción— siempre hay miedo; donde hay miedo, hay dolor. Por *voluntad* entiendo la determinación de ser alguna cosa, la determinación de lograr, de llegar a ser, la determinación que rechaza o acepta. Por cierto, existen las múltiples formas de voluntad, ¿no es así? Porque donde reina la voluntad, hay conflicto.

Observen esto y comprendan no sólo lo que digo sino también las implicaciones de la voluntad. A menos que comprendamos las implicaciones de la voluntad, no podremos comprender el dolor.

La voluntad es el resultado de las contradicciones del deseo; se origina en los conflictivos tirones del "quiero" y "no quiero", ¿verdad? Los múltiples impulsos, con sus contradicciones y reacciones, crean la voluntad de satisfacción o de descontento, y en esa voluntad hay temor. La voluntad de lograr, de ser, de llegar a ser esto o aquello... ésta es, por cierto, la voluntad que engendra dolor.

¿Qué entendemos por dolor? Vemos a un niño con un cuerpo saludable y un hermoso rostro, con ojos brillantes, inteligentes y una sonrisa feliz. A medida que crece, se le hace pasar por la máquina de la así llamada educación. Se le obliga a amoldarse a un patrón particular de la sociedad, y esa alegría, ese espontáneo deleite que encuentra en la vida, se destruye. Es triste ver que sucedan estas cosas, ¿no es así? Es triste perder a alguien a quien amábamos. Es triste darnos cuenta de que hemos respondido a todos los desafíos de la vida de una manera mediocre y mezquina. ¿Y no es triste que el amor termine en un pequeño remanso de este vasto río de la vida? También es triste cuando la ambición nos maneja y alcanzamos nuestro objetivo... sólo para encontrar frustración. Es triste percatarnos de cuán trivial es la mente —no la mente de algún otro, sino la propia—. Aunque pueda adquirir muchísimos conocimientos, aunque pueda ser muy hábil, ingeniosa, erudita, la mente sigue siendo una cosa muy vacua y superficial; y el darnos cuenta de este hecho, genera realmente un sentimiento de tristeza, de dolor.

Pero hay una tristeza mucho más profunda que todas éstas: la tristeza que adviene cuando nos percatamos de nuestra soledad, de nuestro aislamiento. Aunque uno

pueda estar entre amigos, en medio de una multitud, de un grupo, o hablando con su mujer o su marido, súbitamente toma conciencia de esta inmensa soledad; hay una sensación de completo aislamiento, la cual genera dolor. Y está también el dolor de la mala salud.

Sabemos que existen estas distintas formas de dolor. Podemos no haberlas experimentado todas, pero si prestamos cuidadosa atención a la vida, sabemos que en verdad existen, y casi todos queremos escapar de ellas. No queremos comprender el dolor, no queremos mirarlo. No decimos: "Veamos qué hay al respecto". Todo lo que nos interesa es escapar del dolor. Eso no es anormal, es un movimiento instintivo del deseo; pero aceptamos el dolor como algo inevitable, y así los escapes se vuelven mucho más importantes que el hecho del dolor. Al escapar del dolor nos perdemos en el mito, en el símbolo; por lo tanto, jamás investigamos para descubrir si el dolor puede terminar.

Después de todo, la vida es una fuente de problemas. A cada minuto nos plantea un reto, una exigencia; y si nuestra respuesta es insuficiente, esa insuficiencia de la respuesta genera un sentimiento de frustración. Por eso se han vuelto muy importantes para la mayoría de nosotros las diversas formas de escape. Escapamos por medio de las creencias y las religiones organizadas; escapamos por medio del símbolo, de la imagen, ya sea esculpida por la mente o por la mano. Si no podemos resolver un problema en esta vida, siempre está la próxima vida. Si no puedo terminar con el dolor, entonces me dejo absorber en las diversiones; o, si en cierto modo soy de mentalidad seria, me vuelvo a los libros, a la adquisición de conocimientos. También escapamos comiendo en exceso, charlando incesantemente, riñendo, deprimiéndonos mucho. Son todos escapes, y no sólo se vuel-

ven extraordinariamente importantes para nosotros, sino que también peleamos por algunos de ellos: su religión y mi religión, su ideología y mi ideología, su ritualismo y mi antiritualismo.

Obsérvense bien a sí mismos y, por favor, no se dejen hipnotizar por mis palabras. Después de todo, no hablo de ninguna teoría abstracta; es la propia vida de ustedes tal como la viven realmente de día en día. La estoy describiendo, pero no se satisfagan con la descripción. A través de la descripción tomen conciencia de sí mismos y verán cómo esa vida está presa en los distintos medios de escape. Por eso es tan importante mirar el hecho, considerarlo, explorarlo, investigar profundamente lo que *es*, porque en lo que *es*, no existe el tiempo, no existe el futuro. Lo que *es*, es eterno. Lo que *es*, es la vida, lo que *es*, es la muerte, lo que *es*, es el amor, en el cual no hay ni realización ni frustración. Estos son hechos, realidades objetivas de la existencia. Pero una mente que ha sido nutrida, condicionada en las múltiples vías de escape, encuentra extraordinariamente difícil mirar lo que *es*; por lo tanto, dedica años al estudio de los símbolos y mitos, acerca de los cuales se han escrito infinidad de volúmenes, o se deja absorber en las ceremonias, en la práctica de un método, un sistema, una disciplina.

Lo importante, por cierto, es observar el hecho y no aferrarse a opiniones o meramente discutir el símbolo que representa al hecho. ¿Comprenden? El símbolo es la palabra. Tomemos la muerte. La palabra *muerte* es el símbolo utilizado para comunicar todas las implicaciones del hecho: miedo, dolor, el extraordinario sentimiento de soledad, de vacuidad, de pequeñez y aislamiento, de profunda y duradera frustración. Estamos familiarizados con la palabra *muerte*, pero muy pocos vemos alguna vez las implicaciones del hecho. Casi nunca examinamos el ros-

tro de la muerte ni comprendemos las cosas extraordinarias que entraña. Preferimos escapar, por medio de la creencia, hacia un mundo del más allá, o nos adherimos a la teoría de la reencarnación. Tenemos estas explicaciones que nos confortan, una verdadera multitud de ideas, de afirmaciones y negaciones, con todos los símbolos y mitos que las acompañan. ¡Obsérvense! Esto es un hecho.

Donde hay temor, hay voluntad de escapar; el temor es el que da origen a la voluntad. Donde hay ambición, la voluntad es despiadada en satisfacer lo que desea. Mientras hay descontento —la sed insaciable de satisfacción que continúa incesantemente, por mucho que uno pueda mitigarla realizándose en lo personal—, ese descontento engendra su propia voluntad. Deseamos que la satisfacción continúe o aumente, por eso está la voluntad de satisfacer ese deseo. La voluntad en sus diferentes formas abre inevitablemente la puerta a la frustración, y la frustración es dolor.

Hay, pues, muy poca risa en nuestros ojos y en nuestros labios; hay muy poca quietud en nuestras vidas. Parecemos incapaces de mirar las cosas con tranquilidad y descubrir por nosotros mismos si hay un modo de terminar con el dolor. Nuestra acción es el resultado de la contradicción, con su tensión constante, la cual sólo fortalece al "yo" y multiplica nuestras desdichas. Ustedes ven esto, ¿no es así?

A pesar de todo, están siendo perturbados. Yo los perturbo respecto de sus símbolos, sus mitos , sus ideales, sus placeres; y a ustedes no les gusta que los perturben. Lo que desean es escapar, así que dicen: "Dígame cómo desembarazarme del dolor". Pero terminar con el dolor no es desembarazarse del dolor. Ustedes no pueden "desembarazarse" del dolor, tal como no pueden adquirir amor. El amor no es algo que pueda ser cultivado me-

diante la meditación, la disciplina, la práctica de la virtud. Cultivar el amor es destruir el amor. De igual manera, no es posible terminar con el dolor por acción de la voluntad. Comprendan esto, por favor. No podemos desembarazarnos del dolor. Debemos abrazar al dolor, comprenderlo, vivir con él; uno tiene que llegar a hacerse íntimo con el dolor. Pero ustedes no tienen intimidad con el dolor, ¿no es así? Pueden decir: "Conozco el dolor", pero ¿lo conocen? ¿Han vivido con él? ¿O al sentir dolor han escapado de él? En realidad, no conocen el dolor. Todo lo que conocen son formas de escapar del dolor. Es lo único que conocen.

Tal como el amor no es cosa que pueda cultivarse, adquirirse mediante la disciplina, así tampoco puede ponerse fin al dolor mediante ninguna forma de escape, mediante ceremonias o símbolos, mediante el trabajo social de los "benefactores", mediante el nacionalismo o cualquiera de las cosas desagradables que el hombre ha inventado. El dolor ha de ser comprendido, y la comprensión no es del tiempo. La comprensión llega cuando hay una explosión, una rebelión, un descontento tremendo en todas las cosas. Pero ya lo ven, buscamos encontrar un camino fácil en el trabajo social, nos dejamos absorber en alguna ocupación, una profesión, acudimos al templo, adoramos una imagen, nos adherimos a un sistema particular de creencia. Todas estas cosas son, por cierto, una evitación del hecho, una manera de lograr que la mente se abstenga de enfrentarse al hecho. Jamás es doloroso mirar simplemente lo que *es*. El dolor nunca surge de percibir con exactitud el hecho de que uno es vanidoso. Pero tan pronto uno desea cambiar su vanidad en alguna otra cosa, entonces comienzan la lucha, la ansiedad, el daño, todo lo cual conduce finalmente al dolor.

Cuando ustedes aman algo, lo miran, ¿verdad? Si

uno ama a su hijo, lo mira, observa el rostro delicado, los grandes ojos abiertos, el extraordinario sentido de inocencia. Cuando uno ama un árbol, lo mira con todo su ser puesto en ello. Pero jamás miramos las cosas de ese modo. Percibir el significado de la muerte requiere una clase de explosión que quema instantáneamente todos los símbolos, los mitos, los ideales, las creencias consoladoras, de modo que uno puede mirar la muerte de manera íntegra, total. Pero, desafortunada y lamentablemente, lo más probable es que jamás hayan mirado nada de manera total. ¿Lo han hecho? ¿Han mirado totalmente al hijo, con todo el ser, o sea, sin prejuicio alguno, sin aprobación ni condena, sin decir ni sentir: "Es mi hijo"? Si pueden hacer esto, encontrarán que revela una extraordinaria significación y belleza. Entonces no existen uno y el hijo —lo cual no implica una identificación artificial con el hijo—. Cuando uno mira algo totalmente, no hay identificación porque no hay separación.

De igual manera, ¿puede uno mirar totalmente a la muerte, lo cual implica hacerlo sin temor? Es el temor con su voluntad de escape el que ha creado todos estos mitos, símbolos y creencias. Si ustedes pueden mirarla totalmente, con todo el ser, verán que la muerte tiene un significado por completo diferente, porque entonces no hay temor. El temor es el que hace que queramos saber si hay continuidad después de la muerte, y el temor encuentra su propia respuesta en la creencia de que *hay* o de que *no hay* tal continuidad. Pero cuando uno mira con la integridad del ser esta cosa llamada *muerte,* no hay tristeza. Después de todo, cuando muere mi hijo, ¿qué es lo que siento? Me siento perdido. El se ha ido para no retornar jamás, y yo experimento una sensación de vacío, de soledad. Era mi hijo, en quien yo había depositado toda mi esperanza de inmortalidad, de perpetuación del "yo" y

"lo mío"; ahora que esta esperanza de mi propia continuidad me ha sido arrebatada, me siento absolutamente desolado. Por lo tanto, en realidad aborrezco a la muerte, es una abominación, una cosa para ser desechada, porque ella me expone ante mí mismo. Y así es como la hago a un lado mediante la creencia, mediante diversas formas de escape. En consecuencia, el temor continúa, produciendo voluntad de escape y engendrando dolor.

Así, la terminación del dolor no acaece mediante ninguna acción de la voluntad. El dolor puede terminar sólo cuando rompemos con todo lo que la mente ha inventado para escapar de él. Uno se desprende por completo de todos los símbolos y mitos, de todas las ideaciones y creencias, porque de verdad quiere saber qué es la muerte, de verdad quiere comprender el dolor; es un deseo vivo y abrasador. ¿Qué ocurre, entonces? Uno se encuentra en un estado de intensidad; no acepta ni rechaza, porque no está tratando de escapar. Se enfrenta al hecho. Y cuando uno encare de este modo el hecho de la muerte, del dolor, cuando encare de este modo todas las cosas con las que se enfrenta de instante en instante, encontrará que llega una explosión que no ha sido engendrada gradualmente mediante el lento movimiento del tiempo. Entonces la muerte tiene un significado por completo distinto.

La muerte es lo desconocido, como lo es el dolor. Uno no conoce realmente el dolor, no conoce su profundidad, su vitalidad extraordinaria. Conoce la reacción al dolor, pero no la acción del dolor. Conoce la reacción a la muerte, pero no la acción de la muerte, lo que ésta implica; uno no sabe si es fea o bella. Pero conocer la naturaleza, la profundidad, la belleza y exquisitez de la muerte y el dolor, es la terminación de la muerte y el dolor.

Vean, nuestras mentes funcionan de manera mecánica en lo conocido, y con lo conocido abordamos lo desco-

nocido: la muerte, el dolor. ¿Puede haber una explosión, de modo que lo conocido no contamine la mente? Ustedes no pueden desembarazarse de lo conocido. Eso sería estúpido, tonto, no los llevaría a ninguna parte. Lo que importa es no permitir que la mente se contamine con lo conocido. Pero esta no contaminación de la mente por lo conocido, no sucede mediante la determinación, mediante ninguna acción de la voluntad. Tiene lugar cuando vemos el hecho tal como es —el hecho de la muerte, del dolor—, sólo cuando le concedemos nuestra atención total. La atención total no es concentración, es un estado de completa percepción alerta en el que no hay exclusión de ninguna clase.

Así, la terminación del dolor radica en el hecho de afrontar la totalidad del dolor, lo cual implica percibir qué es el dolor. Esto significa, realmente, abandonar todos nuestros mitos, nuestras leyendas, tradiciones y creencias, cosa que no podemos hacer gradualmente. Deben desprenderse en el instante, ahora. No hay método por el cual podamos abandonarlas. Ello ocurre cuando prestamos nuestra atención total a algo que anhelamos comprender; en una atención así no hay deseo alguno de escape.

Conocemos sólo fragmentariamente esta cosa extraordinaria llamada vida. Jamás hemos mirado el dolor, excepto a través de la pantalla de los escapes, jamás hemos visto la belleza, la inmensidad de la muerte, y sólo la conocemos a través del miedo y la tristeza. Puede haber comprensión de la vida y del significado y belleza de la muerte, sólo cuando la mente percibe en el instante lo que *es*.

Vean, aunque los diferenciemos, el amor, la muerte y el dolor son la misma cosa, porque el amor, la muerte y el dolor son, por cierto, lo desconocido. Tan pronto uno "co-

noce" el amor, ha dejado de amar. El amor está más allá del tiempo, no tiene comienzo ni final, mientras que el conocimiento lo tiene. Y cuando ustedes dicen: "Conozco el amor", no lo conocen. Conocen sólo una sensación, un estímulo. Conocen la reacción al amor, pero esa reacción no es amor. Del mismo modo, no conocen la muerte. Conocen sólo las reacciones ante la muerte; sólo cuando hayan cesado las reacciones, descubrirán la plena profundidad y significación de la muerte.

Por favor, escuchen esto como algo que concierne vitalmente a cada ser humano, ya sea que se encuentre en el más alto a en el más bajo peldaño de la sociedad. Este es un problema para cada uno de nosotros, y debemos conocerlo como conocemos el hambre, el sexo, como podemos conocer ocasionalmente una bendición al mirar la cima de los árboles contra el cielo abierto. Vean, la bendición adviene sólo cuando la mente se halla en un estado de no reacción. Es una bendición conocer la muerte, porque la muerte es lo desconocido. Sin comprender la muerte pueden ustedes pasarse la vida buscando lo desconocido y jamás lo encontrarán. Es como el amor, que ustedes no conocen. No saben qué es el amor, no saben qué es la verdad. Pero el amor no es para que se lo busque, la verdad no es para que se la busque. Cuando uno *busca* la verdad, ésa es una reacción, una forma de escapar del hecho. La verdad está en lo que *es*, no en la reacción a lo que *es*.

Bombay,
7 de marzo de 1962

QUISIERA HABLAR sobre la cuestión de la muerte, al igual que sobre la vejez y la madurez, sobre el tiempo y la negación, la cual es amor. Pero antes de investigar eso, creo que deberíamos tener muy en claro y haber comprendido profundamente que el miedo, en cualquiera de sus formas, pervierte y engendra ilusión, y que el dolor embota la mente. Una mente embotada, presa en cualquier clase de ilusión, no puede comprender el extraordinario problema de la muerte. Nos refugiamos en la ilusión, en la fantasía, en el mito, en diversas clases de fábulas. Y una mente mutilada de ese modo no puede comprender esta cosa que llamamos muerte, ni puede comprenderla una mente que se ha embotado a causa del dolor.

El problema del miedo y del dolor no es algo sobre lo cual podamos filosofar o que podamos alejar de nosotros mediante un escape. Está ahí como nuestra sombra y tenemos que abordarlo de manera directa e inmediata. No podemos cargar con él de un día para el otro, por profundo que consideremos que es nuestro miedo o nuestro dolor. Ya sea consciente o inconsciente, tenemos que comprenderlo de inmediato. La comprensión es instantánea, no llega a través del tiempo. No es el resultado de un con-

tinuo indagar, buscar, cuestionar, exigir. O ven ustedes el hecho de manera total y completa, en un destello, o no lo ven en absoluto.

Quisiera investigar esta cosa llamada muerte, con la cual estamos todos tan familiarizados. La hemos observado, la hemos visto, pero jamás la hemos experimentado; jamás ha sido nuestro sino, atravesar los portales de la muerte. Tiene que ser un estado extraordinario. Me gustaría examinarlo, no sentimentalmente o románticamente, no con una serie de elaboradas creencias de carácter estructural, sino realmente, como un hecho; comprenderlo como uno podría comprender a ese cuervo que grazna en la copa de aquél mango —de manera tan factual como eso—. Pero para comprender algo de ese modo, tienen que concederle su atención, tal como escuchan a ese pájaro en el árbol; no se esfuerzan, escuchan, no dicen: "Es el cuervo. ¡Qué fastidio! Quiero escuchar a alguien y no me deja". Escuchan eso del mismo modo que escuchan lo que se está diciendo. Pero cuando quieran escuchar sólo a quien les habla y resistir al pájaro y el ruido que hace, no escucharán ni al pájaro ni a quien les habla. Y me temo que eso es lo que hacen casi todos ustedes cuando escuchan hablar acerca de un problema complejo y profundo.

Muy pocos de nosotros prestamos atención completa, total. Ustedes jamás han emprendido un viaje del pensamiento hasta su terminación. Jamás han jugado con una idea viendo su total implicación y yendo más allá. Por lo tanto, esto va a resultar muy difícil si no le conceden su atención, si no escuchan fácilmente, gratamente, con gracia, como si fuera un juego en el que no hay restricción ni esfuerzo de ninguna clase. Para la mayoría de nosotros ésa es una cosa muy difícil de hacer —el escuchar— porque siempre estamos traduciendo lo que se dice y jamás lo escuchamos.

Quiero investigar esta cuestión de la muerte, investigarla como un hecho, no la muerte de ustedes o mi muerte o la muerte de alguien —de alguien que nos agrada o que no nos agrada—, sino *la muerte*, el problema de la muerte. Ustedes saben, estamos muy dominados por las imágenes, por los símbolos; para nosotros, los símbolos tienen una importancia extraordinaria, más concreto que la realidad. Cuando hable acerca de la muerte, ustedes pensarán instantáneamente en alguien a quien han perdido, y eso va a impedirles mirar el hecho. Voy a abordarlo desde distintos ángulos, de diferentes modos, no sólo "¿qué es la muerte y qué hay después de la muerte?". Esas son preguntas totalmente inmaduras. Cuando uno comprende la cosa extraordinaria contenida en la muerte, no formula la pregunta: ¿Qué es el más allá? Tenemos que considerar la madurez; una mente madura jamás preguntará si hay vida en el más allá, si hay una continuidad.

Tenemos que comprender qué es el pensar maduro, qué es la madurez y qué es la vejez. La mayoría de nosotros sabe qué es la vejez porque, nos guste o no, todos envejecemos. La edad no es madurez. La madurez no tiene nada que ver con el conocimiento. La vejez contiene conocimiento pero no madurez. Pero la vejez puede continuar con todo el conocimiento, con todas las tradiciones que ha adquirido. La edad es un proceso mecánico del organismo que envejece al haber sido usado constantemente. Un cuerpo usado constantemente en la lucha, el afán, el dolor, el miedo —un organismo manejado por todo eso—, envejece pronto, como cualquier máquina. Pero un organismo que ha envejecido no es una mente madura. Tenemos que comprender la diferencia entre edad y madurez.

Nacemos jóvenes, pero la generación que ha enveje-

cido pronto transmite la vejez a los jóvenes. La generación pasada, que ha avanzado en años y en conocimiento, en decrepitud, en fealdad, en dolor, en miedo, impone eso sobre los jóvenes. Esa generación ya está vieja en años y muere. Es el destino de cada generación atrapada en la estructura anterior de la sociedad. Y la sociedad no quiere una persona nueva, una nueva entidad; la quiere "respetable", la moldea, la forma y así destruye la frescura, la inocencia de la juventud. Esto es lo que estamos haciendo con todos los niños, aquí y en el resto del mundo. Y ese niño, cuando crece y se vuelve adulto, ya está envejecido y jamás madurará.

La madurez es la destrucción de la sociedad, de la estructura psicológica de la sociedad. A menos que seamos totalmente despiadados con nosotros mismos y estemos completamente libres de la sociedad, jamás seremos maduros. La estructura social, la estructura psicológica de la codicia, la envidia, el poder, la posición, la obediencia... si psicológicamente no nos liberamos de todo eso, jamás maduraremos. Y necesitamos una mente madura, una mente sola en su madurez, una mente que no esté mutilada, contaminada, que no contenga carga alguna; sólo una mente así es una mente madura.

Ustedes tienen que comprender que la madurez no es una cuestión de tiempo. Si ven claramente, sin ninguna distorsión, la estructura psicológica de la sociedad en que han nacido, en que los han criado y educado, entonces, en el instante en que la ven, están fuera de ella. Por lo tanto, hay madurez en el instante, no en el tiempo. Ustedes no pueden madurar gradualmente; esta madurez no es como la del fruto en el árbol. El fruto en el árbol necesita tiempo, sombra, aire fresco, luz de sol, lluvia; y en ese proceso madura y está listo para caer. Pero la madurez humana no es así; esa madurez está en el instante —uno es madu-

ro o no es maduro—. Por eso es muy importante ver cómo nuestra mente está psicológicamente atrapada en la estructura de la sociedad en que nos educan, la sociedad que ha hecho de nosotros personas respetables, la sociedad que nos hace amoldarnos, que nos empuja dentro del patrón establecido de sus actividades.

Creo que uno puede ver de manera total, inmediata, la emponzoñada naturaleza de la sociedad, tal como ve una botella rotulada "veneno". Cuando la vemos de ese modo, jamás la tocaremos, sabemos que es peligrosa. Pero ustedes no saben que la sociedad es un peligro, que es una cosa de lo más mortífera para una persona madura. Porque la madurez es ese estado mental de soledad creativa, mientras que esta estructura psicológica de la sociedad jamás lo deja a uno solo, sino que siempre lo está moldeando, consciente o inconscientemente. Una mente madura es una mente sola por completo, porque es libre, porque ha comprendido. Y esta libertad se encuentra en el instante. Uno no puede trabajar para lograrla, no puede buscarla, no puede disciplinarse a fin de alcanzarla; y en eso está la belleza de la libertad. La libertad no es el resultado del pensamiento; el pensamiento nunca es libre, jamás puede serlo.

Si comprendemos la naturaleza de la madurez, entonces podemos investigar el tiempo y la continuidad. Para la mayoría de nosotros, el tiempo es una realidad concreta. Lo es el tiempo del reloj: toma tiempo ir a nuestra casa, toma tiempo adquirir conocimientos, aprender una técnica. Pero excepto ese tiempo, ¿hay algún otro tiempo? ¿Hay un tiempo psicológico? Hemos desarrollado un tiempo psicológico, el tiempo que abarca la distancia, el espacio entre lo que "soy" y lo que deseo ser, entre lo que "soy" y lo que debería ser, entre el pasado que fui "yo" a través del presente que soy "yo" y el futuro que

seré "yo". Por eso el pensamiento desarrolla el tiempo psicológico. ¿Pero existe un tiempo semejante?

¿Qué entendemos por esa palabra *continuidad?* ¿Y cuál es el significado interno de esa palabra tan común en nuestros labios? Vean, si constantemente, día tras día, a cada minuto, piensan en algo, como en el placer que han tenido, ello da continuidad a ese placer. Si piensan en algo doloroso, ya sea en el pasado o en el futuro, ese pensar le da continuidad. Es muy simple. Algo me agrada y pienso en ello; el pensar en ello establece una relación entre lo que ha sido, el pensamiento que piensa al respecto, y el hecho que me agradaría tener nuevamente. Por favor, esto es algo muy simple si le prestan atención, no es una cosa compleja. Si no comprenden qué es la continuidad, no comprenderán lo que voy a decir acerca de la muerte. Tienen que comprender lo expresado por mí, comprenderlo no como una teoría o una creencia, sino como una realidad que ven por sí mismos.

Si uno piensa todo el tiempo en su mujer, en su casa, en sus hijos o en su trabajo, ha establecido una continuidad, ¿no es así? Si tiene un rencor, un temor, un sentimiento de culpa, y piensa en ello de vez en cuando, si lo recuerda, lo rememora, lo extrae del pasado, ha establecido una continuidad. Y nuestras mentes funcionan en esa continuidad; todo nuestro pensar es esa continuidad. Psicológicamente, uno es violento y piensa acerca de no ser violento, el ideal; así, por medio de su pensar acerca de no ser violento, uno ha establecido la continuidad de ser violento. Por favor, es importante que esto se comprenda. Una vez que lo ven, es muy simple: ese pensamiento, pensando acerca de algo, le da continuidad; puede ser algo agradable o desagradable, puede darnos alegría o dolor, puede ser algo del pasado o algo que va a tener lugar mañana o la semana próxima.

De modo que el pensamiento es el que establece la continuidad en la acción, tal como el ir a la oficina día tras día, mes tras mes, durante treinta años hasta que la mente es una mente muerta. De igual modo, establecemos una continuidad con nuestra familia. Decimos: "Es *mi* familia". Pensamos en ella, tratamos de protegerla, de erigir una estructura, una protección psicológica sobre ella y en torno a nosotros mismos. Y así la familia se vuelve extraordinariamente importante y uno es destruido. La familia destruye, es una cosa mortífera porque forma parte de la estructura social que mantiene sujeto al individuo. Una vez establecida la continuidad, tanto psicológica como físicamente, el tiempo se vuelve muy importante —no el tiempo del reloj sino el tiempo como medio de llegar a algo, el tiempo como medio de lograr, ganar, tener éxito psicológicamente—. Uno no puede tener éxito, triunfar, a menos que piense en ello, le conceda su atención. Por lo tanto, psicológicamente, internamente, el deseo de continuidad es el camino del tiempo, y el tiempo engendra temor; y el pensamiento, como tiempo, teme a la muerte.

Si internamente no existe el tiempo en absoluto, entonces la muerte está en un instante; no es algo que pueda atemorizarnos. O sea, si en cada instante del día el pensamiento no da continuidad ni al placer ni al dolor, ni a la realización ni a la falta de realización, si no da continuidad al orgullo, al insulto, a todo lo que el pensamiento concede su atención, entonces hay muerte a cada instante. Uno *debe* morir a cada instante, no teóricamente. Por eso es importante comprender el mecanismo del pensamiento. El pensamiento es meramente una respuesta, un reflejo del pasado; no tiene validez, como la tiene el árbol que uno ve realmente.

Para comprender el extraordinario significado de la

muerte —hay un significado de la muerte que investigaré en seguida—, ustedes tienen que comprender esta cuestión de la continuidad, ver cuál es su verdad, ver el mecanismo del pensamiento que crea la continuidad.

Veamos: me agrada su rostro; pienso en él y he establecido con usted una relación en la continuidad. O usted no me agrada; pienso en ello y eso es lo que establezco en mí. Ahora bien, si no pienso acerca de lo que me causa placer o dolor, o no pienso en el mañana, en lo que voy a obtener —ya sea que vaya a triunfar, o alcanzar la fama, la notoriedad y todas esas cosas—, si no pienso en absoluto acerca de mi virtud, de mi respetabilidad, de lo que la gente dice o no dice de mí, si soy por completo indiferente a todo eso, entonces no hay continuidad.

Yo no sé si ustedes son en absoluto indiferentes a algo. No quiero decir que se acostumbren a las cosas. Se han acostumbrado a la fealdad de Bombay, a la suciedad de las calles, a la manera en que viven. Se han acostumbrado a ello; eso no quiere decir que son indiferentes. Acostumbrarse a algo como hábito, embota la mente, la torna insensible. Pero ser indiferente es una cosa por completo distinta. La indiferencia surge cuando uno rechaza, niega un hábito. Cuando vemos lo desagradable y nos damos cuenta de ello, cuando vemos el cielo hermoso en el atardecer y nos damos cuenta de él, cuando no deseamos ni rechazamos, cuando no aceptamos ni desechamos cosa alguna y no cerramos jamás la puerta a nada, con lo cual somos completamente sensibles en lo interno a cuanto nos rodea, entonces de ello surge una indiferencia que tiene una fuerza extraordinaria. Y lo que es fuerte es vulnerable, porque no hay resistencia. Pero la mente que sólo resiste está atrapada en el hábito; por lo tanto, es una mente torpe, estúpida e insensible.

Una mente que conoce la indiferencia se da cuenta

de la vulgaridad de nuestra civilización, de la vulgaridad de nuestro pensamiento, de la fealdad de las relaciones; se percata de la calle, de la belleza de un árbol o de un rostro hermoso, de una sonrisa. Ni niega ni acepta estas cosas sino que meramente observa, no de manera intelectual, no fríamente, sino con una cálida y afectuosa indiferencia. La observación no es desapego, porque no hay apego. Sólo cuando la mente está apegada —a la casa, a la familia, a algún trabajo— hablamos de desapego. Pero cuando uno es indiferente, ello implica dulzura, contiene un perfume, una cualidad de tremenda energía. (Quizá no sea éste el significado de esa palabra en el diccionario). Uno debe ser indiferente: a la riqueza, a la soledad, a lo que la gente dice o no dice, indiferente al éxito o a la falta de éxito, indiferente a la autoridad.

Si uno oye a alguien disparar un arma haciendo con ello muchísimo ruido, puede llegar fácilmente a acostumbrarse y se volverá sordo; eso no es indiferencia. La indiferencia surge cuando uno escucha ese ruido sin resistirlo, cuando lo acompaña, cuando cabalga infinitamente sobre el ruido. Entonces el ruido no nos afecta, no nos pervierte, no nos torna insensibles. Entonces escuchamos todos los ruidos del mundo —el ruido que hacen nuestros hijos, nuestra esposa, los pájaros, el ruido que produce la cháchara de los políticos—, los escuchamos *completamente*, con indiferencia y, por lo tanto, con comprensión.

Una mente que quiera comprender el tiempo y la continuidad, tiene que ser indiferente al tiempo y no tratar de llenar ese espacio que llamamos tiempo, con diversiones, con cultos, con ruido, con lecturas, con películas, con todos los recursos que hoy utilizan ustedes. Y al llenar ese espacio con el pensamiento, con la acción, con el entretenimiento, con excitaciones, con la bebida, con el

sexo, con Dios, con el conocimiento, dan continuidad a todo eso y así jamás sabrán lo que es morir.

Vean, la muerte es destrucción. La muerte es final, ustedes no pueden argumentar con ella. No pueden decirle: "¡No, espera unos pocos días más!". No pueden discutir con ella, no pueden suplicarle; es terminante, absoluta. Jamás nos enfrentamos a nada final, absoluto. Siempre damos vueltas, por eso la muerte nos atemoriza. Podemos inventar ideas, esperanzas, temores, y tener creencias tales como "vamos a revivir, naceremos de nuevo"; ésos son todos recursos de la mente, la esperanza de una continuidad que pertenece al tiempo, que no es un hecho, que es meramente cosa del pensamiento. Miren, cuando yo hablo acerca de la muerte, no hablo de la muerte de ustedes o de mi muerte, hablo de *la muerte*, de ese fenómeno extraordinario.

Para ustedes, un río significa el río con el que están familiarizados, el Ganges, o el río que bordea el pueblo en que viven. Cuando se menciona la palabra *río*, de inmediato acude a sus mentes la imagen de un río en particular, Pero jamás conocerán la verdadera naturaleza de todos los ríos, *qué es* en verdad un río, si en sus mentes aparece el símbolo de un río en particular. El río es el agua resplandeciente, las hermosas márgenes, los árboles que crecen en sus orillas... no algún río en particular, sino la esencia de todos los ríos, la belleza de todos los ríos, la hermosa curva de cada torrente, de cada flujo de agua. El hombre que sólo ve un río en particular, tiene una mente pequeña, superficial. Pero la mente que ve el río como un movimiento, como el agua, no de algún país, de alguna época, de algún pueblo, sino que ve su belleza, esa mente está fuera de lo particular.

Si ustedes piensan en una montaña, siendo indios educados a base de libros así llamados religiosos y todo

eso, es probable que visualicen los Himalayas. La montaña significa para ustedes los Himalayas. Por lo tanto ésa es la imagen que tienen instantáneamente, pero la montaña no son los Himalayas. La montaña no pertenece a ningún país, es esa altura en el cielo azul, cubierta de blancura, moldeada por el viento, por los terremotos.

Cuando una mente piensa vastamente en las montañas, en los ríos que no son de ningún país, entonces una mente así no es una mente pequeña, no está presa en la trivialidad. Si ustedes piensan en una familia, piensan inmediatamente en *su* propia familia, y así la familia se convierte en una cosa nociva. Jamás pueden, entonces, discutir todo el problema de la familia en general, porque siempre lo relacionan, mediante la continuidad del pensamiento, con la familia particular a la que pertenecen.

Por lo tanto, cuando hablamos de la muerte no estamos hablando de la muerte de ustedes o de mi muerte. En realidad, no importa mucho si mueren ustedes o si muero yo. Vamos a morir, dichosamente o en medio de la desdicha; dichosamente, si hemos vivido de manera plena, completa, con todos los sentidos, con todo el ser, plenamente vitales, saludables; o moriremos siendo personas desdichadas y debilitadas por la vejez, frustradas, adoloridas, sin haber conocido jamás un día feliz, rico, sin haber tenido un instante en que hayamos percibido lo sublime. Hablo, pues, de la Muerte, no de la muerte de una persona en particular.

La muerte es el final. Y lo que tenemos, lo que nos espanta, es el final —el final de nuestro trabajo, el alejamiento, la desaparición, la terminación de nuestra familia, de la persona a la que creemos amar, el final de una cosa continua en la que hemos estado pensando durante años—. Lo que nos espanta es el final. No sé si alguna vez han pensado de manera expresa, deliberada, consciente,

en terminar con algo: terminar con el cigarrillo, la bebida, la asistencia al templo, el deseo de poder; terminar con ello completamente, en el instante, como el bisturí del cirujano corta un cáncer. ¿Alguna vez han intentado cortar la cosa que más placer les produce? Es fácil cortar algo doloroso, pero no es fácil cortar deliberadamente, con precisión quirúrgica y compasiva, algo placentero, sin saber qué va a ocurrir mañana, sin saber qué va a ocurrir en el instante siguiente al corte. (Si cortan sabiendo qué va a ocurrir, entonces no están operando). Si lo han hecho, sabrán qué significa morir.

Si han cortado todo lo que los rodea, todas las raíces psicológicas, la esperanza, la desesperación, la ansiedad, el éxito, el apego, entonces, a causa de esta operación, de este rechazo a toda la estructura de la sociedad —cosa que han hecho sin saber qué va a ocurrir cuando operan de manera tan completa—, a causa de este rechazo total existe la energía para enfrentarse a eso que llamamos muerte. El hecho mismo de morir para todo lo que hemos conocido —de cortar deliberadamente con todo lo que uno ha conocido—, es muerte. Inténtenlo alguna vez, no como un acto consciente, virtuoso, no como una acción deliberada para descubrir qué es la muerte; sólo inténtenlo, jueguen con ello, porque gracias a ese jugar aprenden más que mediante el esfuerzo deliberado y consciente. Cuando niegan así, han destruido. Y *tienen* que destruir, porque de la destrucción puede surgir, por cierto, la pureza de una mente sin mancha.

No hay nada psicológico que haya desarrollado la generación pasada y que sea digno de conservarse. ¡Miren la sociedad, el mundo que ha producido la generación pasada! Si uno tratara de hacer que el mundo fuera más confuso, más desdichado, no podría lograrlo. Tienen que extirpar todo eso instantáneamente, barrer con ello. Y

para cortarlo, barrerlo, destruirlo, necesitan comprensión y también algo que es mucho más que la comprensión. Parte de esa comprensión es esta compasión.

Vean, nosotros no amamos. El amor adviene sólo cuando somos nada, cuando hemos negado el mundo en su totalidad, no una cosa enorme llamada "el mundo", sino simplemente nuestro mundo, el pequeño mundo en que vivimos, la familia, el apego, las disputas, la dominación, nuestro éxito, nuestras esperanzas, nuestras culpas, nuestras obediencias, nuestros dioses y mitos. Cuando uno niega todo ese mundo, cuando no deja absolutamente nada de él, ni dioses ni esperanzas o desesperanzas, cuando no hay búsqueda alguna, entonces, desde ese gran vacío, surge el amor, el cual es una realidad extraordinaria, un hecho extraordinario no conjurado por la mente.

Y si ustedes carecen de amor —que es realmente lo desconocido— hagan lo que hicieren, el mundo estará en caos. Sólo cuando nieguen totalmente lo conocido —lo que conocen—, sus experiencias, su conocimiento, no el conocimiento tecnológico sino el conocimiento de sus ambiciones, sus experiencias personales, su familia, cuando nieguen por completo lo conocido, cuando lo extirpen, cuando mueran para todo eso, verán que hay un vacío extraordinario, un espacio extraordinario en la mente. Sólo ese espacio sabe lo que es amar. Y sólo en ese espacio hay creación, no la creación de hijos o la de pintar una tela, sino esa creación que es la energía total, lo incognoscible. Pero para dar con eso, deben morir para todo lo que ya han conocido. Y en ese morir hay una gran belleza, una inagotable energía de vida.

Londres,
12 de junio de 1962

QUISIERA HABLAR acerca del tiempo y la muerte, y también acerca de lo que llamamos amor.

No estamos tratando con ideas. Las ideas son pensamiento organizado, y el pensamiento no resuelve nuestros profundos problemas psicológicos. Lo que realmente elimina nuestros problemas es el afrontarlos, no a través de la pantalla del pensamiento, sino entrando en contacto directo y vital con ellos, viendo y sintiendo de verdad el hecho. Si me permiten usar la palabra, uno ha de establecer *emocionalmente* —no sentimentalmente— contacto con el hecho. Si dependemos del pensamiento, por ingenioso, bien organizado, erudito, lógico, cuerdo, racional que sea, nuestros problemas psicológicos nunca se resolverán. Porque el pensamiento es el que crea todos nuestros problemas. Aquél que quiera investigar de verdad toda esta cuestión de la muerte y no escapar de ella, debe descubrir por sí mismo cómo el pensamiento crea el tiempo y cómo el pensamiento también nos impide comprender el significado, la importancia y la profundidad de la muerte.

A casi todos nos atemoriza la muerte, y tratamos de escapar de ese temor buscando explicaciones a la muerte o aferrándonos a diversas creencias, racionales o irracio-

nales, fabricadas asimismo por el pensamiento. La investigación de este problema de la muerte exige, a mi parecer, una mente no sólo racional, lógica, sensata, sino que también sea capaz de mirar directamente el hecho, de ver la muerte como *es* y no sentirme abrumada por el temor.

Para comprender el temor, debemos comprender el tiempo. No me refiero al tiempo del reloj, el tiempo cronológico. Ese tiempo es bastante simple, mecánico, no hay mucho que comprender. Hablo del tiempo psicológico, de rememorar los múltiples ayeres, todas las cosas que hemos conocido, sentido, disfrutado, reunido y almacenado en la memoria. La recordación del pasado moldea nuestro presente, el cual, a su vez, se proyecta hacia el futuro. Todo este proceso es tiempo psicológico, en el cual está atrapado el pensamiento. El pensamiento es el resultado del tiempo atravesando el hoy hacia el mañana. El pensar acerca del futuro está condicionado por el presente, el cual, a su vez, se halla condicionado por el pasado.

El pasado está compuesto por las cosas que la mente consciente aprendió en la escuela, por los trabajos que ha desempeñado, el conocimiento técnico que ha adquirido, etc., todo lo cual forma parte del proceso mecánico de recordar; pero también está hecho de conocimiento psicológico, de las cosas que uno ha experimentado y acumulado, los recuerdos profundamente ocultos en el inconsciente. Muy pocos de nosotros tenemos tiempo para inquirir en el inconsciente; estamos demasiado atareados, demasiado ocupados con nuestras actividades cotidianas; por eso el inconsciente envía distintas insinuaciones y sugerencias en forma de sueños y estos sueños requieren, entonces, una interpretación.

Todo esto, tanto los procesos conscientes como los inconscientes, es tiempo psicológico —tiempo como conocimiento, tiempo como experiencia, tiempo como dis-

tancia entre lo que *es* y lo que *debería ser,* tiempo como medio de alcanzar algo, de triunfar, de realizarnos, de llegar a ser—. La mente consciente es moldeada por la inconsciente, y es muy difícil comprender los motivos ocultos, los propósitos y las compulsiones inconscientes, porque no podemos tantear nuestro camino dentro del inconsciente por medio de un esfuerzo consciente. Este debe ser abordado de manera negativa, no mediante el proceso positivo del análisis. El analizador se halla condicionado por sus recuerdos, y su manera positiva de abordar algo que él no conoce y de lo cual no está plenamente consciente tiene muy poca importancia.

De igual manera, debemos abordar negativamente la muerte, porque no sabemos qué es. Hemos visto morir a otros. Sabemos que existe la muerte por enfermedad, por vejez y por deterioro, la muerte por un accidente, y la muerte deliberada, pero en realidad no sabemos qué significa morir. Podemos racionalizar la muerte. Viendo cómo la vejez se abate sobre nosotros —gradual senilidad, pérdida de la memoria y demás— podemos decir: "Bueno, la vida es un proceso de nacimiento, desarrollo y deterioro, y el final del mecanismo físico es inevitable". Pero eso no trae una comprensión profunda de lo que es la muerte.

La muerte debe ser algo extraordinario, como lo es la vida. La vida es algo total. El dolor, el pesar, la angustia, la alegría, las ideas absurdas, la posesión, la envidia, el amor, la desdicha dolorosa de la soledad... todo eso es la vida. Y para comprender la muerte, debemos comprender la totalidad de la vida, no tomar sólo un fragmento de ella y vivir con ese fragmento, como hace la mayoría de nosotros. En la comprensión de la vida está la comprensión de la muerte, porque ambas no están separadas.

No tratamos con ideas o creencias, porque no resuel-

ven nada. Un hombre que quiera saber qué significa morir, que realmente quiera experimentar y conocer el pleno significado de ello, debe estar consciente de la muerte mientras vive; o sea, debe morir cada día. Físicamente, uno no puede morir cada día, si bien hay un cambio fisiológico que tiene lugar a cada instante. Hablo acerca de morir psicológicamente, internamente. Las cosas que hemos acumulado como experiencia, como conocimiento, los placeres y dolores que hemos conocido... morir para todo eso.

Pero ya lo ven, casi ninguno de nosotros quiere morir, porque estamos satisfechos con nuestro vivir. Y nuestro vivir es muy feo; es pobre, envidioso, una lucha constante. Nuestro vivir es una desdicha con destellos ocasionales de felicidad que pronto se vuelven sólo un recuerdo, y nuestra muerte es también una desdicha. Pero la verdadera muerte es morir psicológicamente para todo lo que conocemos, lo cual implica ser capaces de afrontar el mañana sin saber qué es el mañana. Esto no es una teoría o una creencia fantasiosa. La mayoría de la gente le teme a la muerte; por eso cree en la reencarnación, en la resurrección, o se adhiere a alguna otra forma de creencia. Pero un hombre que realmente quiera descubrir qué es la muerte, no se interesa en creencias. El mero creer es inmaduro. Para descubrir qué es la muerte, uno debe saber cómo morir psicológicamente.

No sé si alguna vez han intentado morir para algo muy íntimo que les proporciona un placer inmenso, morir para ello no con una causa, no con una convicción o un propósito, sino simplemente morir para ello como una hoja que cae del árbol. Si pueden morir de este modo todos los días, a cada instante, conocerán el final del tiempo psicológico. Y me parece que para una mente madura, para una mente que quiera investigar de verdad, la muer-

te es, en este sentido, muy importante. Porque investigar no es buscar con un motivo. Uno no puede descubrir qué es lo verdadero si tiene un motivo o si está condicionado por una creencia, por un dogma. Tiene que morir para todo eso, morir para la sociedad, para la religión organizada, para las múltiples formas de seguridad a las que la mente se aferra.

Las creencias y los dogmas brindan seguridad psicológica. Vemos que el mundo está revuelto; hay una confusión universal y todas las cosas cambian muy rápidamente. Viendo todo esto, queremos algo que sea permanente, duradero, y así nos adherimos a una creencia, un ideal, un dogma, a alguna forma de seguridad psicológica; y esto es lo que nos impide descubrir lo verdadero.

Para descubrir algo nuevo, uno debe aproximarse a ello con una mente inocente, fresca, joven, no contaminada por la sociedad. La sociedad es la estructura psicológica de la envidia, la codicia, la ambición, el poder, el prestigio; y para descubrir lo verdadero, uno tiene que morir para toda esa estructura, no teóricamente, no en abstracto, sino morir de hecho para la envidia, para la persecución del "más". Mientras exista, en cualquier forma, la persecución del "más", no podremos comprender la inmensa implicación de la muerte. Todos sabemos que tarde o temprano moriremos físicamente, que el tiempo pasa y que la muerte nos alcanzará. Como eso nos atemoriza, inventamos continuamente teorías, elaboramos ideas acerca de la muerte, la racionalizamos. Pero eso no es comprender la muerte.

No podemos argumentar con la muerte física, no podemos pedirle que nos deje vivir un día más. Es absolutamente definitiva. ¿No es posible, acaso, morir del mismo modo para la envidia, sin argumentar, sin preguntarnos qué sucederá mañana si morimos para la envidia, o para

la ambición? Esto significa, realmente, comprender todo el proceso psicológico del tiempo.

Siempre estamos pensando en términos del futuro, planeando psicológicamente para el mañana. No hablo de los planes prácticos, ése es un asunto por completo diferente. Pero nosotros queremos ser alguna cosa mañana desde el punto de vista psicológico. La mente astuta persigue lo que ha sido y lo que será, y nuestras vidas están edificadas sobre esa persecución. Somos el resultado de nuestros recuerdos, siendo el recuerdo tiempo psicológico. ¿Es posible morir sin esfuerzo, fácilmente, para todo el proceso?

Todos ustedes desean morir con respecto a algo que resulta doloroso, y eso es comparativamente fácil. Pero yo hablo de morir con respecto a algo que les produce un gran placer, una gran sensación de riqueza interna. Si mueren para el recuerdo de una experiencia estimulante, para sus visiones, sus esperanzas y realizaciones, entonces se enfrentan con una sensación extraordinaria de soledad y no tienen en qué apoyarse. Las iglesias, los libros, los maestros, los sistemas de filosofía... no pueden confiar más en ninguna de ese cosas, lo cual está muy bien, porque si depositan su confianza en alguna de ellas, seguirán siendo temerosos, envidiosos, codiciosos, ambiciosos y buscadores de poder.

Desafortunadamente, cuando no confiamos en nada, generalmente nos amargamos, nos volvemos cínicos, superficiales, y entonces sólo vivimos de día en día diciendo que con eso es suficiente. Pero por ingeniosa y filosófica que pueda ser la mente, eso contribuye a que nuestra vida sea muy trivial e insignificante.

No sé si alguna vez han intentado esto, si alguna vez han experimentado con ello: morir sin esfuerzo alguno para todo lo que conocen, morir no superficialmente sino

de hecho, sin preguntarse qué ocurrirá mañana. Si pueden hacer esto, llegarán a un extraordinario sentimiento de soledad, un estado de nada completa en el que no hay un mañana; y si pasan por ello, verán que no es un estado sombrío de desesperación. ¡Al contrario!

Después de todo, casi todos somos terriblemente solitarios. Ustedes podrán tener una ocupación interesante, una familia y abundancia de dinero, podrán tener la amplitud de conocimientos de una mente instruida; pero si cuando están solos dejan de lado todo eso, conocerán este sentimiento extraordinario.

Pero ya lo ven, en un momento así nos volvemos muy temerosos. Jamás nos enfrentamos a esa soledad, jamás atravesamos ese vacío para descubrir qué es. Encendemos la radio, leemos un libro, charlamos con los amigos, vamos a la iglesia, al cine, tomamos un trago... Todas estas cosas se encuentran en el mismo nivel, porque todas ellas ofrecen un escape. "Dios" es un escape placentero, tal como lo es la bebida. Cuando la mente escapa, no hay ninguna diferencia entre Dios y la bebida. Sociológicamente, quizá la bebida no sea lo mismo, pero el escapar hacia Dios también ocasiona su perjuicio.

Por lo tanto, a fin de comprender la muerte, de comprenderla no verbal o teóricamente, sino experimentándola de hecho, uno debe morir para el ayer, para todos sus recuerdos, para sus heridas psicológicas, para las alabanzas, los insultos, la mezquindad, la envidia; debe morir para todo eso, lo cual implica morir con respecto a uno mismo. Porque todo eso es uno mismo. Y entonces, si hemos llegado hasta ahí, descubriremos una soledad que no es la soledad del aislamiento. Son dos soledades diferentes. Pero uno no puede llegar a esa soledad madura y creativa, sin atravesar y comprender el otro estado de soledad en el cual la relación ya no significa nada. La rela-

ción con nuestra esposa, nuestro marido, nuestro hijo, nuestra hija, con los amigos, con el trabajo... ninguna de estas relaciones tiene ya significado alguno cuando nos sentimos completamente solitarios y aislados. Estoy seguro de que algunos de ustedes han experimentado ese estado. Y cuando puedan atravesarlo e ir más allá, cuando ya no los atemorice esa palabra *solo,* cuando estén muertos con respecto a todas las cosas que han conocido, y la sociedad haya dejado de ejercer su influencia sobre ustedes, entonces conocerán el otro estado de soledad.

La sociedad influye sobre nosotros sólo mientras pertenecemos a ella psicológicamente. La sociedad no puede ejercer ninguna influencia sobre nosotros desde el momento mismo en que cortamos el nudo psicológico que nos ata a ella. Entonces estamos libres de las garras de la moralidad y respetabilidad social. Pero la acción de atravesar esa soledad, ese aislamiento sin escapar, sin verbalizar —lo cual equivale a estar completamente con ello— requiere muchísima energía. Necesitamos energía para vivir con algo feo sin permitir que nos corrompa, tal como necesitamos energía para vivir con algo hermoso sin acostumbrarnos a ello. Esa energía incontaminada es la madura soledad a la cual tenemos que llegar.

Y, gracias a esa negación, a ese vacío total, hay creación.

Por cierto, toda creación tiene lugar en el vacío, no cuando la mente está llena. La muerte tiene significado sólo cuando morimos para todas nuestras vanidades y superficialidades, para todos nuestros innumerables recuerdos. Entonces hay algo que está más allá del tiempo, algo a lo cual no podemos llegar si tenemos miedo, si nos adherimos a creencias, si nos hallamos atrapados en el dolor.

Nueva Delhi,
6 de noviembre de 1963

PARA INVESTIGAR todo el problema de la muerte, no teóricamente sino de hecho, necesitan ustedes humildad. Uso esa palabra *humildad* no en el sentido de una virtud cultivada por el hombre vanidoso, engreído, sino en el de ese estado natural de la mente que adviene cuando uno investiga de verdad y desea realmente descubrir por sí mismo. Porque la virtud no florece dentro de las fronteras del tiempo. Es una flor que surge a la existencia de manera involuntaria; uno no tiene que buscar o cultivar la virtud. Si lo hace, cesa de ser virtud. Ver la verdad de que la virtud cultivada ya no es más virtud, requiere una mente en estado de humildad, porque sin humildad no es posible aprender. Uso la palabra *aprender* no en el sentido de acumular; eso es conocimiento. Con la palabra *aprender* queremos indicar una mente que no trata de obtener nada, que no busca un fin con un motivo, una mente flexible, rápida, capaz de ver instantáneamente lo verdadero. Y para hacer eso necesitamos una humildad extraordinaria que contiene en sí esa peculiar cualidad que es la austeridad en la observación. La austeridad que conocemos es áspera, brutal, se vuelve estrecha, fanática, obstinada, dogmática; pero eso no es austeridad. Usamos la palabra

austeridad en el sentido de que una mente que ha observado, que ha visto lo que es verdadero, se encuentra, gracias a esa observación, en un estado de libertad del cual surge la disciplina que es austera.

Tiene que existir esa humildad austera, y en ese nivel vamos a comunicarnos uno con otro. Ustedes no van a aprender nada de quién les habla; si lo hicieran, él se convertiría en la autoridad. Por lo tanto, cada uno de ustedes dejaría de ser realmente un observador, una persona que busca seriamente lo verdadero y desecha lo falso, se volvería meramente un seguidor, y un seguidor jamás puede descubrir realmente lo verdadero. La verdad ha de ser descubierta de instante en instante, y uno tiene que *descubrirla* —no sólo seguir la descripción verbalmente—. Ustedes tienen que descubrirla con todo el ser, y para ello es indispensable que haya humildad.

Una de las cosas que uno observa en el mundo y dentro de sí mismo es el peculiar estado de la mente que está constantemente decayendo, deteriorándose. No sé si han observado por sí mismos la propia mente, no de manera teórica, no en términos de una fórmula o en términos de éxito o no éxito, sino con la cualidad de la mente que puede sustentar eficiencia, claridad, que tiene la capacidad de observar lo verdadero, sin opinión alguna, sin un solo pensamiento. Cuando uno observa no sólo la mente de otros sino también la propia, encuentra que hay una lenta declinación. No es que uno haya alcanzado alguna vez una altura desde la cual declina; encuentra que no tiene la agudeza, la claridad, la energía, la precisión que se requieren para que haya observación, una observación razonada sin ninguna clase de sentimentalismo. La mayoría de nosotros estamos embotados, afincados en una consoladora creencia, con un empleo, una posición, una familia que mantener; casi todos vivimos en la som-

bra de la seguridad. Cuando uno ha comenzado a observar por sí mismo la propia mente, tiene que haber visto cómo ésta comienza poco a poco a declinar a medida que uno crece, que el organismo físico madura. Aceptamos esta desintegración, este deterioro, pero no nos damos cuenta de él. Y cuando por fin nos damos cuenta, esto se vuelve un conflicto tremendo, el conflicto de cómo conservar la mente que empeora, que declina. Es probable que jamás hayamos descubierto por nosotros mismos, al formularnos esa pregunta, si es posible detener el deterioro, la declinación.

Al fin y al cabo, la declinación de la mente, el empeoramiento de la sensibilidad, el embotamiento de nuestra capacidad de observación, todo eso es, de hecho, muerte, ¿no es así? ¿No debemos, pues, descubrir por nosotros mismos si es posible sostener todo el tiempo una cualidad de la mente que no conozca la declinación? Cuando uso la palabra *mente,* incluyo en ella el cerebro —la totalidad—, no sólo la capacidad de adquirir una determinada técnica y funcionar a base de esa técnica por el resto de la vida hasta morir. Uso la palabra *mente* en el sentido no sólo de la mente consciente sino también de la inconsciente, en la cual está incluido el cerebro —el cerebro con todas sus reacciones, el cerebro que piensa, que actúa, que se irrita, que responde a todas las tensiones nerviosas—. Observamos, a medida que vamos envejeciendo, cómo esta cosa comienza a declinar. Observen a los ancianos, observen a todos los viejos políticos, observen cómo incluso los jóvenes desean caer dentro de la rutina de un pensamiento en particular y continuar a lo largo de esa rutina.

Nos parece, pues, que es muy importante descubrir por nosotros mismos si es posible mantener esa claridad de observación, realmente, no en teoría —realmente en el sentido del presente vivo, activo—. Uso esa palabra *pre-*

sente no en el sentido del tiempo como mañana o ayer u hoy. El presente activo es siempre presente, no tiene ayer ni mañana. Uno no debe tener la idea de que mañana poseerá esta energía vital, activa; tiene que percatarse del presente activo hacerlo con toda su capacidad, no sólo con la capacidad tecnológica, sino con todos sus poderes estéticos, con sus afectos, sus dolores, sus desdichas, con las frustraciones, las ambiciones y los fracasos y la agonía de la desesperación. ¿Es posible percatarse de todo eso y sostener la claridad de observación y el estado de inocencia en nuestra investigación? Si esto no es posible, ninguna acción que emprendamos tendrá un significado vital. Se volverá meramente mecánica.

Por favor, observen sus propias mentes. Ustedes no están escuchando a quien les habla. No se dejen atrapar por sus palabras; él sólo está describiendo y lo descrito no es el hecho. La palabra no es la cosa; la palabra *árbol* no es el hecho, el hecho es el árbol. Si observaran el árbol, la palabra tendría poca importancia.

Estamos formulando una pregunta fundamental y ustedes tienen que averiguar y descubrir la verdad al respecto. La pregunta es: ¿Puede la mente no perder *nunca* su claridad, su capacidad de razonar —no conforme a algún prejuicio, a cierta fantasía u opinión, a un determinado conocimiento— y mantenerse en un estado saludable sin rincones oscuros, corruptos, inexplorados? ¿Es eso posible? Para descubrirlo, uno tiene que darse cuenta de cuáles son las causas de esta decadencia. Ahora bien, estamos utilizando la palabra *causa* meramente para indicar la fuente desde la cual la mente se embota. Con el solo descubrimiento de la causa no van ustedes a liberar la mente. Pueden descubrir la causa de la enfermedad que padecen, pero tienen que hacer algo al respecto, tienen que visitar a un médico, tienen que operarse... tienen que

actuar. Pero casi todos pensamos que, descubriendo meramente la causa, hemos resuelto todo el problema. Y así la repetición prosigue. La repetición es uno de los factores del deterioro —el proceso repetitivo, la formación de hábitos y el vivir en esos hábitos—. Por lo tanto, el descubrimiento de la causa no va a liberar la mente del factor que la deteriora.

Uno de los principales factores del deterioro es la imitación —la imitación psicológica, no el ponerse una camisa o un abrigo, o ir a la oficina, o aprender una determinada técnica que uno repite; eso es demasiado superficial—. Se trata del mecanismo de formación de hábitos que operan en la mente, el cual, en los estados psicológicos, funciona como creencias, dogmas, opiniones.

Si observan, verán cómo sus mentes funcionan dentro de hábitos. La mente funciona de ese modo porque teme, en esencia, carecer de seguridad. Por consiguiente, uno de los verdaderos factores de deterioro es el temor, el temor psicológico, no el temor natural de ser mordido por una serpiente, temor gracias al cual uno se protege; ésa es una cuestión diferente.

Vean, una de nuestras dificultades es que siempre estamos satisfechos con las respuestas obvias y siempre formulamos las preguntas obvias. Tomemos el problema de la sencillez, de "ser sencillo". Nuestra respuesta inmediata, que es bastante obvia, perogrullesca y banal, es: uno debe tener sólo dos mudas de ropa y una sola comida al día. Entonces suponemos que somos muy sencillos. Eso no es sencillez en absoluto; raya en el exhibicionismo y es la aceptación tradicional de lo que se considera "sencillo". Pero la sencillez es algo por completo diferente. Ser sencillo significa tener una mente clara, sin conflicto, sin ambición, una mente que de ningún modo puede ser corrompida por sus propios deseos. Pero nosotros nos satis-

facemos muy fácilmente con lo obvio. Decimos que un hombre es santo porque lleva una vida muy simple, come una sola vez al día y tiene dos trajes; y pensamos que así hemos resuelto el problema de la sencillez. Ese hombre puede llevar un infierno adentro. Si está en conflicto, por santo que sea, no es un hombre sencillo, no es un hombre religioso.

Al tratar de descubrir cuáles son los factores de degeneración, uno no debe satisfacerse con las preguntas y las respuestas obvias. Tiene que dejarlas de lado y ver tras ellas, arrancarlas a fin de encontrar la verdad al respecto, y eso requiere energía. Esa energía adviene cuando de verdad no nos preocupa qué va a ocurrir con nuestra vida particular cuando seamos muy sencillos. Para descubrir los factores de deterioro, tenemos que investigar, formularnos la pregunta fundamental acerca de si una mente puede vivir sin hábitos, sin amoldarse. Esto implica toda la investigación con respecto a la autoridad, no sólo la autoridad impuesta sino también la autoridad de nuestras propias experiencias, conocimientos, visiones y demás. De este modo, uno comienza a ver que hay deterioro mientras la mente se halla en conflicto de cualquier clase y en cualquier nivel, consciente o inconsciente. Y nuestras vidas son, en su mayoría, un conflicto espantoso sin solución ni salida alguna, un conflicto interminable.

Por lo tanto, la pregunta es si el hábito, el conflicto y la imitación pueden terminar, no a la larga, no cuando uno muera, sino ahora, en el presente activo. Por *imitación* entiendo no la imitación superficial sino la psicológica, la imitación profundamente arraigada que llamamos método, que consiste en ajustarse a una disciplina, a un modelo —el modelo hindú, el modelo norteamericano, el modelo ruso, el modelo católico y demás—. Esa imitación surge sólo cuando existe el impulso, la búsqueda de con-

suelo en la seguridad, en la seguridad psicológica. Buscamos la seguridad psicológica interna; por eso no hay, para ninguno de nosotros, seguridad externa. Si reflexionan sobre esto, verán cuan verdadero es.

El deseo de estar seguros engendra miedo, miedo a vivir y miedo a morir. El miedo no es una cosa abstracta; está realmente ahí como nuestra sombra. En cada instante del día está ahí —miedo a nuestro jefe, miedo a nuestra esposa o nuestro esposo, miedo a la pérdida. Y con ese miedo tratamos de vivir. Por lo tanto, no sabemos qué es vivir. ¿Cómo es posible que viva una mente que tiene miedo? Puede construirse un refugio, puede aislarse, puede seguir una norma, una ilusión religiosa, una ficción; puede vivir en todo eso, pero eso no es *vivir*. Y este miedo hace que la muerte sea algo muy lejano. Ponemos la muerte muchos años delante de nosotros, creamos una gran distancia entre ese hecho y la ilusión que el miedo a creado, a la que llamamos vivir. Por eso nuestra vida no es rica ni plena. No quiero decir plena de conocimientos o rica en estudio de libros o en leer el libro más reciente y hablar sin cesar al respecto. Quiero decir "vida rica" en el sentido de que comprende, de que es clara, aguda, despierta, activa, llena de energía y eficiente en su propia observación y disciplina; por lo tanto, puede ver un árbol y disfrutar el árbol, contemplar las estrellas, mirar sin envidia a la gente. Una vida semejante no es, en consecuencia, una vida de ambición, codicia y adoración del éxito.

Por favor, señores, quien les habla quiere decir exactamente lo que expresa. Estas no son sólo palabras para que ustedes las escuchen y después vuelvan a su vieja vida. Hablamos acerca de algo muy, muy serio. Tiene que haber una generación nueva, gente nueva, mentes nuevas, no las viejas mentes muertas con sus miedos, su corrupción, sus nacionalidades, sus pequeños gobiernos

mezquinos. Tiene que surgir a la existencia un nuevo ser humano a fin de resolver este inmenso problema del vivir, y nadie va a crear a ese ser humano, nadie excepto ustedes y yo. Y ustedes tienen que hacerlo, no en alguna generación futura sino inmediatamente, lo cual implica que uno ha de ver la urgencia del problema. Miren, cuando uno ve la urgencia de algo que necesita ser hecho inmediatamente, surgen todas sus capacidades, toda su energía, toda su eficiencia. Uno no tiene que cultivarlas, están ahí cuando sentimos la urgencia de algo —al igual que la urgencia del hambre—, y entonces actuamos.

No sabemos qué es vivir, no sabemos qué es morir. La cosa que llamamos "vivir" es una tortura con algunos placeres ocasionales, que son sensaciones: estar bien nutridos, tener una buena comida, sexo, manejar un buen automóvil, o desear manejar un buen automóvil, o sentir envidia de quienes manejan un buen automóvil y así sucesivamente. Esa es nuestra vida. Por favor, obsérvense y verán qué feo y brutal se ha vuelto el vivir, sin nada de amor, sin belleza, sin nada que nos importe de verdad. Esa es nuestra vida, y estamos satisfechos con eso. Lo toleramos. No decimos: "Voy a abrirme paso y a descubrir". Inventamos toda clase de razones falsas y espurias.

Para vivir de manera plena, completa, uno no puede tener un ideal "allá" y vivir "aquí". El ideal no tiene sentido, es una ficción. El hecho es nuestro afán cotidiano, nuestras ansiedades, esperanzas y temores de cada día. Eso es lo real, y a eso nos acostumbramos; con el recuerdo de nuestras torturas, esperanzas, temores, ambiciones, nos volvemos para mirar a la muerte, la cual está muy lejos. ¿Qué ocurre, entonces? Nos atemoriza la muerte y nos atemoriza el vivir.

Descubrir qué es la muerte exige una mente libre de temor. No sé si han observado a los pilotos —esos que

vuelan aviones extraordinarios con velocidades de mil millas y más por hora—, cómo están entrenados más que todos los yoguis juntos. Tienen que enfrentarse a la muerte y, en consecuencia, su respuesta debe ser inmediata, inconsciente. Están adiestrados durante años para afrontar la muerte; a fin de sobrevivir, tienen que responder instantáneamente a todos los instrumentos, a todas las órdenes. Esa es una manera de no tener miedo a la muerte —o sea, adiestrarnos tan completamente, estar tan privados de voluntad propia que, ante las órdenes de otro, muramos por nuestro país y todo el resto de esa insensatez—. Luego está la muerte por suicidio; o sea, uno se enfrenta a la vida y la vida no tiene sentido; entonces uno tiene que poner fin a las cosas, y salta desde un puente o toma unas píldoras. Después está el otro modo, el así llamado religioso: tenemos creencias extraordinarias en la reencarnación, la resurrección, y racionalizamos la muerte, porque vamos a vivir la misma clase de existencia espantosa en la próxima vida, con la tortura, la agonía, la desesperación, las mentiras, la hipocresía. Y estamos satisfechos con estas creencias porque transitoriamente nos brindan consuelo, ocultan nuestro temor.

Ahora bien, todas estas maneras de morir son muy corrientes, irreales y poco confiables. Hablamos de una forma diferente de morir, la cual consiste en vivir con la muerte. ¿Comprenden? Vivir con la muerte, no tener este intervalo de tiempo entre uno y el final. El final puede llegar de aquí a cincuenta o cien años, o los médicos y científicos pueden añadirle otros cincuenta años, pero el final inevitable está ahí. Hablamos de un vivir voluntario con la muerte. Voy a investigar eso porque es la única manera de resolver toda la cuestión de la muerte, no mediante creencias o ideales, no mediante la estructura del temor y todas esas cosas.

Para que puedan descubrir qué es la muerte, no debe haber una distancia entre la muerte y ustedes que están viviendo con sus preocupaciones; tienen que comprender el significado de la muerte y vivir con ella mientras están moderadamente alerta, no por completo muertos, todavía no muertos totalmente. Eso que llamamos muerte es el final de todas las cosas que conocemos. Nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestro trabajo, nuestras ambiciones, las cosas que hemos construido, las que deseamos hacer, las que no hemos terminado, las que hemos estado tratando de concluir... hay un final para todo esto cuando llega la muerte. Ese es el hecho: el final. Lo que ocurre después es completamente otro asunto. Eso no es importante, porque ustedes no inquirirían en lo que ocurre después si no hubiera miedo. Entonces la muerte se vuelve algo extraordinario —no desde un punto de vista sádico, anormal o enfermizo—, porque entonces la muerte es lo desconocido, y en lo desconocido hay una belleza inmensa.

Estas no son sólo palabras.

Para descubrir, pues, todo el significado de la muerte, lo que ésta implica, y ver su inmensidad —no sólo la tonta, simbólica imagen de la muerte—, deben cesar por completo este miedo a vivir y el miedo a morir, cesar no sólo conscientemente sino también muy en lo profundo. Estando nuestra vida vacía, tratamos de darle un significado, un sentido. Preguntamos: "¿Cuál es el propósito del vivir?". Debido a que nuestras propias vidas son tan vacías, superficiales, inútiles, pensamos que debemos tener un ideal por el cual vivir. Todo eso es una insensatez. El miedo es el origen de la separación entre el hecho que llamamos muerte y el hecho que llamamos vivir. ¿Qué significa eso en realidad, no teóricamente? No estamos discutiendo las cosas teóricamente, no discutimos para formular meramente una idea, un concepto. No hacemos

eso. Hablamos de hechos, y si ustedes reducen un hecho a una mera teoría, ésa es su propia desdicha; vivirán a la sombra de su propio temor y la vida que lleven terminará desdichadamente, tal como ha comenzado desdichadamente.

Tienen que descubrir, pues, cómo vivir con la muerte; no un método, no pueden tener un método para vivir con algo que no conocen. No pueden tener una idea y decir: "Dígame cuál es el método y lo practicaré y viviré con la muerte"; eso no tiene sentido. Deben descubrir qué significa vivir con algo que debe ser asombroso, deben verlo realmente, sentirlo; deben tener conciencia de esta cosa llamada muerte a la que temen tan terriblemente. ¿Qué significa vivir con algo que no conocen? No sé si alguna vez han pensado siquiera en la muerte de ese modo. Probablemente no. Estando atemorizados de ella, todo cuanto han hecho es tratar de evitarla no mirándola o lanzándose a algún ideal prometedor. Pero lo que realmente tienen que hacer es formularse la pregunta fundamental acerca de si es posible descubrir qué significa la muerte y averiguar si pueden vivir con ella como viven con la esposa, los hijos, el empleo, la ansiedad... Ustedes viven con todo eso, ¿verdad? Viven con su aburrimiento, con sus temores. ¿Pueden vivir del mismo modo con algo que no conocen?

A fin de descubrir qué significa vivir no sólo con la cosa llamada vida sino también con la muerte, que es lo desconocido, a fin de investigarlo muy profundamente, debemos morir para todas las cosas que conocemos. Hablo del conocimiento psicológico, no de conocer cosas como la casa de uno, la oficina; si no tuviéramos ese conocimiento, mañana no podríamos ganarnos nuestro sustento o perderíamos nuestro trabajo, o no tendríamos qué comer. Hablamos de morir para las cosas a las que se aferra

nuestra mente. Vean, nosotros queremos morir para las cosas que nos causan dolor; queremos morir para los insultos, pero nos aferramos a los halagos. Queremos morir para el dolor, pero nos aferramos con inflexible determinación al placer. Por favor, observen su propia mente. ¿Pueden morir para el placer, no a la larga sino ahora? Porque ustedes no razonan con la muerte, no pueden sostener una prolongada discusión con la muerte. Tienen que morir voluntariamente para su placer, lo cual no quiere decir que se vuelvan ásperos, brutales, desagradables, como uno de esos santos. Por el contrario, se vuelven sumamente sensibles, a la belleza, a la suciedad, a la escualidez; y, siendo sensibles, cuidan infinitamente de todo.

¿Es posible morir para las cosas, para lo que conocemos acerca de nosotros mismos? Morir —tomo un ejemplo muy, muy superficial— para un hábito, desechar un hábito en particular, ya sea la bebida o el cigarrillo, una determinada comida, o el hábito del sexo; apartarse de ello completamente y sin esfuerzo alguno, sin lucha, sin conflicto, sin decir: "Debo renunciar a ello". Entonces verán que han dejado atrás el conocimiento, la experiencia, el recuerdo de todas las cosas que han conocido y aprendido y por las cuales han estado viviendo. En consecuencia, ya no tienen más miedo, y la mente posee una claridad asombrosa para observar qué es este fenómeno extraordinario que ha atemorizado al hombre durante milenios, para observar algo con lo que nos enfrentamos, algo que no pertenece al tiempo y que es enteramente lo desconocido. Observar de este modo es posible sólo para la mente libre de temor y, por lo tanto, libre de lo conocido: lo conocido de nuestra ira, nuestras ambiciones, nuestra codicia, nuestras pequeñas búsquedas triviales. Todas estas cosas son lo conocido. Tienen que morir para ellas,

abandonarlas voluntariamente, renunciar a ellas fácilmente, sin conflicto alguno. Y eso *es* posible, no se trata de una teoría. Entonces la mente se rejuvenece, se vuelve fresca, joven, inocente; por lo tanto, puede vivir con esa cosa llamada muerte.

Entonces verán ustedes que la vida tiene una naturaleza por completo distinta. Entonces la vida y la muerte no están divididas, son una sola cosa, porque uno está muriendo a cada instante del día a fin de vivir. Y uno debe morir cada día para vivir; de lo contrario, al igual que una grabación, transporta la repetición de un día para el otro repitiendo, repitiendo, repitiendo.

Por lo tanto, cuando uno perciba realmente el perfume de esta cosa, cuando lo perciba no con la nariz de alguna otra persona, sino con *su* propia nariz, cuando lo lleve en su respiración, en su ser, no en ciertas raras ocasiones sino todos los días, despierto y dormido, verá por sí mismo, sin que nadie se lo diga, qué cosa extraordinaria es vivir, vivir con la realidad, no con palabras y símbolos, vivir con la muerte y, por lo tanto, vivir a cada instante en un mundo donde no impera lo conocido, sino que siempre existe la libertad con respecto a lo conocido. Sólo una mente así puede ver qué es la verdad, qué es la belleza, y ver aquello que existe de lo eterno a lo eterno.

De El Vuelo del Aguila,

La Totalidad de la Vida, Amsterdam, 11 de mayo de 1969

LUEGO ESTA la cuestión del morir, que hemos apartado cuidadosamente de nosotros como algo que va a ocurrir en el futuro, un futuro que puede ser dentro de cincuenta años o quizá mañana. Tenemos miedo a terminarnos, de llegar físicamente al final y ser separados de las cosas que hemos poseído, por las que hemos trabajado y que hemos experimentado: la esposa, el marido, la casa, los muebles, el pequeño jardín, los libros y los poemas que hemos escrito o pensábamos escribir. Tememos abandonar todo eso porque *somos* los muebles, *somos* la pintura que poseemos; cuando tenemos la capacidad de tocar el violín, *somos* ese violín. A causa de que nos hemos identificado con todas esas cosas, somos todo eso y nada más. ¿Lo han considerado alguna vez de ese modo? Ustedes son la casa, con las persianas, el dormitorio, los muebles que poseen y que han pulido muy esmeradamente durante años; eso es lo que son. Si eliminan todo eso, no son nada.

Y eso es lo que temen: no ser nada. ¿No es muy extraño cómo pasa uno cuarenta años yendo a la oficina, y cuando deja de hacer estas cosas sufre un ataque al corazón y muere? Uno *es* la oficina, los archivos, el gerente, el amanuense o cualquiera que sea el puesto que ocupe; uno

es eso y nada más. Y tenemos muchísimas ideas acerca de Dios, la bondad, la verdad, ideas de lo que la sociedad debería ser; eso es todo. En eso hay dolor. Darnos cuenta de que somos eso es un gran dolor, pero el mayor dolor es que no nos damos cuenta. Verlo y descubrir qué significa, es morir para ello.

La muerte es inevitable. Todos los organismos tienen que acabarse. Pero tenemos miedo de abandonar el pasado. Somos el pasado. Somos tiempo, dolor y desesperación, con alguna percepción ocasional de la belleza, un florecimiento de bondad o de profunda ternura como algo fugaz, no perdurable.

Estando atemorizados de la muerte, decimos: "¿Volveré a vivir?", lo cual implica continuar con la batalla, el conflicto, la desdicha, la posesión de cosas, la experiencia acumulada. Todo el Oriente cree en la reencarnación. Desearíamos ver reencarnado aquello que somos. Pero somos todo esto: este lío, esta confusión, este desorden. La reencarnación implica, también, que naceremos a otra vida; por lo tanto, lo que importa es lo que hacemos ahora, hoy, no cómo vamos a vivir cuando nazcamos en nuestra próxima vida —si es que existe tal cosa—. Si vamos a nacer nuevamente, lo que importa es cómo vivimos hoy, porque el hoy va a sembrar la semilla de la belleza o la semilla del dolor. Pero aquéllos que creen tan fervientemente en la reencarnación, no saben cómo comportarse; si se interesaran en su conducta, entonces no estarían preocupados por el mañana, porque la bondad se encuentra en la atención que prestamos al hoy.

El morir forma parte del vivir. Ustedes no pueden amar sin morir, morir para todo lo que no es amor, morir para todos lo ideales que son la proyección de sus propias exigencias internas, morir para todo el pasado, para la experiencia, de modo que sepan lo que significa el amor y,

por lo tanto, sepan lo que significa vivir. Vivir, amar y morir son, pues, la misma cosa, la cual consiste en vivir de manera total, completa, *ahora*. Entonces hay una acción que no es contradictoria y que no trae consigo dolor y sufrimiento; existe un vivir, amar y morir cuya acción es orden. Y si uno vive de esa manera —y *debe* hacerlo, no en momentos ocasionales sino cada día, a cada instante—, entonces tendremos orden social, unidad del hombre, y los gobiernos serán manejados por las computadoras, no por los políticos con sus ambiciones y condicionamientos personales. De este modo, vivir es amar y es morir.

Bombay,
24 de febrero de 1965

HAY UNA ENREDADERA, creo que la llaman "gloria de la mañana", que tiene ese color azul pálido que sólo las flores poseen, o un color púrpura profundo con un toque de malva, o un blanco peculiar. Sólo las flores vivas poseen estos colores. Esas flores con forma de trompeta surgen floreciendo en la mañana y en unas cuantas horas mueren. En su muerte son casi tan bellas como cuando estaban vivas. Florecen por unas pocas horas y dejan de existir, y en la muerte no pierden su cualidad de flor. Y nosotros vivimos durante treinta, cuarenta, sesenta, ochenta años en medio de gran conflicto, desdicha, placeres pasajeros, y morimos más bien míseramente, sin deleite en nuestro corazón; en la muerte somos tan feos como lo fuimos en vida.

Voy a hablar acerca del tiempo, el dolor y la muerte. Debemos, creo, tener muy en claro que hablamos no de ideas sino sólo de hechos. Esa flor, al abrirse plena de belleza, delicada, con su fina fragancia, es un hecho. Y su muerte al cabo de unas pocas horas cuando llega el viento y el sol se levanta, y la belleza de esa flor aun en la muerte, también son un hecho. Así que vamos a tratar con hechos y no con ideas.

Ustedes pueden imaginar, si es que tienen imaginación, el color de esas flores. Pueden tener una representación mental, evocar mentalmente una imagen de esa enredadera con sus delicados colores, las flores de colores exquisitos, su extraordinaria belleza. Pero la imagen, la idea que tengan de la enredadera, el sentimiento en relación con ella, no *es* la enredadera. La enredadera con sus flores es un hecho. Y la idea acerca de las flores, si bien es un hecho, no es real. Por medio de una idea, ustedes no están realmente en contacto con la flor. Pienso que esto debe tenerse presente: que estamos tratando con hechos y no con ideas, y que no podemos tocar un hecho de manera directa, íntima y concreta, establecer contacto con él, por medio de una idea. La muerte no puede ser experimentada. Uno no puede entrar directamente en contacto con ella a través de una idea. Casi todos vivimos a base de ideas, conceptos, memoria; y así jamás establecemos contacto con nada. Estamos principalmente en contacto con nuestras ideas, pero no con los hechos.

Voy a hablar acerca del tiempo, del dolor y de ese fenómeno extraño llamado "muerte". Uno puede o bien interpretarlos como ideas, como conclusiones, o puede entrar en contacto directo con todo el problema del tiempo y la dimensión del tiempo. Uno puede entrar directamente en contacto con el dolor, o sea, con ese sentimiento de aflicción extraordinaria. Y también puede entrar directamente en contacto con esa cosa llamada "muerte". O bien establecemos un contacto directo con el tiempo, el dolor, al amor y la muerte, o los tratamos como una serie de conclusiones: la inevitabilidad de la muerte o las explicaciones al respecto. Las explicaciones, conclusiones, opiniones, creencias, los conceptos y los símbolos, no tienen absolutamente nada que ver con la realidad, con la realidad del tiempo, la realidad del dolor, la realidad del amor

y de la muerte. Si ustedes van meramente a vivir o a considerar la dimensión del tiempo, el dolor o la muerte —o entran o esperan entrar en contacto con ella— por medio de sus ideas u opiniones, entonces lo que vamos a decir tendrá en conjunto muy poco sentido. De hecho, no estarán escuchando en absoluto, sólo oirán palabras; y al estar en contacto con sus propias ideas, conclusiones y opiniones, no estarán en contacto directo con esos hechos.

Por "contacto" entiendo lo siguiente: Puedo tocar esta mesa, estoy directamente en contacto con la mesa; pero no estoy en contacto con la mesa si tengo ideas de cómo debería tocar la mesa. De este modo, la idea me impide entrar en contacto directamente, de manera íntima y enérgica. Si ustedes no se hallan directamente en contacto con lo que se está diciendo, entonces continuarán derrochando la vida. Tenemos esta vida para vivir. No estamos discutiendo la vida futura, enseguida llegaremos a eso. Tenemos esta vida para vivir. Hemos vivido derrochándola, sin que la vida en sí tuviera significado alguno. Vivimos atormentados, en medio de la desdicha, el conflicto, etc., y jamás hemos estado en contacto con la vida en sí. Y sería una tremenda lástima —al menos así lo creo— si ustedes fueran a estar meramente en contacto con ideas y no con los hechos.

Vamos a hablar acerca del tiempo. No sé si han pensado alguna vez acerca de esta cosa llamada "tiempo" —no en abstracto, no como una idea, una definición—, si realmente han entrado en contacto con el tiempo. Cuando tienen hambre, están directamente en contacto con el hambre. Pero lo que "deberían" comer, cuánto deberían comer, el placer que desean obtener de la comida, etc., ésas son ideas. El hecho es una cosa y la idea es otra. Para comprender, pues, esta extraordinaria cuestión del tiempo, debemos estar íntimamente en contacto con él, no me-

diante ideas, conclusiones, sino de manera íntima, directa; debemos estar en tremenda intimidad con el tiempo. Entonces seremos capaces de investigar la cuestión del tiempo y ver si la mente puede hallarse libre del tiempo.

Existe, obviamente, la cuestión del tiempo cronológico, el tiempo del reloj. Es obvio que ese tiempo resulta necesario. En él está involucrada la cuestión de la memoria, el planear, concebir, etc. No estamos discutiendo ese tiempo, el tiempo cronológico de cada día. Vamos a hablar acerca de un tiempo que no es el tiempo del reloj. No vivimos tan sólo a base del tiempo cronológico; vivimos mucho más a base de un tiempo que no es el del reloj. Para nosotros, ese tiempo que no es el cronológico, resulta mucho más importante, tiene mucha más significación que el tiempo del reloj. O sea, si bien el tiempo cronológico tiene importancia, lo que tiene mayor importancia y significación, mayor validez para casi toda la gente, es el tiempo psicológico, el tiempo como continuidad, el tiempo como ayer, un millar de ayeres y tradiciones; el tiempo no sólo como el presente sino también como el futuro.

Tenemos, pues, el tiempo como el pasado —siendo el pasado la memoria, el conocimiento, la tradición, las experiencias, las cosas recordadas— y el presente, que es el pasaje del ayer hacia el tiempo de mañana, el cual es moldeado, controlado por el pasado a través del presente. Ese tiempo, no el del reloj, tiene para nosotros tremenda importancia. Y en esa dimensión del tiempo vivimos. Vivimos con el pasado en conflicto con el presente, el cual crea el mañana. Esto es un hecho obvio, no hay nada complejo al respecto. Está, pues, el tiempo como continuidad, y existe el tiempo como el futuro y el pasado; y el pasado moldea nuestro pensar, nuestra actividad, nuestra perspectiva y, de este modo, condiciona el futuro.

Usamos el tiempo como medio para evolucionar, pa-

ra realizarnos, para cambiar gradualmente. Usamos el tiempo porque somos indolentes, perezosos. Debido a que no hemos descubierto el modo de transformarnos inmediatamente, o debido a que nos atemoriza el cambio inmediato y las consecuencias del cambio, decimos: "Cambiaré gradualmente". Por lo tanto, utilizamos al tiempo como un medio de postergación, como un medio para realizarnos gradualmente y como un medio para cambiar. Necesitamos el tiempo del reloj para aprender una técnica; para aprender un idioma necesitamos unos cuantos meses. Pero usamos el tiempo —el tiempo psicológico, no el tiempo del reloj— como un medio para cambiar, y así introducimos el proceso gradual: "Me realizaré gradualmente; llegaré a ser: soy esto y, con el transcurso del tiempo, me convertiré en aquello".

El tiempo es el producto del pensamiento. Si uno no pensara acerca del mañana o no regresara con el pensamiento al pasado, estaría viviendo en el ahora. No habría ni futuro ni pasado; uno estaría viviendo completamente en el día, dando al día su más plena, rica y completa atención. Y puesto que no sabemos cómo vivir de manera tan completa, total, plena, cómo vivir con tal urgencia en el hoy, produciendo en el hoy una transformación completa, hemos inventado la idea del mañana: "Cambiaré mañana, me ajustaré mañana", etc. De ese modo, el pensamiento crea el tiempo psicológico, y el pensamiento también produce temor.

Por favor, sigan todo esto. Si no comprenden estas cosas ahora, no las comprenderán al final. Serán nada más que palabras, y a ustedes les quedarán cenizas.

Casi todos tenemos temores: temor al médico, temor a la enfermedad, temor a no realizarnos, temor a la vejez, temor a la pobreza... éstos son temores externos. Luego hay mil y un temores internos: el temor a la opinión pú-

blica, el temor a la muerte, a quedarnos completamente solos y tener que enfrentarnos a la vida sin compañía alguna, el temor al aislamiento, el temor de no alcanzar lo que llamamos "Dios". El hombre tiene mil y un temores. Estando atemorizado, o bien recurre a una vasta red de escapes sutiles o groseros, o racionaliza estos temores, o se vuelve neurótico porque no puede comprenderlos y resolverlos, o huye del temor, de los diversos temores, mediante la identificación o las actividades sociales, las reformas, la adhesión a un partido político, etcétera.

Por favor, no estoy discutiendo sobre ideas, sino que hablo de lo que realmente ocurre en cada uno de nosotros. De modo que ustedes no están meramente interpretando mis palabras, sino que, mediante las palabras que se usan, se están observando a sí mismos. Se observan no a través de ideas, sino entrando directamente en contacto con *el hecho* de que están atemorizados, el cual es por completo diferente de *la idea* de que están atemorizados.

A menos que comprendan la naturaleza del temor y estén completamente libres de él, sus dioses, sus escapes, sus actividades en todo tipo de trabajo social, etc., no tienen ningún sentido, porque entonces son seres humanos destructivos, explotadores, y no pueden resolver este temor. Un ser humano neurótico a causa de sus innumerables temores, haga lo que hiciere —por bueno que ello pueda ser— siempre introducirá en su actividad la semilla de la destrucción, la semilla del deterioro, porque con su acción escapa del hecho.

Casi todos estamos atemorizados, tenemos temores secretos y escapamos de ellos. Al escapar del hecho, los objetos hacia los cuales escapamos se vuelven mucho más importantes que el hecho. ¿Comprenden? Siento temor; he escapado de él mediante la bebida, yendo al templo, acudiendo a Dios y demás; de ese modo, Dios, el templo,

el bar se vuelven mucho más importantes que el temor. Protejo a Dios, el templo, el bar mucho más vigorosamente, porque para mí ellos se vuelven extraordinariamente importantes, son los símbolos que me aseguran que puedo escapar del temor. El templo, Dios, el nacionalismo, el compromiso político, las fórmulas que tenemos se vuelven mucho más importantes que solucionar el temor. Por lo tanto, a menos que resuelvan ustedes totalmente el temor, no pueden comprender qué es el temor, qué es el amor o qué es el dolor.

Una mente de verdad religiosa, de verdad inclinada a lo social, una mente creativa, tiene que desechar completamente o comprender o resolver este problema del temor. Si uno vive con temor de cualquier clase, está malgastando su vida, porque el temor genera oscuridad. No sé si ustedes han advertido qué les ocurre cuando están atemorizados por algo. Todos sus nervios, el corazón, todo se pone tieso, rígido, todo se atemoriza. ¿No lo han notado? No sólo hay temor físico, sino también temor psicológico, el cual es mucho más fuerte. El temor físico, que es una repuesta física autoprotectora, es natural. Cuando vemos una serpiente saltamos, escapamos de ella; ése es un temor natural de autoprotección. No es realmente temor, es sólo una reacción para vivir, la cual no es temor, porque reconocemos el peligro y nos alejamos. Estamos hablando no sólo del temor físico, sino mucho más del temor que ha sido creado por el pensamiento.

Vamos a investigar esta cuestión del temor. A menos que sigan la investigación paso a paso, no serán capaces de resolver el temor. Vamos a entrar en contacto directo con el temor, no con lo que los atemoriza. Lo que los atemoriza es una idea, pero el temor mismo no es una idea. Supongamos que le tienen miedo a la opinión pública, a la muerte —como ocurre con la mayoría de la gente, con

los jóvenes y los viejos—. No importa qué es lo que los atemoriza. Veamos nuestro propio ejemplo: tomaré la muerte. Le temo a la muerte. El temor existe solamente en relación con algo. Le temo a la opinión pública. Me atemoriza la muerte, me atemoriza la oscuridad, me atemoriza perder un trabajo. El temor surge, pues, en relación con algo.

Digamos que siento temor ante la muerte. He visto la muerte. He visto cremar los cuerpos. He visto una hoja muerta cayendo al suelo. He visto muchísimas cosas muertas. Y tengo miedo de morir, de terminarme. Y bien, existe este temor en relación con la muerte, con la soledad, con muchísimas cosas. ¿Cómo he de mirar el temor o cómo he de establecer contacto con él, tal como establezco contacto con una mesa? ¿Me expreso con claridad? Para entrar directamente en contacto con el temor —espero que lo estén haciendo, no que estén escuchando meramente las palabras—, para poder entrar directamente en contacto con esa emoción, con ese sentimiento llamado "temor", no tienen que intervenir en ello para nada la palabra, el pensamiento, la idea del temor. ¿De acuerdo? Es decir, para entrar en contacto con una persona, tengo que tocar su mano, tengo que sostener su mano. Pero no entro en contacto con esa persona, aunque pueda sostener su mano, si tengo ideas acerca de ella, si tengo prejuicios, si me agrada o me desagrada. A pesar de que sostengo su mano, la imagen, la idea, el pensamiento me impiden establecer un contacto directo con esa persona. De igual manera, para establecer un contacto directo con nuestro temor —con nuestro temor particular, consciente o inconsciente— tenemos que entrar en contacto con ese temor, no a través de nuestra idea acerca del temor.

Por lo tanto, antes que nada, debemos ver cómo la idea interfiere con la posibilidad de establecer contacto.

Cuando comprendemos eso, ya no combatimos la idea. Cuando uno comprende la idea —siendo idea la opinión, la fórmula y demás—, está directamente en contacto con su temor y no hay escape alguno, ni verbal, ni por medio de una conclusión, de una opinión o de lo que fuere. Cuando establezcan, en ese sentido, contacto con el temor, descubrirán —tal como descubren, cuando discutimos algo, de *qué* estamos hablando— que el temor desaparece por completo. Y la mente debe estar libre de todos los temores, no sólo de los temores secretos sino también de los obvios, de los temores conscientes. Sólo entonces podremos considerar la cosa llamada dolor.

Vean, el hombre ha vivido con el dolor durante muchos miles, millones de años. Ustedes han vivido con el dolor y no lo han resuelto. O bien lo veneran como un medio para alcanzar la iluminación, o escapan de él. Ponemos el dolor simbólicamente sobre un pedestal identificándolo con una persona, o lo racionalizamos, o huimos de él. Pero el dolor permanece ahí.

Entiendo por dolor la pérdida de alguien, el dolor del fracaso, el dolor que se abate sobre nosotros cuando vemos que somos ineficientes, incapaces, el dolor que surge cuando encontramos que no hay amor en nuestro corazón, que vivimos por completo a base de nuestra mente fea y mezquina. Está el dolor de perder a alguien a quien creemos amar. Vivimos con este dolor noche y día, sin terminar jamás con él, sin ir más allá. Además, una mente abrumada por el dolor se vuelve insensible, se encierra en sí misma, carece de afecto, de simpatía; puede demostrar simpatía verbalmente, pero en sí misma, en lo profundo, carece de simpatía, de afecto, de amor. Y el dolor engendra autocompasión. La mayoría de nosotros lleva esta carga durante toda su vida y no parece capaz de terminar con ella. Y está el dolor del tiempo. ¿Compren-

den? Arrastramos este dolor hasta el final de nuestra vida sin poder resolverlo. Existe un dolor mayor aún: vivir con algo que no podemos comprender, algo que devora nuestro corazón y nuestra mente, que oscurece nuestra vida. También está el dolor de la soledad, de sentirse uno completamente solo, aislado, sin compañía alguna, separado de todo contacto, dolor que finalmente conduce a un estado neurótico, a la dolencia mental y a enfermedades psicosomáticas.

Hay un dolor inmenso, no sólo el de un ser humano sino también el dolor de la raza. ¿Cómo resuelven ustedes el dolor? Tienen que resolverlo, tal como resuelven el temor. El futuro no existe —ustedes pueden inventarlo— para una persona que vive con inteligencia, que es sensible, activa, joven, fresca e inocente. Por lo tanto, uno tiene que resolver el temor y tiene que terminar con el dolor.

Terminar con el dolor es establecer contacto con ese sentimiento extraordinario, hacerlo sin autocompasión, sin opiniones, sin fórmulas, sin explicaciones; es entrar uno directamente en contacto con ello, como podría entrar en contacto con una mesa. Y ésa es una de las cosas más difíciles de hacer para la gente: desechar las ideas y establecer un contacto directo.

Después está el problema de la muerte y, con éste, el problema de la vejez. Todos sabemos que la muerte es inevitable, inevitable a causa de la edad avanzada, de la senilidad, de la enfermedad, de algún accidente. Aunque los científicos tratan de prolongar la vida por otros cincuenta años o más, la muerte es inevitable. ¡Sólo Dios sabe por qué quieren prolongar esta dolorosa existencia! Pero eso es lo que deseamos. Y para comprender la muerte, debemos establecer contacto con la muerte; ello requiere una mente sin temor, que no piense en términos de tiempo, que no esté viviendo en la dimensión del tiempo. He-

mos colocado a la muerte al final de la vida; está allá, en alguna parte, a la distancia. Tratamos de ponerla tan lejos como sea posible y que demore lo más que se pueda. Sabemos que existe la muerte. Por consiguiente, inventamos el más allá. Decimos: "He vivido, he formado un carácter, he hecho cosas. ¿Todo eso termina en la muerte? Tiene que haber un futuro". El futuro, el más allá, la reencarnación... son todas maneras de escapar del hecho de hoy, del hecho de entrar en contacto directo con la muerte.

Piensen en la vida que viven. ¿Qué es? ¡Observen realmente la vida que desean prolongar! ¿Qué es esa vida de ustedes? Una batalla constante, una constante confusión, algún ocasional destello de placer... y aburrimiento, dolor, miedo, angustia, desesperación, celos, envidia, ambición. Esa es, de hecho, la vida de ustedes, con las enfermedades, la trivialidad cotidiana. ¡Y esa vida desean prolongarla después de la muerte!

Y si creen en la reencarnación —como se supone que creen, como sus Escrituras lo dicen—, lo que importa, entonces, es lo que son *ahora*. Porque lo que son ahora va a condicionar su futuro. Por lo tanto, lo que son ahora, lo que hacen, piensan y sienten ahora, el modo como viven, todo esto importa infinitamente. Si ni siquiera creen en la reencarnación, entonces sólo existe esta vida. Entonces importa tremendamente lo que hacen, lo que piensan, lo que sienten, si explotan o no explotan, si aman, si tienen simpatía, si son sensibles, si hay en ustedes belleza. Pero para vivir así, uno tiene que comprender la muerte y no ponerla lejos, al final de su vida, la cual es una vida de dolor, miedo, desesperación e incertidumbre. Por consiguiente, uno tiene que traer la muerte cerca, o sea, tiene que morir.

¿Saben lo que es morir? Han visto suficientemente la muerte. Han visto cómo llevan el cuerpo de un hombre al

lugar de cremación donde será destruido. Han visto la muerte. La mayoría de la gente tiene miedo de eso. La muerte es como muere esa flor, como muere esa enredadera con todas sus glorias de la mañana. Muere con esa belleza, con esa delicadeza, muere sin penas, sin argumentos; se termina. Pero nosotros escapamos de la muerte por medio del tiempo, diciendo que "está allá". Decimos: "Tengo unos cuantos años más para vivir y naceré en la próxima vida", o: "Esta es la única vida; por lo tanto, aprovechémosla lo mejor posible, divirtámonos lo más que podamos, convirtámosla en el más grande de los espectáculos". Y así jamás establecemos contacto con esa cosa extraordinaria llamada muerte. La muerte es morir para todo lo del pasado, es morir para nuestro placer.

¿Alguna vez han intentado, sin argumentos, sin persuasión, sin compulsión, sin necesidad, morir para un placer? Van a morir inevitablemente. ¿Pero han tratado de morir hoy, fácilmente, dichosamente, para su placer, para sus recuerdos, sus odios, sus ambiciones, su apremio por ganar dinero? Todo lo que desean de la vida es dinero, posición, prestigio, poder y la envidia de otro. ¿Pueden morir para esas cosas que conocen, morir fácilmente, sin argumentar, sin ninguna explicación? Por favor, tengan en cuenta que no están oyendo unas cuantas palabras e ideas, sino que realmente establecen contacto con un placer —un placer sexual, por ejemplo— y mueren para él. De cualquier modo, eso es lo que van a hacer. Van a morir, o sea, morir para todo lo que conocen: su cuerpo, su mente, las cosas que han reunido. Por eso dicen: "¿Es eso todo? ¿Toda mi vida va a terminar en la muerte?". Todas las cosas que han hecho, el servicio social, los libros, el conocimiento, las experiencias, los placeres, los afectos, la familia, todo termina en la muerte. Eso está enfrentándolos. O bien mueren para esas cosas ahora, o morirán

inevitablemente cuando llegue el momento. Sólo una persona inteligente que comprende todo el proceso es una persona religiosa.

El hombre que viste ropas de sanyasi, que se deja crecer la barba, que acude al templo y escapa de la vida, no es una persona religiosa. La persona religiosa es la que muere cada día y renace cada día. Su mente es joven, inocente, fresca. Mueran para su dolor, mueran para su placer, mueran para las cosas que guardan secretamente en su corazón; háganlo, y de ese modo verán que no desperdician su vida. Entonces encontrarán algo que es increíble que nadie lo haya percibido nunca. Esto no es una recompensa. Tampoco existe recompensa alguna. Uno muere de buena gana o muere inevitablemente. *Tiene* que morir con naturalidad, cada día, como muere la flor, que florece rica, plena, y después muere para esa belleza, para esa riqueza, para ese amor, esa experiencia y ese conocimiento. Muriendo para eso cada día, uno renace, de modo que tiene una mente nueva.

Ustedes necesitan una mente nueva; de lo contrario, no saben lo que es el amor. Si no mueren, el amor de ustedes es meramente memoria, es un amor atrapado en la envidia, en los celos. Tienen que morir cada día para todo lo que conocen, para su odio, sus insultos, sus halagos. Morir para todo ello; entonces verán que el tiempo nada significa. Entonces no hay mañana, sólo existe el *ahora* que está más allá del ayer, del hoy y el mañana. Y sólo en el *ahora* hay amor.

Un ser humano sin amor no puede aproximarse a la verdad. Sin amor, hagan lo que hicieren, todos sus sacrificios, sus votos de celibato, su trabajo social, sus explotaciones, nada de eso tiene valor alguno. Y no pueden amar sin morir cada día para su memoria. Porque el amor no es de la memoria, es una cosa viviente. Una cosa viviente es

un movimiento, y ese movimiento no puede ser enjaulado en palabras o en el pensamiento o en una mente que sólo se interesa en sí misma. Sólo la mente que ha comprendido el tiempo, que ha terminado con el dolor, que no tiene miedo, sólo una mente así sabe lo que es la muerte. En consecuencia, para una mente así hay vida.

Del Diario de Krishnamurti,

Gstaad, 23 de agosto de 1961

La meditacion es esta atención en la que percibimos, sin preferencia alguna, el movimiento de todas las cosas, el graznido de los cuervos, el rasgar de la sierra eléctrica a través de la madera, el temblor de las hojas, el ruidoso torrente, el llamado de un niño, los sentimientos, los motivos, los pensamientos persiguiéndose unos a otros y, más hacia lo profundo, la percepción alerta y lúcida de la conciencia total. Y en esta atención, el tiempo como el ayer persiguiendo al mañana dentro del espacio y el retorcimiento y deformación de la conciencia, se habían aquietado y acallado. En esta quietud hay un movimiento inmensurable, incomparable; un movimiento que no tiene existencia, que es la esencia de la bienaventuranza y la muerte y la vida, un movimiento que no puede ser seguido porque no deja un sendero y porque es quieto e inmóvil; es la esencia de todo movimiento.

La carretera iba hacia el poniente, serpenteando a través de prados empapados por la lluvia, pasaba por pequeñas aldeas sobre la ladera de los cerros, atravesaba los torrentes montañosos de puras aguas de nieve, pasaba por iglesias con campanarios de cobre; seguía y seguía penetrando en oscuras, cavernosas nubes y lluvias que

envolvían a las montañas. Empezó a lloviznar, y al mirar casualmente hacia atrás por la ventanilla trasera del automóvil que avanzaba con lentitud, desde donde habíamos venido se veían las nubes iluminadas por el sol, el cielo azul y las montañas claras y brillantes. Sin que se dijera una palabra, instintivamente, detuvimos el automóvil, retrocedimos y nos dirigimos hacia la luz y las montañas. Era una belleza completamente estremecedora e imposible de describir y, a medida que el camino iba penetrando en el valle abierto, el corazón se calmaba; estaba silencioso y tan abierto como el dilatado valle. Varias veces habíamos pasado por ese valle; la forma de los cerros nos era bastante familiar, los prados y las casas eran reconocibles y se escuchaba el familiar ruido del torrente. Todo estaba ahí excepto el cerebro, si bien éste conducía el automóvil. Todo se había vuelto muy intenso, había muerte. No porque el cerebro estuviera inmóvil, no a causa de la belleza de la tierra o de la luz sobre las nubes o de la inmutable dignidad de las montañas; no era ninguna de estas cosas, aun cuando todas estas cosas pueden haber agregado algo a ello. Era, literalmente, muerte; de pronto todo había llegado a su fin. No había continuidad; el cerebro estaba dirigiendo al cuerpo en el manejo del automóvil y eso era todo. Literalmente, eso era todo. El automóvil continuó por un rato y se detuvo. Había vida y muerte, unidas de manera muy estrecha, íntima e inseparable, y nada más importaba. Había ocurrido algo aniquilador.

Eso no era engaño ni imaginación, era muchísimo más serio que esa clase de tontas aberraciones; era algo con lo que no se podía jugar. La muerte no es un asunto fortuito, con ella no caben argumentos para que se retire. Uno puede sostener discusiones interminables con la vida, pero eso no es posible con la muerte. Tan final es, tan

absoluta. No era la muerte del cuerpo, ése sería un suceso bastante simple y decisivo. Vivir con la muerte era un asunto completamente distinto. Había vida y había muerte, inexorablemente unidas. No era una muerte psicológica, no era una conmoción que ahuyentaba todo pensamiento y sentimiento, ni una súbita aberración del cerebro o una enfermedad mental. No era ninguna de estas cosas, ni tampoco la curiosa decisión de un cerebro fatigado o desesperado. No era un deseo inconsciente de morir. No era ninguna de estas cosas, las que serían inmaduras y muy fácilmente aceptables. Era algo de una dimensión diferente, algo que desafiaba cualquier descripción propia del tiempo–espacio.

Estaba ahí, la esencia misma de la muerte. La esencia del sí mismo es muerte, pero esta muerte era igualmente la propia esencia de la vida. De hecho, no estaban separadas, la vida y la muerte. No era algo inventado por el cerebro para su consuelo y su seguridad basada en ideas. El vivir mismo era el morir y el morir era el vivir. En ese automóvil, con toda esa belleza y el color y con ese "sentimiento" de éxtasis, la muerte era parte del amor, parte de todas las cosas. La muerte no era un símbolo, una idea, algo que uno conociera. Estaba ahí, realmente, de hecho, tan intensa y apremiante como la bocina de un automóvil que deseara pasar a otros. Tal como la vida jamás dejará de ser ni es posible descartarla, así la muerte jamás dejará de ser ni es posible descartarla. Estaba ahí con una intensidad extraordinaria, con un sentido de finalidad.

Toda la noche vivió uno con ello; parecía haber tomado posesión del cerebro y de las actividades habituales; no eran demasiados los movimientos del cerebro que proseguían, pero había respecto de ellos una total indiferencia. Hubo indiferencia en ocasiones anteriores, pero ahora eso estaba más allá y fuera de cualquier formula-

ción. Todo se había vuelto mucho más intenso, tanto la vida como la muerte.

La muerte estaba ahí al despertar, sin dolor, acompañando a la vida. Era una mañana maravillosa. Había esa bendición que era el deleite de las montañas y de los árboles.

24 de agosto

Era un día cálido y había abundancia de sombras; las rocas resplandecían con un brillo intenso. Los oscuros pinos parecían completamente inmóviles, a diferencia de los álamos temblones, listos para estremecerse al más leve soplo. Una fuerte brisa del oeste barría todo el valle. Las rocas se veían tan vivas que parecían correr tras de las nubes, y las nubes se adherían a ellas adoptando la forma y la curva de las rocas; flotaban alrededor de ellas y era difícil separar las rocas de las nubes. Y los árboles caminaban con las nubes. Todo el valle parecía estar moviéndose, y los pequeños, estrechos senderos que ascendían a los montes y más allá, parecían obedecerle y cobrar vida. Y los prados resplandecientes eran el lugar predilecto de las tímidas flores. Pero en esta mañana, las rocas dominaban el valle; eran de tantos colores que sólo existía el color; estas rocas se veían apacibles en la mañana y las había de múltiples formas y tamaños. Y eran tan indiferentes a todo, al viento, a las lluvias y a las explosiones que producen las necesidades del hombre. Habían estado allí y seguirían estando hasta el fin de los tiempos.

Era una mañana espléndida, el sol estaba en todas partes y se agitaba cada hoja; era una buena mañana para el paseo en automóvil, no un paseo largo pero suficiente para ver la belleza de la tierra. Era una mañana renovada por la muerte, no la muerte de la decadencia, la enferme-

dad o el accidente, sino la muerte que destruye para que la creación pueda ser. No hay creación si la muerte no barre con todas las cosas que el cerebro ha producido para proteger la existencia egocéntrica. Anteriormente, la muerte era una nueva forma de continuidad, la muerte estaba relacionada con la continuidad. Con la muerte llegaba una nueva existencia, una experiencia nueva, un nuevo hálito, una vida nueva. Lo viejo cesaba y nacía lo nuevo, y lo nuevo daba, entonces, lugar a algo más nuevo todavía. La muerte era el medio para el nuevo estado, la nueva invención, un nuevo estilo de vida, un nuevo pensamiento. Era un cambio atemorizador, pero ese cambio mismo traía una nueva esperanza.

Pero ahora la muerte no trajo nada nuevo —un nuevo horizonte, un nuevo hálito—. Es muerte, absoluta y final. Y entonces no hay nada, ni pasado ni futuro. Nada. De ello no nace absolutamente nada. Pero no hay desesperación, no hay búsqueda; hay muerte completa sin tiempo, un asomarse a grandes profundidades que no están allí. La muerte está allí sin lo viejo ni lo nuevo. Es muerte sin sonrisas ni lágrimas. No es una máscara que cubre, que oculta alguna realidad. La realidad es la muerte y no hay necesidad de cubrir cosa alguna. La muerte ha borrado todo sin dejar nada. Esta nada es la danza de la hoja, es el llamado de aquel niño. Es nada, y eso es lo que tiene que ser. Lo que continúa es decadencia, es la máquina, el hábito, la ambición. Existe la corrupción, pero no en la muerte. La muerte es la nada total. Tiene que estar allí, porque gracias a ella existe la vida, existe el amor. Porque en esta nada está la creación. Sin la muerte absoluta, no hay creación.

31 de agosto

La meditación sin una fórmula establecida, sin causa ni razón alguna, sin una finalidad y un propósito, es un fenómeno increíble. No es sólo una gran explosión que purifica, sino que también es muerte, muerte que no tiene un mañana. Su pureza es devastadora; no deja un solo rincón secreto donde el pensamiento pueda esconderse entre sus propias sombras. Su pureza es vulnerable; no es una virtud engendrada mediante la resistencia. Es pura porque carece de resistencia, igual que el amor. En la meditación no hay mañana, ni hay argumentos con la muerte. La muerte del ayer y del mañana no dejan el mezquino presente del tiempo —y el tiempo es siempre mezquino— sino una destrucción que es lo nuevo. La meditación es esto, no los tontos cálculos del cerebro en busca de seguridad. La meditación es destrucción para la seguridad, y hay una gran belleza en la meditación, no la belleza de las cosas producidas por el hombre o por la naturaleza, sino la belleza del silencio. Este silencio es el vacío en el cual y desde el cual todas las cosas fluyen y tienen su existencia. Es lo incognoscible. Ni el intelecto ni el sentimiento pueden abrirse paso hacia ello; no hay sendero que conduzca hacia este silencio, y un método para lograrlo es la invención de un cerebro codicioso. Todos lo medios y arbitrios del yo calculador deben ser totalmente destruidos; todo avanzar o retroceder —el camino del tiempo— debe terminarse, sin mañana. La meditación es destrucción; es un peligro para quienes desean llevar una vida superficial, una vida de mito y fantasía.

Las estrellas brillaban muy claras e intensas tan temprano en la mañana. El amanecer estaba a lo lejos. Todo

se hallaba sorprendentemente tranquilo, y aun el tumultuoso torrente estaba quieto y los cerros permanecían silenciosos. Toda un hora transcurrió en ese estado en que el cerebro no duerme sino que se halla despierto, sensible y sólo observa; durante ese estado, la totalidad de la mente puede ir más allá de sí misma, sin dirección porque no hay quien la dirija. La meditación es una tempestad que destruye y purifica. Entonces llegó el amanecer lejano. La luz vino extendiéndose desde el Este, tan joven y pálida, tan tímida y apacible; vino desde más allá de aquellos cerros distantes y alcanzó las cumbres de las altísimas montañas. En grupos o a solas, los árboles permanecían inmóviles; el álamo temblón comenzó a despertar y el torrente voceaba su júbilo. Aquella blanca pared de una granja que daba al Oeste, se tornó muy blanca. Lentamente, apaciblemente, casi implorando, el amanecer llegó y colmó la tierra. Entonces los picos nevados empezaron a fulgurar, tiñéndose de un rosado brillante y se iniciaron los ruidos de la mañana. Tres cuervos volaban cruzando silenciosamente el cielo en la misma dirección; desde lejos llegaba el sonido del cencerro de una vaca y aún había quietud. Entonces, mientras un automóvil iba ascendiendo por la colina, comenzó el día.

Sobre ese sendero en el monte cayó una hoja amarilla; para algunos de los árboles el otoño ya estaba aquí. Era una única hoja, sin un solo defecto, sin una mancha, bien proporcionada. Del color amarillo del otoño, era bella aun en su muerte; ninguna enfermedad la había tocado. Persistía en ella la plenitud de la primavera y el verano, y todas las hojas de ese árbol estaban verdes todavía. Era la muerte en toda su gloria. La muerte estaba ahí, no en la hoja amarilla sino realmente ahí; no una inevitable muerte tradicional, sino esa muerte que está siempre ahí. No era una fantasía sino una realidad imposible de abar-

car. Está siempre ahí, a la vuelta de cada curva de un camino, en cada casa, con cada dios. Ahí estaba en toda su fuerza y belleza.

Uno no puede eludir a la muerte; puede olvidarla, racionalizarla o creer que va a reencarnar o resucitar. Haga lo que hiciere, ya sea que acuda a un templo o a un libro, está siempre ahí, en medio de la fiesta y en plena salud. Uno debe vivir con ella para conocerla; no puede conocerla si le tiene miedo, el miedo sólo la entenebrece. Para conocerla debemos amarla. Para vivir con ella debemos amarla. El conocimiento de la muerte no es el final de la muerte. Es el final del conocimiento, pero no el de la muerte. Amarla no es estar familiarizado con ella; no podemos familiarizarnos con la destrucción. No podemos amar algo que no conocemos, pero uno no conoce nada, ni siquiera a su esposa o al jefe, mucho menos algo totalmente extraño. No obstante, debemos amarlo, amar lo extraño, lo desconocido. Uno ama únicamente aquello de lo que está seguro, que le proporciona bienestar, certidumbre. No ama lo incierto, lo desconocido; puede amar el peligro, puede dar su vida por otro o matar a otro por el propio país, pero esto no es amor; estas cosas tienen su propia recompensa y su beneficio; la gente ama la ganancia y el éxito, aunque en ello haya dolor. No hay beneficio alguno en conocer a la muerte; sin embargo, extrañamente, la muerte y el amor van siempre juntos, jamás se separan. Uno no puede amar sin la muerte, no puede abrazar a alguien sin que la muerte esté ahí. Donde está el amor, también está la muerte; son inseparables.

Pero, ¿sabemos qué es el amor? Conocemos la sensación, la emoción, el deseo, el sentimiento y el mecanismo del pensar, pero ninguna de estas cosas es amor. Amamos a nuestro cónyuge, a nuestros hijos; odiamos la guerra pero practicamos la guerra. Nuestro amor conoce el odio,

la envidia, la ambición, el miedo; el humo de estas cosas no es amor. Amamos el poder y el prestigio, pero el poder y el prestigio son malignos, corrompen. ¿Sabemos qué es el amor? No saberlo nunca es el prodigio de ello, su belleza. No saberlo nunca, lo cual no implica permanecer en la duda, no implica desesperación; el amor es la muerte del ayer y, por lo tanto, la completa incertidumbre del mañana. El amor no tiene continuidad, ni la tiene la muerte. Sólo la memoria y la pintura en el marco tienen continuidad, pero estas cosas son mecánicas (y aun las máquinas se desgastan) y ceden el lugar a otras, a nuevas pinturas, a nuevos recuerdos. Lo que tiene continuidad está siempre deteriorándose, y lo que se deteriora no es muerte. El amor y la muerte son inseparables, y donde ellos están, siempre está la destrucción.

Saanen,
28 de julio de 1964

VEAN, HE hablado acerca de la muerte a fin de que ustedes puedan realmente comprender todo este problema —no sólo ahora sino por el resto de sus vidas— y, de tal modo, estén libres del dolor, libres del miedo, y de verdad sepan qué significa morir. Si ahora y en los días que vendrán, la mente de ustedes no está completamente alerta, profundamente atenta, si no se halla en un estado de inocencia, entonces es totalmente inútil escuchar las palabras. Pero si están alertas, profundamente atentos, conscientes de sus propios pensamientos y sentimientos, si no interpretan lo que dice quien les habla sino que de veras se observan a sí mismos cuando él describe el problema y lo investiga, entonces vivirán, vivirán no sólo con regocijo sino también con la muerte y con el amor.

Fuentes bibliográficas y reconocimientos

Del texto fidedigno de la octava plática pública en Saanen, 28 de julio de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 Krishnamurti Foundation of America.

Del texto inédito de una discusión en Ojai, 7 de junio de 1932, © 1992 KFA.

De una revisión inédita de Krishnamurti, hecha sobre una pregunta formulada después de la novena plática en Bombay, 14 de marzo de 1948, © 1992 KFA.

Del texto literal de la segunda plática en la Universidad Hindú de Benarés, Varanasi, 17 de enero de 1954; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la Décimoquinta plática con los estudiantes de Rajghat, 22 de enero de 1954; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del capítulo 14 de *Comentarios sobre el Vivir, Segunda Serie,* © 1958 Krishnamurti Writings Inc. (KWINC).

Del texto inédito de una discusión en Seattle, 3 de agosto de 1950, © 1992 KFA.

Del Capítulo 2 de *Pláticas en Europa 1968;* París, 28 de abril de 1968, © 1969 The Krishnamurti Foundation London (KFL).

Del Capítulo 3 de *Pláticas en Europa 1968;* Amsterdam, 19 de mayo de 1968, © 1969 KFL.

Del capítulo 1 de *El Vuelo del Aguila,* 20 de marzo de 1969 en Londres © 1971 KFL.

De la transcripción correspondiente a la sexta plática pública en Saanen, 27 de julio de 1972, © 1992 Krishnamurti Foundation Trust Ltd. (KFTL).

Del texto literal de la séptima plática pública en Saanen, 21 de julio de 1963; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

De la transcripción correspondiente a la tercera plática pública en Brockwood Park, 7 de septiembre de 1974, © 1992 KFTL.

De la transcripción correspondiente al tercer diálogo público en Saanen, 30 de julio de 1976, © 1992 KFTL.

Del texto literal de la sexta plática pública en Madrás, 9 de diciembre de 1959; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del capítulo 14 de *Comentarios Sobre el Vivir, Tercera Serie,* © 1960 KWINC.

Del texto literal de la sexta plática pública en Bombay, 10 de enero de 1960; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

Del texto literal de la sexta plática pública en Bombay, 7 de marzo de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

Del texto literal de la cuarta plática pública en Londres, 12 de junio de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

Del texto literal de la quinta plática pública en Nueva Delhi, 6 de noviembre de 1963; *Obras Completas de J. Krishnamurti*; © 1992 KFA.

Del capítulo 2 de *El Vuelo del Aguila*, Amsterdam, 11 de mayo de 1969, © 1971 KFL.

Del texto fidedigno de la quinta plática pública en Bombay, 24 de febrero de 1965; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

Del *Diario de Krishnamurti*, 23 de agosto de 1961 en Gstaad, © 1976 KFTL.

Del texto fidedigno de la octava plática pública en Saanen, 28 de julio de 1964; *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

*La **Biblioteca Krishnamurti** es una colección sin precedentes. Por primera vez, el vasto cuerpo de enseñanzas de Jiddu Krishnamurti (India, 1895 - Estados Unidos, 1985) ha sido seleccionado temáticamente y reunido en una serie donde cada libro trata una cuestión de particular importancia y urgencia para nuestras vidas cotidianas.*

Este libro revela que el miedo a la muerte no está basado en el dolor físico ni en abandonar a los seres queridos sino en el miedo a que una parte de nosotros no continúe. **Krishnamurti** nos dice que para entender la muerte, que está íntimamente relacionada con la vida, debemos acercarnos con un entendimiento fresco, libre de actitudes anteriores y prejuicios.

KRISHNAMURTI • EL VIVIR Y EL MORIR 5

ISBN 950-742-552-7

